

# El Evangelio según **MARCOS, 8<sup>a</sup> parte**

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD  
PARA HOY  
UNA ESCUELA DE  
PREDICACIÓN IMPRESA**

*Tomo 23, N.º 10*

**MARCOS**

**TRAICIÓN, ARRESTO,  
JUICIOS, CRUCIFIXIÓN  
Y SEPULTURA DE JESÚS  
(14.1—15.47)**

**JESÚS ANTICIPA  
SU MUERTE  
(CONTINUACIÓN)  
(14.1—72)**

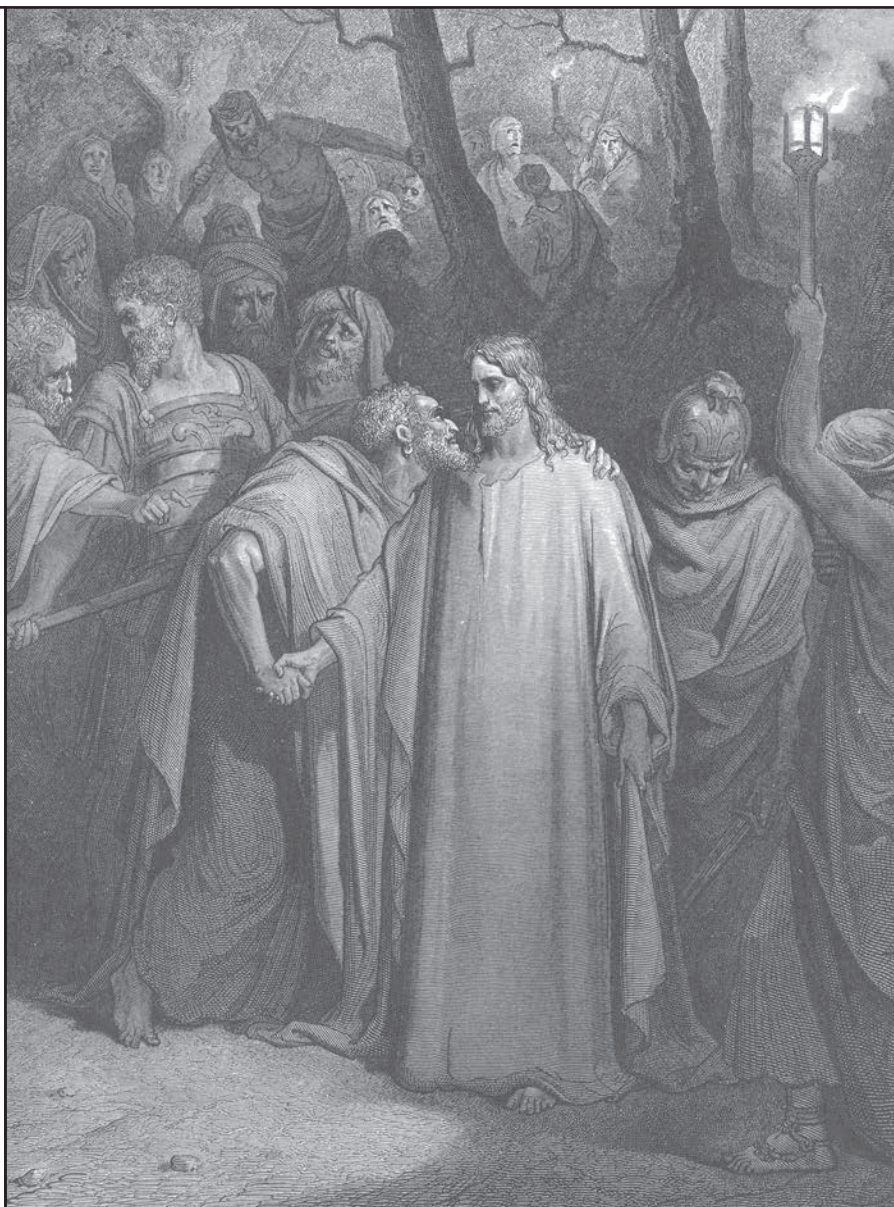
**JUICIOS, CRUCIFIXIÓN  
Y SEPULTURA DE JESÚS  
(15.1—47)**

---

**Estudio del texto:  
Martel Pace**

**Enfoque de la  
predicación y  
la enseñanza  
del texto:  
Eddie Cloer**

**EDDIE CLOER, editor  
2209 Benton Street  
Searcy, AR 72143 - EE.UU.**



*«Y cuando vino, se acercó luego a él, y le dijo:  
Maestro, Maestro. Y le besó.  
Entonces ellos le echaron mano, y le prendieron»  
(Marcos 14.45, 46).*

# Cuando miramos la sepultura

El mayor evento de todos los tiempos había ocurrido ahora. Jesús, el Hijo de Dios, había sido crucificado y sepultado.

El arresto en el huerto, los apresurados juicios, la tortuosa crucifixión y las señales divinas de la confirmación celestial de la muerte y deidad de Jesús habían ido y venido. Dos hombres, José y Nicodemo, miembros del concilio y creyentes secretos, habían reclamado el cuerpo de Jesús y lo habían llevado a la sepultura más cercana que podían usar. Apresuradamente y con reverencia, habían hecho reposar el cuerpo de Jesús en la sepultura personal de José. Después de envolver el cuerpo en lino y colocar unos cuarenta y cinco kilos de especias dentro de los pliegues de la tela, lo habían colocado sobre una banca de piedra fría en el sepulcro. Luego, habían hecho rodar una enorme piedra para sellar la entrada de la sepultura. Todo había tenido lugar en menos de veinticuatro horas.

Algunas mujeres que habían seguido la agonizante muerte y observaron el proceso de sepultura se sentaron cerca de la sepultura y la miraron en profundo y reverencial silencio. Estaban mirando, llorando, meditando y diciendo muy poco. Con un tremendo patetismo, Marcos escribió: «Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían» (15.47). Emocionalmente agotadas, aturcidas, desconcertadas y adormecidas por el dolor, se sentaron juntas y contemplaron la sepultura de piedra de Jesús.

La ciudad y el lugar donde nuestro Señor fue crucificado habían quedado en silencio, tal vez aún no totalmente conscientes del crimen atroz que se había cometido. La turba se había marchado, el ruido había cesado y los gemidos habían desaparecido en la quietud de la muerte. La oscuridad había llegado y se había ido, sin embargo, venía nuevamente con el final del viernes y el comienzo del día de reposo. A

pesar de que estas mujeres pronto tenían que dejar su vigilia, se sentaron y miraban, por el momento, intentando darle algún sentido a lo que había sucedido. Con su presencia, estaban expresando su amor por su Señor.

Imaginémonos sentados al lado de estas mujeres, sabiendo lo que sabemos del Nuevo Testamento sobre la muerte de Jesús. Si estuviéramos mirando la sepultura, aturcidos y horrorizados por todo, ¿cuáles serían nuestros pensamientos, nuestras meditaciones y nuestras observaciones internas?

1. *Sin duda, estaríamos abrumados por lo que había sucedido.* Mientras mirábamos la sepultura, estaríamos pensando en todo lo que había sucedido ese día.

Ninguno de nosotros puede siquiera comenzar a imaginar cómo era una crucifixión. Si hubiésemos estado frente a la cruz, observando los sufrimientos, la barbarie y la cruel, lenta e insoportable muerte de Jesús, nuestra alma habría sido devastada por la escena. Habríamos estado viendo un lado de la vida que es imposible para nosotros comprender. Nos hubiéramos quedado estupefactos por los insensibles actos y planes homicidas de hombres paganos y religiosos por igual. ¿Quién hubiera pensado que las personas podían reaccionar ante el misterio, amor y salvación de Jesús de la manera que lo hicieron? Mientras nos sentábamos a mirar la sepultura, nuestras mentes daban vueltas con el horror de lo que el mundo le había hecho a Jesús, el Enviado de Dios para salvarnos.

2. *Sentados y observando la sepultura, sabiendo la verdad sobre Su muerte, sin duda estaríamos meditando sobre el significado de todo lo sucedido.* Mientras mirábamos en silencio el lugar de reposo de nuestro Salvador, repasaríamos con reverencia en nuestras mentes el propósito divino de Su muerte y los efectos  
(Continúa en la página 52)

---

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

---

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

---

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, [www.americanbible.org](http://www.americanbible.org). LA VERDAD PARA HOY © 2020 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU. [www.biblecourses.com](http://www.biblecourses.com)

# Jesús anticipa Su muerte (continuación)

## ⇒ MEDITACIONES SOBRE MARCOS 14 ⇐

### Jesús, el Siervo de Dios (14.1, 2)

El breve apunte de Marcos de lo que estaba sucediéndole a Jesús en 14.1, 2 se presenta en una forma mucho más completa en Mateo:

Cuando hubo acabado Jesús todas estas palabras, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebra la pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.

Entonces los principales sacerdotes, los escribas, y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás, y tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle. Pero decían: No durante la fiesta, para que no se haga alboroto en el pueblo (Mt 26.1-5).

Jesús había terminado Su Discurso del Olivo. Sus comentarios se registran en Mateo 24; 25 y Marcos 13. La cruz estaba a la vista, y Jesús había presentado todas las lecciones principales que planeaba compartir con Sus discípulos.

Mateo 26.2 incluye la cuarta narración de la pasión de Jesús, sin embargo, Marcos no contiene la declaración. Fue el anuncio final de Jesús de Sus próximos sufrimientos.<sup>1</sup> El relato de Mateo subraya que toda la tragedia que venía sobre Jesús estaba bajo el control de Dios. Tendría lugar como un cumplimiento de la profecía. Jesús fue específico en Su anuncio: Dijo que Su crucifixión vendría «después de dos días».

La muerte de Jesús está relacionada con «la pascua», que tenía lugar el día catorce del mes de Nisán.<sup>2</sup> El mes corresponde a marzo o abril en

<sup>1</sup> Los anuncios de la pasión por parte de Jesús se dan en Marcos 8.31-33; 9.30-32; 10.32-34. Vea Mt 16.21; 17.22, 23; 20.17-19; Lc 9.22, 43, 44; 18.31-33 para narraciones paralelas.

<sup>2</sup> Vea Ex 12.18; Lv 23.4, 5; Nm 28.16; Dt 16.1-6.

nuestros calendarios. La fiesta, que estaba a «dos días» (Mr 14.1a), celebraba la liberación de Israel de Egipto. La palabra pascua viene del latín eclesiástico «*pascha*», que a su vez proviene del hebreo «*pesah*», que quiere decir «paso o salto». La palabra «pascua» adquirió la «u» por analogía de la palabra latina «pascua» (pastos). La analogía se vio favorecida porque se solía comer en pascua una cabeza de oveja comprada a los pastores.<sup>3</sup>

¿Cómo se le describe a Jesús en el pasaje? Una vez más, lo vemos representado como el siervo sufrido que voluntariamente soportó la persecución y la crucifixión por la expiación del pecado del hombre.

1. A Jesús se le describe como *el siervo voluntario*. Los «principales sacerdotes», los «ancianos» (Mt 26.3), es decir, los miembros del Sanedrín,<sup>4</sup> y los «escribas» concibieron un plan para darle muerte a Jesús (Mr 14.1b). Los principales sacerdotes y ancianos conformaban el liderazgo religioso de la nación judía. Su animosidad contra Jesús ya había sido revelada en Marcos 8.31. La resurrección de Lázaro había llevado la muerte de Jesús a la vanguardia de las mentes de estos funcionarios (Jn 11.53). Ahora, reunidos, estaban tratando de finalizar un plan para darle muerte.

Jesús sabía que lo anterior estaba sucediendo. Lo había visto comenzando a desarrollarse. A lo

<sup>3</sup> N. del T.: Aquí el autor dijo lo siguiente con respecto a la palabra en inglés «Passover»: «William Tyndale (c. 1494-1536) contribuyó con el término “passover” (πάσχα, *pascha*) a nuestro vocabulario religioso cuando imprimió su traducción de las Escrituras. Utilizó la palabra como una representación de la palabra hebrea פסח (*pesach*)».

<sup>4</sup> La palabra «Sanedrín» es una transcripción en hebreo talmúdico de la palabra griega συνέδριον (*sunedrion*), que quiere decir «un concilio» (Steven Barabas, «Sanedrín, Sanedrín», *The Zondervan Pictorial Bible Dictionary (Diccionario pictórico de la Biblia de Zondervan)*, ed. Merrill C. Tenney [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1963], 751).

largo del camino a Jerusalén, Jesús dejó claro que se sometería a la voluntad del Padre. Fue un siervo voluntario de Dios.

2. Se muestra a Jesús como *el siervo rechazado*. Mateo menciona a Caifás, el sumo sacerdote,<sup>5</sup> como involucrado en la planificación de la crucifixión de Jesús. Este sumo sacerdote (que ocupó el cargo del 18 al 36 d.C.) era el yerno y sucesor de Anás. Valerio Grato, el procurador que precedió a Poncio Pilato, había designado a Caifás como sumo sacerdote.<sup>6</sup>

Solo un hombre a la vez ocupaba el oficio de sumo sacerdote. En el Antiguo Testamento, el oficio era hereditario y de por vida. Sin embargo, en el período del Nuevo Testamento, los gobernantes nombraron y destituyeron sumos sacerdotes cuando les parecía que era lo mejor. Desde el 37 a.C. hasta el 67 d.C., hubo al menos veintiocho sumos sacerdotes diferentes.<sup>7</sup> Por esta razón, la designación implicaba no solo al hombre en el cargo, sino también antiguos funcionarios y las familias de élite de entre las que se elegían a los candidatos.

Mateo 26.3, 4 nos dice: «Entonces los principales sacerdotes, los escribas, y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás, y tuvieron consejo para prender con engaño a Jesús, y matarle». Marcos simplemente dice: «... y buscaban los principales sacerdotes y los escribas cómo prenderle por engaño y matarle» (Mr 14.1b).

Jesús había venido como el gran Salvador del mundo. Traía salvación, esperanza, verdad y vida eterna. Como la verdad enviada desde el cielo, Él transformaría la escena religiosa, incluida la observancia del sistema mosaico del Antiguo Testamento con sus sacrificios y la autoridad de los líderes religiosos. Estos ancianos, los principales sacerdotes y el sumo sacerdote no podían tolerar lo que estaba haciendo; entonces comenzaron a planear Su muerte. Cometieron el mayor pecado que pueda cometerse, rechazar a Jesús.

3. A Jesús también se le describe como *el siervo crucificado*. Sus enemigos intentaron prenderle «por engaño» (14.1b) y crucificarle. No solo lo rechazaron, también formularon un plan para darle muerte. ¿Qué mayor pecado podría haber? Lo arrestarían secretamente, tal vez bajo la sombra de la oscuridad, para que la población no lo supiera. Después de haber sido condenado por Roma, estos conspiradores se mantendrían a la espera y verían cuando fuera crucificado. Era lo que más deseaban.

<sup>5</sup> Veá Jn 11.49–53; 18.24; Hch 4.6.

<sup>6</sup> Josefo *Antigüedades* 18.2.2 [35].

<sup>7</sup> Jack P. Lewis, *The Gospel According to Matthew*, Part 2 (*El Evangelio según Mateo*, 2ª parte), The Living Word Commentary (Austin, Tex.: Sweet Publishing Co., 1976), 141.

Los miembros del Sanedrín, sin embargo, estuvieron de acuerdo en que la posibilidad de una revuelta entre los peregrinos reunidos, cuyos sentimientos patrióticos eran altos en tiempos de fiesta, no era nada para trivializar.<sup>8</sup> Decidieron no actuar durante la fiesta (14.2), que duraría ocho días. Era imperativo que cumplieran sus planes antes de la fiesta, o todo el intento tenía que olvidarse hasta que la fiesta hubiera pasado.

*Conclusión:* A Jesús se le ve como el siervo de Dios. ¿Cómo fue para el Hijo de Dios ser el siervo de Dios en un mundo como este? Tenía que estar dispuesto a someterse al plan de Dios, independientemente de lo que pudiera implicar. Tenía que estar dispuesto a sufrir el peor tipo de rechazo. Tenía que estar dispuesto a ir a la cruz y sufrir el peor tipo de muerte que se haya ideado.

Un siervo es la mayor personalidad del mundo. Jesús dijo: «El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo» (vea Mt 23.11; Mr 9.35). Sin embargo, vivir como un siervo en este mundo puede querer decir que el siervo tendrá que recorrer un camino muy difícil. Así fue para Jesús, y podría ser así para nosotros.

Una persona egoísta no puede ser siervo porque no está dispuesta a hacer sacrificios genuinos. Una persona egoísta no vive verdaderamente para los demás. Para ser siervo, se tiene que estar dispuesto a morir para sí mismo. Jesús dijo: «Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» (Mt 16.25).

¿Y si Jesús hubiera elegido no ser un siervo? ¿Y si hubiera decidido no entregar Su vida? Si Jesús no hubiera vivido y muerto como un siervo de Dios, no tendríamos ninguna esperanza de perdón ni de vida eterna.

### **Cómo darle a Jesús (14.3–9)**

Este texto contiene uno de los momentos más hermosos sobre darle a Jesús que se encuentra en el Nuevo Testamento. El episodio es la imagen de una persona que le presenta un regalo especial a Cristo. El regalo fue dado por el motivo correcto, en la ocasión correcta, y de manera considerada y alentadora.

Marcos es indefinido en cuanto al momento del evento. Juan 12.1 dice que la unción tuvo lugar «Seis días antes de la pascua». Ocurrió en Betania (vea Mr 14.3), una aldea ubicada en la ladera oriental

<sup>8</sup> Veá Mt 27.24; Hch 20.1; 21.34. Josefo hizo notar que las «sediciones» eran propensas a ocurrir y que los romanos y el concilio judío tomaban precauciones especiales en las fiestas. (Josefo *Guerras* 1.4.3 [88]; 2.12.2 [224]; *Antigüedades* 17.9.3 [213–14].)

del monte de los Olivos, a casi cinco kilómetros (Jn 11.18) al sureste de Jerusalén. Este pueblo era el hogar de María, Marta y Lázaro (Jn 11.1).

Jesús fue invitado por Simón el leproso (Mr 14.3a), al que se le tiene que distinguir de Simón el fariseo (Lc 7.36–50). El nombre «Simón» fue usado por al menos diez hombres en el Nuevo Testamento. Era un nombre común durante este tiempo. Este Simón era un amigo de Jesús que vivía en Betania.

En vista de que a un leproso se le prohibía relacionarse con otras personas (Lv 13.45, 46), tiene que ser que Simón se había sanado de su enfermedad, pero conservó el nombre de «leproso» como un recordatorio de lo que había sido. Era un «sobreviviente». Jesús sin duda lo había sanado. No se le menciona en ningún otro lugar en los cuatro relatos del Evangelio.

En la casa de Simón el fariseo, cuando una mujer pecadora ungió a Jesús (Lc 7.37, 38), Simón el fariseo hizo una excepción debido al carácter de ella (Lc 7.39). En este caso, cuando la hermana de Lázaro, María, derramó perfume sobre Jesús, Judas se opuso a lo que hizo porque pensó que era un regalo demasiado caro. Juan constituye el único relato del Evangelio que da su nombre como «María» (Jn 12.3) y el nombre del objetor como «Judas» (Jn 12.4, 5). Anteriormente, esta María, en lugar de ayudar a servir a los huéspedes, había elegido sentarse a los pies de Jesús y escuchar Sus palabras. Jesús le había dicho a Marta, «María ha escogido la parte buena, la cual no le será quitada» (Lc 10.42). Cuando Judas habló en contra de su extravagancia, los demás discípulos tuvieron que haber estado de acuerdo con su objeción.

María había traído un precioso unguento (μύρον, *muron*) que estaba contenido en un frasco hecho de alabastro, una piedra translúcida, parecida al mármol. Ella rompió el frasco y vertió el contenido sobre la cabeza y los pies de Jesús (Mr 14.3; Jn 12.3). El aroma del perfume llenó toda la casa (Jn 12.3b). Ungir la cabeza de alguien constituía un acto de honor para los invitados (Sal 23.5; Lc 7.46).

No tenemos que mirar por mucho tiempo lo que María hizo para ver que se trataba de un hermoso regalo. Jamás debemos olvidar el regalo que dio y la forma en que lo hizo. ¿Por qué fue su regalo tan especial?

1. Fue *un regalo de gracia*. Judas dijo que el precio era más de trescientos denarios (Mr 14.5). Sería casi el salario de un año para un trabajador común. Era un unguento caro.

Judas se opuso a lo que ella hizo, y guio a los demás discípulos a decir que el perfume debió haberse vendido para que el dinero pudiera ser

entregado a los pobres. Marcos 14.4, 5 dice: «Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella». Pensaron que los pobres podrían beneficiarse mucho con semejante regalo. También parecen haber criticado a Jesús por aceptar el regalo.

Era un regalo muy precioso que María le estaba dando a Jesús. Debido a la forma en que se embotellaba el perfume, tenía que usarse de una sola vez. Cuando María quebró el recipiente (14.3), se dio todo el regalo. No podía dar una parte; tenía que darlo todo.

2. Fue *un regalo oportuno*. Al expresar una opinión opuesta a la de los discípulos, Jesús le llamó a su acto «buena obra». Dijo: «Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis» (14.6, 7).

Jesús dio a entender que María estaba mostrando amor, fe y sacrificio. También dijo que las oportunidades para ayudarles a los pobres estarían siempre presentes (vea Dt 15.11), sin embargo, la oportunidad para que ella actuara de esta manera solo vendría una vez. Jesús no iba a estar con Sus seguidores mucho más tiempo; en pocos días iría a la cruz. Cualquiera que quisiera expresar aprecio por lo que Él había hecho tendría que hacerlo de inmediato. Hay que hacer algunos actos de bondad ahora, o la oportunidad pasará y jamás volverá a aparecer.

3. Fue *un regalo conmemorativo*. Independientemente del motivo que María haya tenido en la unción, Jesús le atribuyó el significado simbólico de prepararlo para la sepultura antes de Su muerte. Le estaba dando a Jesús un funeral antes de morir. Jesús dijo: «Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura» (14.8).

Aparte de la apresurada envoltura que Nicodemo y José de Arimatea proporcionaron (Jn 19.38–42), este fue el único funeral de Jesús. Las mujeres fueron a la sepultura para ungirlo en la mañana de la resurrección (Mr 16.1); sin embargo, era demasiado tarde, porque Él ya había resucitado de entre los muertos. El gesto de María en la casa de Simón fue la única unción que Jesús recibiría.

4. Fue *un regalo duradero*. El recuerdo de lo que ella hizo se conservaría, y todo el mundo se enteraría. Jesús dijo: «De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en

todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella» (14.9).

*Conclusión:* ¿Qué hizo que este regalo fuera tan importante para Jesús? Fue un regalo lleno de gracia, oportuno, conmemorativo y duradero. ¿Podemos dar un regalo como este? ¿Queremos dar un regalo como este?

### Un trágico error (14.10, 11)

La traición de Judas a Jesús es sin duda una de las narraciones más tristes de toda la historia humana. Su tragedia es tanto un misterio como un hecho común; porque surgió de la concepción, nacimiento y crecimiento del mal en el corazón de un hombre, aun cuando vivió y caminó con Jesús (vea Stg 1.14, 15).

La traición de Judas, a la luz de donde fue situada en la narrativa (14.10, 11), contrasta con la devoción de María en la sección anterior (14.3–9). Dondequiera que el Señor tiene un hermoso ejemplo de devoción, el diablo siempre proporciona un ejemplo de subterfugio.

El acuerdo de Judas con los líderes judíos tuvo lugar a principios de la semana, tal vez el martes antes de la muerte de Jesús. El texto indica que, desde el martes en adelante, estuvo buscando la oportunidad para cumplir con su parte del acuerdo (14.11b). ¿Qué hizo que el error de Judas fuera tan trágico? Tomó un hermoso manantial de oportunidades y lo convirtió en un furioso río de maldad. ¿Como lo hizo?

1. Judas cometió *un error intencional*. Hizo planes para hacer el mal. El texto dice: «Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo» (14.10).

Cuando los sacerdotes escucharon la propuesta de Judas, «se alegraron, y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba oportunidad para entregarle [traicionar a Jesús]» (Mr 14.11). Solo Mateo menciona los términos del acuerdo con respecto a la traición. Aunque no está precedido por «está escrito», como lo hacen algunas otras citas en Mateo, el texto usa frases del Antiguo Testamento: «Y ellos le asignaron treinta piezas de plata» (Mt 26.15; vea Zac 11.12). De esta manera, el relato confirma que la suma fue el cumplimiento de una profecía divina.

Judas permitió que el amor por las riquezas entrara en su corazón, y permitió que ese amor hiciera su trabajo mortal dentro de él. Aparentemente, no se dio cuenta de que cualquier hombre que ama el dinero corre un gran peligro, incluso un apóstol de Cristo.

Parece que en algún momento del ministerio de Jesús, Judas fue puesto a cargo del manejo de

los fondos de los apóstoles (vea Jn 12.6; 13.29). Más adelante en el ministerio de Jesús, cuando María vertió un costoso unguento sobre los pies de Jesús, Judas gritó, en efecto, «¡Qué desperdicio! ¡Deberíamos haberlo vendido y haber dado el dinero a los pobres!» (Mr 14.5). Juan 12.6 dice de él: «Pero dijo esto, no porque se cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella».

Con el tiempo, Judas permitió que su deseo de posesiones materiales creciera hasta que, finalmente, éstas le poseyeran a él. Mientras controlaba el dinero, todo marchaba bien y proporcionaba un servicio necesario para los apóstoles; sin embargo, el amor al dinero tomó luego el control de Judas, llevando su corazón al cautiverio. La avaricia creció desde un pequeño rincón dentro de su corazón hasta una montaña que llenó su alma.

Según Éxodo 21.32, la cantidad que Judas quería era el precio que generalmente se pagaba por un esclavo. J. W. McGarvey pensó que estas treinta piezas de plata eran solo el pago inicial del acuerdo.<sup>9</sup> Aun así, la insignificante suma que recibió Judas hizo de su negociación uno de los intercambios más pobres de la historia.

Su ofrecimiento resolvió el problema de los gobernantes religiosos de cómo arrestar a Jesús antes de la pascua. Judas conocía los hábitos de Jesús (Jn 18.2) y podía llevar las autoridades a un lugar donde pudieran prender a Jesús en secreto como prisionero.

El hecho de que el error de Judas fue planeado hacía que el pecado tomara otra dimensión. Cuando intencionalmente se planea pecar, se está rebelando contra Dios y puede que jamás haya arrepentimiento.

2. La traición de Judas fue *un error que involucró a otros*. Incluyó intencionalmente a los principales sacerdotes en su pecado. ¡Qué horrible idea! Su contacto con ellos hizo que el pecado se multiplicara. Leemos: «Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo» (14.10). Judas no podía cometer este pecado solo; tuvo que cooperar con otros en ello. ¡El pecado ama la compañía y muchas veces la exige!

Más adelante, Judas estuvo a la cabeza del grupo de arresto que se acercaba a Jesús a la puerta del huerto. Jesús caminó hacia ellos, se identificó a Sí mismo y, literalmente, se entregó a ellos (Jn 18.7, 8).

<sup>9</sup>J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels (El evangelio en cuatro partes o Armonía de los cuatro evangelios)* (Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914), 643.

Hizo innecesario que Judas lo identificara, según acordó éste con los sacerdotes. Sin embargo, Judas decidió seguir adelante con lo que había convenido en hacer. Trágicamente, Judas dio un paso adelante. No se detuvo a pensar que no estaba obligado a mantener un acuerdo pecaminoso. Podría haberse disculpado por haber hecho el trato, haber devuelto el dinero, haberle pedido a Jesús que le perdonara y comenzar a hacer lo correcto. Sin embargo, el diablo tenía un fuerte control sobre él.

Jesús podría haberle reprendido tanto antes como después del beso de traición. Lucas dice: «... y se acercó hasta Jesús para besarle. Entonces, Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» (Lc 22.47c, 48). Mateo dice que después del beso, Jesús le dijo: «Amigo, ¿a qué vienes?» (Mt 26.50a). En otras palabras, Judas desechó los reproches, las reprimendas y gestos de gracia de nuestro Señor y siguió adelante con cada porción del plan traicionero. Rechazó todo lo que Jesús hizo para evitar que cometiera el terrible hecho y siguió adelante.

Un error puede convertirse repentinamente en un pecado colosal cuando el pecado involucra guiar o alentar a otros a cometer mal. Miqueas dijo: «¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal...!» (Miq 2.1a). Jesús dio otro ay: «¡Ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!» (Mt 18.7c). Es trágico que una persona se lastime a sí mismo, sin embargo, es aún más trágico que lastime a otros que tienen confianza en él.

3. Judas cometió *un error despiadado*. Efectivamente vendió a Jesús, el que vino al mundo para traerles vida eterna a las personas. Eligió entregar a Jesús a una turba homicida que estaba decidida a crucificarlo. ¿Cómo podía un ser humano pensar en hacer algo así?

Después de llegar a un acuerdo, Judas dispuso su corazón a traicionar a Jesús en manos de hombres malvados. Las Escrituras no entran en detalles con respecto a los motivos de Judas que le llevó a cometer este hecho vil; solo se nos dice acerca del pacto que hizo con aquellos que intentaban matar a Jesús.

El Hijo de Dios, que conoce los corazones de todos los hombres, eligió a Judas y a otros once hombres para que se convirtieran en Sus apóstoles (Mt 10.2-4; Mr 9.16-19; Lc 6.14-17). Después de una noche de oración, Jesús escogió a estos hombres de entre Sus discípulos porque, a Sus ojos, poseían las cualidades que necesitaba en los hombres a quienes prepararía para ayudarle a cumplir Su misión. En Su selección, Jesús no pasó por alto un defecto de carácter ni un corazón débil en Judas. Más bien, vio potencial y dedicación en Judas, y le dio la

oportunidad de superar cualquier incapacidad y debilidad que tuviera.

Tras su selección, Judas aceptó su puesto como embajador de Cristo con gozo, entusiasmo y un sincero compromiso. Nadie en el grupo de apóstoles dudó de su sinceridad ni cuestionó su talento. El grupo realmente lo eligió para ser su tesorero (Jn 13.29). Jesús permitirá que cualquier persona crezca y se desarrolle espiritualmente, sin embargo, él o ella tiene que vivir según el estándar divino del reino espiritual que Jesús trajo al mundo.

¿Cómo descendió Judas de ser un apóstol talentoso y aspirante a ser un traidor astuto y engañoso? ¿Cómo cambió de ser un devoto sincero y confiado de Cristo a un demonio engañoso? Un estudio detallado de las Escrituras revela que la caída se produjo de manera gradual y sutil, con numerosas y pequeñas decisiones que lo prepararon para la traición definitiva y devastadora. Abrió un poco la puerta de su corazón a una oscura pasión; más adelante permitió que la aspiración al mal entrara en su corazón con frecuencia durante visitas breves y luego prolongadas. Finalmente, le ofreció a esta terrible pasión un lugar permanente en su espíritu. Poco a poco dejó que su buen corazón se convirtiera en un corazón de codicia.

El amor al dinero puede volver viciosas y violentas a las personas. Pablo claramente lo advirtió, diciendo: «Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición» (1ª Ti 6.9).

*Conclusión:* Judas cometió un trágico error. Cometió un pecado intencional, una transgresión que involucraba a otros. Esa despiadada acción vivirá en el mundo, perturbando los corazones de personas. Renunció a su comunión con Jesús por una oscura y despreciable comunión con el mal.

Este acto de traición es un drama con dos caras: Judas es una parte de él, y Jesús es la otra. Judas representa todo lo que es malo en el relato: avaricia, traición, la incapacidad de aprovechar el más alto de todos los privilegios y la tragedia de permitir que el diablo se abra camino con el corazón de una persona. Jesús representa todo lo que es bueno. Su amor no abandona a nadie fácilmente; es un amor que permanece cuando todos los demás, incluso amigos de mucho tiempo, se han ido. Jesús hizo todo lo que un Dios santo que actúa en concierto con la libertad humana podía hacer para salvar a Judas.

Si Judas hubiera elegido arrepentirse, volviéndose a Jesús y poniendo su culpa delante de Él, sin duda podría haber sido perdonado. Además, su relato habría sido uno de los más grandes relatos de

arrepentimiento de la Biblia. De haberse vuelto a su Señor, ¿no estaríamos contando el relato del arrepentimiento de Judas a cada pecador que necesita encontrar su camino de regreso al Salvador?

Podemos imaginar la escena. Cuando cedió a su dolor, Judas aparentemente se dijo a sí mismo: «Sé dónde hay un árbol con una rama que se extiende sobre un acantilado. Lanzaré una cuerda sobre esa rama, me colgaré y acabaré con mi miserable vida. No queda ninguna esperanza para mí» (vea Mt 27.5). A medida que los juicios de Jesús se acercaban a una conclusión, Judas se dirigió al árbol. Hizo una soga en la cuerda, se puso la soga al cuello y ató la cuerda al árbol. Después de mirar atrás por última vez al lugar donde se llevaban a cabo los juicios, se volvió al acantilado y miró hacia abajo, al suelo. Cerrando los ojos y respirando profundamente, saltó desde el borde. La cuerda se tensó y Judas se dirigió a su propio lugar, el destino al que le habían llevado sus decisiones. Perdurando sobre la vida de este hombre están las palabras lastimeras del Señor: «Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido» (Mt 26.24c).

#### **Cuando miramos a nuestro líder (14.12–16)**

Este breve pasaje, 14.12–16, es desgarrador y a la vez revelador. Nos lleva a una noche cargada de emociones que precedió el día de la crucifixión de Jesús. Es uno de los relatos más conmovedores de las Escrituras. Los discípulos no lo sabían, sin embargo, Jesús sí. Revela cómo Jesús amó a Sus apóstoles hasta el final de Su vida terrenal. Juan hizo la siguiente observación: «Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (Jn 13.1).

En la tarde y al anochecer, Jesús manifestó la relación personal y duradera que había mantenido con Sus apóstoles a lo largo de Su ministerio. En esta descripción de Él, las cualidades de liderazgo que siempre ejemplificó claman por nuestro análisis, aprecio y admiración.

1. El episodio muestra *el poder de la presciencia divina* que poseía Jesús. Los dos discípulos mencionados en 14.13 fueron Pedro y Juan (vea Lc 22.8). Jesús les dijo a los dos:

Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y donde entrare, decid al señor de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad para nosotros allí (14.13b–15).

Los discípulos habían de hacer los preparativos para la celebración de la pascua. Lo más importante era localizar un lugar disponible. Una vez que se había designado el lugar, se podían hacer otros preparativos fácilmente. Entre sus tareas adicionales estaba sacrificar el cordero y comenzar a asarlo. La matanza del cordero se llevaría a cabo en el crepúsculo, según Exodo 12.6. La fiesta había de comerse en la ciudad, y el resto de la noche había de pasarse dentro de los límites establecidos alrededor de Jerusalén.

Con respecto al lugar, Jesús, con un conocimiento previo y divino, comenzó Sus instrucciones diciendo: «Id a la ciudad» (14.13b). Identificó a la persona que podía llevar a los discípulos a la casa: un hombre que llevaba un cántaro de agua (14.13). Las mujeres generalmente llevaban los cántaros de agua, sin embargo, a Pedro y Juan se les pidió que buscaran a un hombre que lo estuviera haciendo. El hombre era probablemente un siervo. Jesús también identificó al dueño o señor de la casa (14.14), que les mostraría el aposento alto que habían de usar. Jesús les dijo que la habitación estaría amueblada, lista y preparada para ellos (14.15). El texto dice: «Fueron sus discípulos y entraron en la ciudad, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua» (14.16).

Jesús, nuestro Líder y Señor, es omnisciente. Conoce el pasado, el presente y el futuro. Ha venido del cielo y sabe cómo llevarnos allí. Jamás olvidará Sus promesas, ni malinterpretará nuestras peticiones, ni pasará por alto nuestros dolores, ni descuidará nuestras necesidades.

2. Este evento de la pascua nos recuerda la forma como nuestro líder ejemplifica *la humildad de la obediencia*. Jesús nos conduce a ser lo que Él es. El pasaje nos muestra que Jesús observó la pascua, como lo harían los judíos de Sus días. El dijo:

No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido (Mt 5.17, 18).

Él es el ejemplo perfecto en lo que se refiere a hacer la voluntad de Dios.

3. Nuestro líder exhibe *el calor de la comunión*. Todo Su ministerio terrenal se construyó alrededor de doce hombres a los que derramó mucho tiempo con Sus enseñanzas y conversaciones. Mientras sentaba las bases para el reino venidero, el Hijo de Dios vivió Su vida terrenal en la comunión de personas espirituales.



Cuando Jesús se enfrentó a esta noche oscura, necesitó de la comunión de Sus hombres elegidos. Pasó gran parte de la noche conversando con ellos sobre los desafíos que enfrentarían.

4. Lo que Jesús hizo y dijo en este pasaje manifiesta que Él es un líder que posee *un carácter compasivo*. Jesús es la personalidad más compasiva que alguna vez ha honrado esta tierra. Sus seguidores estaban a punto de enfrentar el arresto, los juicios y la crucifixión de Su amigo todopoderoso. Su corazón se dolía por ellos.

De Sus apóstoles elegidos, uno lo negaría, uno lo traicionaría por treinta piezas de plata, y la mayoría huiría cuando fueran confrontados por la oposición (14.50). A pesar de todo esto, Jesús dijo, en efecto, «Vengan, comamos la pascua juntos». En este contexto, Él prepararía amorosamente a estos hombres para lo que pronto experimentarían y les recordaría que estaría cerca de ellos, orando por ellos y esperando que regresaran aún cuando le abandonaran.

*Conclusión:* Jesús es nuestro gran líder. Nos guía con un conocimiento previo, con un ejemplo obediente, con una tierna comunión y con compasión. No podíamos encontrar un mejor Líder y Señor.

Se ha dicho apropiadamente: «Una persona nace como un original sin embargo, muere como una copia». Cada persona tiene que elegir el camino de su imitación. La pregunta no es «¿Imitaré a alguien?». Es «¿A quién imitaré?». Un discípulo es un CRISTIANO, un seguidor de Cristo.

Jesús vino a ser nuestro ejemplo como Dios en la carne, la Luz del mundo. Su ejemplo es perfecto, ennoblecedor, satisfactorio y justo. Estas maravillosas cualidades se encuentran únicamente en la perfección en Jesús. Solo el santo Hijo de Dios puede exhibirlos completamente.

Elijamos seguir a Jesús, el único Líder que puede transformarnos en la imagen que deseamos llevar en esta vida terrenal. Él puede guiarnos a través del desierto de este mundo hacia la luz del hogar eterno de Dios.

### **La traición de Jesús (14.17–21)**

Sería difícil concebir un pecado mayor que el descrito en los eventos que tuvieron lugar la noche en que Jesús, el Hijo de Dios, fue arrestado.

Piense en el *escenario* de Su traición. Fue la última noche de Jesús en la tierra. La camaradería que experimentó con Sus apóstoles fue muy alentadora y esencial para Él. Sin embargo, en esta noche, el pecado se derramó dentro de este sagrado aposento alto, en el templo y en las salas de juicio de la ciudad.

Además, piense en la *seriedad* de la misma. La

más grande de todas las verdades es la verdad de que Jesús vino, vivió y anduvo entre nosotros. El hombre pudo tocar el rostro de Dios mientras disfrutaba de la presencia de Jesús en este mundo. Judas se había sentado y comido con Él, escuchando diariamente Sus palabras; sin embargo, esta noche, lo vendió por treinta piezas de plata.

Además, piense en el *alcance* de la traición que sufrió. Tuvo un impacto mundial. Innumerables millones recordarán este crimen mientras siga el mundo. Un pecado, un hombre, un momento oscuro en el tiempo se convirtieron en un recuerdo eterno, ¡una tragedia eterna!

### **«Esta es mi sangre» (14.22–25)**

Después de que Jesús comió la pascua con Sus discípulos, dirigió Su atención a otra cena que deseaba que observaran. Tomó el pan, el pan sin levadura que formaba parte de la cena de la pascua, y pidió a cada uno de ellos que participara. Después de haberlo bendecido, les dijo: «Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado» (Lc 22.19; vea Mr 14.22). Sus pocas palabras recorrieron Su vida terrenal y culminaron con Su muerte sacrificial, destacando especialmente Su encarnación, la crucifixión y la naturaleza sustitutiva de Su muerte inminente.

Continuando, Jesús tomó la copa que contenía el fruto de la vid y le pidió a cada uno de los apóstoles que bebiera de ella. Después de dar gracias, dijo: «... porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mt 26.28; vea Mr 14.24).

El escenario mismo enfatizó que nuestro Salvador estaba usando un lenguaje figurado. El pan no podía haber sido Su cuerpo literal, ni tampoco podía la copa haber contenido Su sangre literal; porque estuvo presente con Sus seguidores y les presentó personalmente el pan y la copa. Estaba instituyendo una cena memorial que recordaría la muerte que pronto sufriría.

Mientras celebraban esta cena en el aposento alto por primera vez, los apóstoles tuvieron dificultades en participar de ella con un entendimiento apropiado de su importancia. Aún no habían absorbido el significado total de lo que estaba por tener lugar. Sabían algo de Su muerte, porque Jesús les había hablado de ella (Mt 16.21; Mr 8.31; 10.32–34); sin embargo, comprendían poco de lo que Jesús les había estado diciendo. Posteriormente, recordarían Sus declaraciones y verían el profundo significado que transmitían Sus palabras.

¡Cuán llenas de esperanza y aliento estaban estas palabras que habló sobre Su sangre! «Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo

pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mt 26.27b, 28; vea Mr 14.23, 24). Cada frase de Su exhortación debe considerarse cuidadosamente.

1. «Bebed de ella [...] porque esto es mi sangre». Aquí vemos la *profundidad* de Su sacrificio. La ofrenda que estaba presentando requería la totalidad de Su vida. Jesús resumió la plenitud de Su sacrificio con las palabras «mi sangre», porque sangre es sinónimo de vida. Cuando Jesús derramó Su sangre, derramó Su vida. Dios le dijo al antiguo Israel: «Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona» (Lv 17.11).

2. «Bebed de ella [...] porque esto es mi sangre del nuevo pacto». Aquí vemos la *duración* de Su sacrificio. La palabra «pacto» (διαθήκη, *diathēkē*) sugiere el acuerdo vinculante que Dios estaba estableciendo con todos aquellos que acudirían a Él para salvación. La longevidad de Su sacrificio la vemos en el pacto que ratificó Su sangre. El escritor de Hebreos dijo:

Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?

Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna (He 9.11–15).

La muerte de Jesús proporcionaría el camino a la salvación, en forma de pacto, para la totalidad de la era cristiana, la última era del mundo.

3. «Bebed de ella [...] porque esto es mi sangre [...] que por muchos es derramada». Vemos aquí la *anchura* de Su sacrificio. La sangre de Jesús alcanzaría a todas las naciones de la tierra. Esta dimensión nos dice cómo debemos ver a Jesús: «Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos» (He 2.9). Él moriría por todos los que recibieran el mensaje del evangelio y fueran lavados en Su sangre. Si bien

puede que solo unos pocos, en comparación con la población de la Tierra, obedezcan en un momento o en un lugar, los salvos incluirán a «muchos» en todo el mundo a lo largo del tiempo.

4. «Bebed de ella [...] porque esto es mi sangre [...] que [...] es derramada para el perdón de los pecados». Aquí vemos la *altura* de Su sacrificio. Jesús murió para quitar nuestros pecados, para ser el sacrificio expiatorio por nuestras iniquidades. Por medio de Jesús, Dios dijo de los que vendrían a Él: «Porque seré propicio a sus injusticias, Y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades» (He 8.12). Los sacrificios de animales de la ley mosaica fueron continuos y repetitivos (He 10.11–13). La muerte de nuestro Señor fue eficaz perpetua y eternamente.

*Conclusión:* Las palabras de Jesús en el aposento alto fueron simples, penetrantes y pocas; sin embargo, cubren una amplia gama de pensamientos redentores que reclaman nuestra meditación cuando participamos de Su cena. «Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mt 26.28). Aquí, en forma breve y figurada, se encuentra la profundidad, longitud, anchura y altura de la gran y gloriosa salvación que Jesús nos trajo por medio de Su muerte.

#### «En memoria de mí»

(1ª Co 11.24; vea Mr 14.22–25)

Cuando Jesús instituyó la cena para que Sus discípulos celebraran perpetuamente, enfatizó repitiendo la naturaleza conmemorativa de la cena. Dos veces, después de dar gracias por el pan y después de dar gracias por el fruto de la vid, los exhortó diciendo «haced esto en memoria de mí» (1ª Co 11.24, 25).

Con Su frase sobre hacer «memoria», les recordó a Sus apóstoles las tres características principales de la cena. Por implicación, señaló que la celebraran de manera continua. Cuando la tomaran, es decir, cada vez que participaran de ella en el futuro, habían de hacer memoria de Él. En segundo lugar, identificó el enfoque de la cena. Había de ser en Su honor: «haced esto en memoria *de mí*» (énfasis agregado). La tercera característica fue su enfoque que miraba atrás. Había de ser un medio para mirar atrás.

Hebreos 10.1–3 usa la palabra «memoria» con respecto a los sacrificios del Antiguo Testamento. Dado que la Ley tenía «la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas», los sacrificios que se ofrecían continuamente año tras año nunca podían hacer a nadie perfecto. «De otra manera», leemos, «cesarían de ofrecerse, pues los

que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado. Pero en estos sacrificios cada año se hace *memoria* [«recuerdo»; KJV] de los pecados» (He 10.1–3; énfasis agregado).

Los sacrificios del Antiguo Testamento constituían un medio por el cual hacer memoria. Traían a la memoria los pecados de los adoradores cuando se cometían. Un hecho similar es verdad de la Cena del Señor. La participación de la cena es una ocasión y un medio para recordar al Señor Jesús.

Meditemos en esta característica de la cena, observando cómo la cena es puesta delante de nosotros como un «memorial» de Jesús.

1. Cuando participamos, nuestras mentes regresan a *lo que Él hizo*. Este es el lado histórico de la cena. En nuestros corazones rastreamos lo que le sucedió a Jesús. Vemos a través de la lente de las Escrituras los juicios, el azote, el viaje a la cruz, las seis horas de agonía en la cruz y todos los eventos que rodearon la crucifixión.

El cristianismo tiene sus raíces en la historia, esto es, en la vida, muerte y resurrección factuales de Jesús. Ninguna otra religión puede alegar este tipo de base histórica para su existencia.

2. En esta cena, nuestras mentes regresan a *cómo Él hizo lo que hizo*. Es el lado divino de la cena. No fue meramente una muerte, también fue la muerte del Hijo de Dios.

Nadie puede contemplar seriamente la muerte de Jesús sin recordar cómo murió. Jesús «no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1ª P 2.22, 23). Cuando observamos el retrato bíblico de la crucifixión de nuestro Señor, vemos tres negativos y un positivo: Él no pecó, ni tomó represalias, ni amenazó, sino que se comprometió a cumplir con Dios.

El anterior estudio de la crucifixión de Jesús siempre nos lleva a una conclusión: «¡Estoy viendo morir al Hijo de Dios!». Nos encontramos cada Día del Señor en las sandalias del centurión. Sabemos que hemos crucificado a Cristo; sin embargo, después de observar Su comportamiento durante todo el sangriento asunto, tenemos que mirarle y declarar: «Ciertamente este hombre era justo» (Lc 23.47); «¡Verdaderamente este era Hijo de Dios!» (Mt 27.54). Juan se refirió al testimonio de la sangre (1ª Jn 5.8); parte de la evidencia de la sangre es la conducta de Jesús, el carácter celestial que manifestó.

3. Cuando nos sentamos a la mesa, nuestras mentes regresan a *la razón por la que hizo lo que hizo*. Es la parte de comunión de la cena. Nos sentamos con nuestro Señor y recordamos cómo murió por

*nosotros*.

Dos veces en Su explicación de la cena, Jesús dijo «por vosotros» (Lc 22.19, 20; vea Mt 26.27, 28; Mr 14.23, 24). Dijo que Su cuerpo «por vosotros [fue] dado» y que la copa «por vosotros se [derramó]». Su sufrimiento fue por nosotros. Murió para aplacar la justicia de Dios con respecto a nuestros pecados, no para satisfacer la justicia de la ley por pecados que Él había cometido. Fue azotado por nosotros, ridiculizado por nosotros, escupido por nosotros, clavado en la cruz por nosotros, suspendido entre el cielo y la tierra por nosotros, y desamparado por Dios por nosotros. Finalmente, murió por nosotros.

En la víspera de la muerte de nuestro Señor, Jesús pronunció estas memorables palabras: «Haced esto en memoria de mí». La palabra «memoria» tiene amplitud, ya que todos los cristianos se unen para recordar la muerte de Jesús cada primer día de la semana (Hch 20.7). La palabra también tiene distancia, porque los seguidores de nuestro Señor se remontan, dos mil años atrás, a la vida y muerte terrenales de Jesús. El «memorial» tiene comunión, ya que en esta cena los cristianos se comunican con Jesús mismo. Les dijo a Sus apóstoles: «De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios» (Mr 14.25). La palabra tiene continuidad, porque los cristianos se sientan en esta mesa cada semana y lo harán hasta que venga Jesús. En cierto sentido, participar de la cena les da vida. La palabra también tiene un aspecto sagrado, porque los cristianos conmemoran mediante esta cena el evento más sagrado de todos los tiempos y el evento más sagrado de toda la historia, la muerte de Jesús.

*Conclusión:* Unámonos cada Día del Señor de una manera que el mundo no pueda comprender: una unidad familiar en torno a la cena de Cristo. Por medio de Su cena, entremos en una profunda concentración que se enfoca únicamente en Jesús. Compartamos una comunión especial y única con el Hijo de Dios recordando lo que hizo, cómo hizo lo que hizo y por qué hizo lo que hizo.

### **El amor de Jesús por los Suyos (14.26–31)**

En este punto y en ese aposento alto en Jerusalén, se había completado la celebración de la pascua, y se había instituido la Cena conmemorativa del Señor. El Señor tuvo una larga conversación con Sus apóstoles sobre Su partida (vea Jn 13–16). Aparentemente, justo después de que Judas se fue para completar la traición a Jesús, Éste se concentró en los grandes momentos que estaban delante de Él, y dijo: «Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado

en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y en seguida le glorificará» (Jn 13.31, 32). Jesús sería glorificado cumpliendo el plan de Su Padre, y Su Padre sería glorificado demostrando Su amor por toda Su creación.

Cuando Jesús terminó Su conversación con los apóstoles sobre Su partida y cómo los afectaría, oró por ellos y por todos los que creerían en Él (Jn 17.6–26). Oró para que nada les impidiera estar unidos en Él. Luego, «Cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos» (Mr 14.26). Si bien no podemos estar seguros, tiene que ser que mientras caminaban hacia Getsemaní, Jesús les advirtió a Sus discípulos que serían dispersos esa misma noche: «Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea» (14.27b, 28).

¡Qué noche pasó Jesús! Sabía lo que iba a suceder, y sabía lo que harían Sus apóstoles. La visión de la crucifixión que Jesús llevaba en Su corazón fue la carga más pesada que alguien podría llevar. A eso se le sumó el peso aplastante de saber que Sus apóstoles le abandonarían.

¿Qué nos dice este evento acerca de Jesús? ¿Qué tipo de imagen traza de nuestro Salvador?

1. El presente pasaje, por implicación, proclama que *nadie puede amarnos como lo hace Jesús*. Guiados por nuestro pensamiento carnal, no nos sorprenderíamos ni quedaríamos impactados si Jesús hubiera dejado de asociarse con estos hombres y hubiera querido comenzar nuevamente con un nuevo grupo que se mostrara más prometedor. Judas ya había salido para traicionar a Jesús (14.10). Pedro, lo sabía Jesús, le negaría tres veces (14.30); y todos los apóstoles en sus propias circunstancias lo abandonarían y huirían (14.50). Estos hombres parecían ser fracasos con respecto al propósito que Jesús tenía en mente para ellos.

A pesar de todo lo anterior, el amor de Jesús por Sus apóstoles no se detuvo. Sus acciones y emociones con respecto a los apóstoles nos recuerdan Romanos 5.7, 8, que dice: «Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros». Las tres palabras «siendo aún pecadores» llaman nuestra atención y exigen nuestra contemplación. Quieren decir que, durante el tiempo en que vivíamos en la condición de pecado, Cristo murió por nosotros. Cuando los apóstoles estaban abandonándole y huyendo, ¿qué estaba haciendo Jesús? Estaba saliendo a morir por ellos para que

pudieran ser perdonados, para que pudieran ser limpios de todos sus pecados.

2. Por implicación, el pasaje también dice que *nadie puede creer en nosotros como lo hace Él*. Jesús confió en estos hombres. Les dijo que recordaran que los volvería a reunir en Galilea (14.28). Después de la resurrección, los reuniría en Galilea y les diría que, en su estado de perdonados, serían Sus mensajeros al mundo. Poco tiempo después de haberlo decepcionado por completo, Él les encomendó el evangelio y puso sobre los hombros de ellos la responsabilidad de difundir Su mensaje de salvación en todo el mundo (16.15).

Pedro había insistido en no negar a Jesús. Marcos lo describió de la siguiente manera:

Entonces Pedro le dijo: Aunque todos se escandalicen, yo no. Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo (14.29–31).

Jesús le dijo a Pedro: «Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos» (Lc 22.31, 32). Pedro negaría a Jesús con juramentos y maldiciones, sin embargo, Jesús confiaba en que le sería restaurado.

Perderemos la confianza en nosotros mismos antes de que Jesús lo haga. Jesús se quedó con Sus apóstoles y eventualmente los convirtió en hombres que se levantaron y vivieron en Su fortaleza.

3. Este pasaje también implica que *nadie puede perdonarnos como lo hace Jesús*. Todos los apóstoles recibieron el perdón de Jesús. Incluso Judas podría haber recibido Su perdón si hubiera regresado a Él arrepentido. Nadie que se arrepienta escapa a la gracia de Dios.

Del grupo de apóstoles, solo Juan estuvo presente en la cruz. No sabemos dónde estaban los demás apóstoles durante la crucifixión. Tal vez se habían escondido, temiendo que también pudieran ser crucificados. Quizás estaban demasiado avergonzados para estar cerca de la cruz. Cuando Jesús necesitó más a Sus apóstoles, solo uno de ellos estuvo cerca para ofrecerle apoyo moral. Ninguno de los apóstoles, ni siquiera Juan, reclamó el cuerpo de Jesús para darle una sepultura adecuada.

La gracia de Jesús no puede medirse; tiene una fuerza divina que llega a cada pecador arrepentido en cada era. Pablo dijo: «... en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados

según las riquezas de su gracia» (Ef 1.7). El perdón está disponible en proporción a «las riquezas de [la] gracia [de Dios]». Así como un hombre rico es capaz de dar abundantes regalos, Dios derrama gracia abundante sobre Su pueblo. La gracia de Dios, por medio de Su Hijo, nos extiende el perdón completo; ningún pecado es ignorado. Nos concede gracia eterna; ningún pecado tiene que ser nuevamente perdonado. Además, nos da gracia continua; a medida que andamos en la Luz, Su sangre nos mantiene salvos (vea 1ª Jn 1.7).

*Conclusión:* El presente pasaje nos da un maravilloso cuadro de Jesús. Nadie puede amarnos de la manera que lo hace Él. Es amor en su máxima expresión. Nadie cree en nosotros como lo hace Él. Es confianza en su plenitud. Nadie nos perdona de la manera que lo hace Él. Es salvación en su integridad. ¿Qué más puede pedirse? ¡Tenemos amor eterno, esperanza eterna y perdón eterno!

Hemos visto la forma como este pasaje presenta a Jesús. «Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios» (1ª Jn 3.1). Jesús vino a traernos a Dios. Con Su muerte, puede convertirnos en hijos de Dios.

Podemos decir con Pablo: «¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aun, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros. ¿Quién nos separará del amor de Cristo?» (Ro 8.34, 35a). Hemos visto el amor de Cristo, Su gran amor perdurable, del que nada puede separarnos, excepto nuestras obstinadas voluntades. ¡Rindámonos a Su amor, para que podamos morar en Su plenitud ahora y por siempre! «... por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz» (Col 1.19, 20).

### **La lucha en Getsemaní (14.32–42)**

Alrededor de la medianoche, Jesús entró en el huerto llamado Getsemaní (14.32a), un lugar donde tuvieron que haberse procesado aceitunas, ya que la palabra quería decir «prensa de aceite». En la primera parte de la tarde, les había lavado los pies a Sus discípulos (Jn 13.5–15), enseñándoles lecciones de humildad y servicio. Había celebrado la pascua con Sus apóstoles y había instituido la cena que conmemoraría Su muerte a lo largo de la era cristiana (Mr 14.22–25). Después de celebrar la cena, les dio a Sus discípulos los discursos de despedida (Jn 15; 16). Al final de este triste adiós, elevó la gran oración sumosacerdotal que se da en

Juan 17.

A medida que se acercaba (o tal vez pasaba) la hora de la medianoche, Él y Sus apóstoles partieron hacia Getsemaní. Entraron en el valle de Hinom y cruzaron el torrente de Cedrón, que sin duda estaba teñido de rojo por la sangre que se había derramado al sacrificar innumerables corderos pascuales en el templo. Pronto se acercaron a la entrada de un huerto que se encontraba en algún lugar a lo largo del pie del monte de los Olivos. Tuvo que haber sido una parcela de terreno salpicado de olivos, un lugar al que Él se había retirado a menudo para orar. Tal vez conocía al dueño del huerto y había obtenido permiso para usarlo como un lugar de soledad y oración privada.

En la entrada, dejó a ocho de los apóstoles, llevándose con Él únicamente a Pedro, Jacobo y Juan a medida que entraba al huerto (14.33a). Casi podemos imaginarnos los olivos susurrando suavemente en la brisa nocturna. La medianoche trajo una frialdad espeluznante y una oscuridad sombría al lugar mientras los árboles bloqueaban el suelo húmedo de la mayor parte de la luz de la luna. Les pidió a los tres discípulos elegidos que velaran con Él, porque se alejaría un poco de ellos para orar (14.34b).

Jesús rara vez habló de las emociones que surgieron a veces dentro de Su alma. Los relatos del Evangelio nos dicen lo que hizo, describiendo en detalle algunas de Sus acciones y movimientos; sin embargo, los escritores rara vez intentaron describir Sus sentimientos internos. Estamos limitados a solo una breve descripción de las emociones que llenaban Su corazón. Leemos acerca de Su estremecimiento en la sepultura de Lázaro, cuando vio las lágrimas de María y Marta (Jn 11.33). Se angustió y se turbó por lo que vio. Al llegar a la cima del monte de los Olivos al entrar a Jerusalén, miró la ciudad y lloró (Lc 19.41). Lloró audiblemente por lo que sabía que el pueblo iba a hacer. Cuando Jesús se reunió con Sus apóstoles en el aposento alto, «... se conmovió en espíritu, y declaró y dijo: De cierto, de cierto os digo, que uno de vosotros me va a entregar» (Jn 13.21). Son escenas en movimiento; y, debido a su rareza, sobresalen como picos de montes en Su ministerio.

En Getsemaní, sin embargo, vemos el corazón de Jesús como nunca. En Hebreos 5.7 aparece un breve pero vívido retrato de Él: «Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente». Aquí tenemos una imagen desgarradora de la lucha emocional y el espíritu pesado que lo llenó en el

huerto de Getsemaní.

Mateo, Marcos y Lucas, con seis frases,<sup>10</sup> expresaron Su intensa lucha interior y dolor. En ocasiones, lo citaron mientras les informaba a Sus más queridos compañeros lo que estaba sucediendo dentro de Él. En otras ocasiones, los escritores describieron lo que percibieron en Él. En este huerto, Jesús experimentó algo que nunca había enfrentado durante Su vida y ministerio terrenales. No podemos entender lo que estaba pasando, sin embargo, solo podemos imaginarlo débilmente.

1. *La lucha que experimentó Jesús involucró un dolor intenso.* Les dijo a los tres que había llevado consigo que Su alma estaba «... muy triste, hasta la muerte» (Mr 14.34). La palabra que usó, *περίλυπος* (*perilupos*), transmite la idea de profunda tristeza. A medida que se acercaba al momento en que soportaría esa terrible carga de pecados sobre Su alma en la cruz, se sintió abrumado. La culpa del mundo estaba descendiendo sobre Su mente y corazón puros e inocentes con una fuerza aplastante.

2. *Su lucha tuvo una naturaleza angustiosa.* Marcos informó que «comenzó a entristecerse y a angustiarse» (14.33). La palabra que se traduce como «entristecerse» (*ἐκθαμβέω*, *ekthambeō*) también podría traducirse como «alarmarse». Jesús era Dios en la carne; era tanto el Hijo de Dios como el Hijo del hombre. Se había hecho hombre, sin embargo, seguía siendo el segundo miembro de la Deidad. La batalla por la salvación de la raza humana era grande, oscura y espantosa. Su humanidad estaba deprimida por ello; Su espíritu divino se estremeció por ello.

3. *Su lucha en el huerto fue la carga más pesada que jamás había llevado.* Comenzó a «angustiarse» (14.33). «Angustiar» (*ἀδημονέω*, *adēmoneō*), o «pesarle» (KJV), quiere decir que Su alma fue sobrecargada con la magnitud del evento que se acercaba. Su espíritu se tambaleaba bajo la abrumadora carga.

4. *Su lucha fue tan severa que comenzó a llevar Su cuerpo físico a la muerte misma.* Su alma estaba «muy triste, hasta la muerte» (14.34; énfasis agregado). Tan doloroso era Su dolor y pena que había peligro de que Su cuerpo cediera bajo el estrés. Estos estragos en Su cuerpo tuvieron que haber sido la razón por la que «se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle» (Lc 22.43). Si no hubiera recibido fuerzas, no habría

podido ofrecer Su cuerpo en la cruz por nosotros. Habría colapsado antes de ser crucificado.

5. *Su lucha se caracterizó por la agonía.* Lucas dijo: «Y estando en agonía, oraba más intensamente» (Lc 22.44a). Su palabra era *ἀγωνία* (*agōnia*), una palabra que expresa un combate doloroso, un esfuerzo con toda la energía de una persona. Podemos ver fácilmente el insoportable sufrimiento de la crucifixión, sin embargo, a menudo no vemos la terrible agonía de Getsemaní. Cuando Jesús preparó Su alma para el conflicto por las almas de los hombres, entró en una agonía que nadie puede comprender. La vislumbramos en la declaración que dice: «era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra» (Lc 22.44). El Espíritu Santo usó solo parte de una declaración para decir cómo reaccionó el cuerpo de Jesús ante el estrés, la tensión y el poder de Su terrible experiencia.

6. *Su lucha incluyó soledad.* Jesús deseaba estar con Sus discípulos, sin embargo, Su necesidad de orar era mayor. Incluso cuando se apartó de ellos, deseaba que estuvieran con Él en espíritu y en oración. Los discípulos estaban agotados de las conversaciones emocionales de la tarde, y sus cuerpos codiciaban el descanso. Lucas dice que estaban «durmiendo a causa de la tristeza» (Lc 22.45). Sus ojos se habían vuelto pesados por el agotamiento físico. Jesús tuvo que haber buscado la compañía y oraciones de ellos esa noche más que en cualquier otro momento, sin embargo, se escabulleron al sueño. Jesús fue dejado solo para enfrentar Su horrible hora.

7. *Su lucha involucró las fuerzas satánicas del mal de una manera que Él no las había enfrentado antes.* Después del período de tentación de Jesús al comienzo de Su ministerio, el diablo lo dejó «por un tiempo» (Lc 4.13). En este huerto, el diablo vino contra Él con el ejército más poderoso que pudo reunir. Las confrontaciones anteriores de Cristo con Satanás no tuvieron la inmediatez ni el carácter espantoso de la presente confrontación. Los terrores del mundo de las tinieblas estaban envolviendo a Jesús con tenacidad.

*Conclusión:* Nadie puede comprender las profundidades del dolor que nuestro Señor experimentó en este huerto. Vemos Su humanidad enfrentándose al desafío de la gran tensión, sin embargo, también vemos Su naturaleza divina. El santo Hijo de Dios estaba preparándose para convertirse en un sacrificio expiatorio por el pecado del mundo.

En Su momento de gran dolor, Jesús buscó estar con Dios. Con retirarse al huerto, nos dice: «Cuando estés en tu valle más profundo, en tu mayor

<sup>10</sup> Los evangelios sinópticos indican que Jesús 1) «comenzó a entristecerse» (Mr 14.33; vea Mt 26.37), 2) «... a angustiarse» (Mr 14.33; vea Mt 26.37), 3) «muy triste» (Mr 14.34; vea Mt 26.38), 4) «hasta la muerte» (Mr 14.34; vea Mt 26.38), 5) «en agonía, oraba más intensamente» (Lc 22.44), y que 6) «era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra» (Lc 22.44).

conflicto, busca estar a solas con tu Padre. Ve a un lugar tranquilo y abre tu corazón delante de Él».

Incluso el Hijo de Dios encontró consuelo en Sus amigos cercanos. Con Su corazón cargado, les pidió a Sus discípulos que velaran y oraran con Él. Lucas dijo que «se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra» (Lc 22.41). La palabra que usó para «se apartó» (ἀποσπάω, *apospaō*) quiere decir «desprenderse uno mismo». Sabiendo a lo que se enfrentarían, Jesús deseaba que ellos oraran por sus inminentes luchas. También sabía lo que pronto Él sufriría, y quería que estuvieran cerca de Él y que oraran por lo que se avecinaba.

Jesús ilustró otra profunda verdad sobre nuestra relación con los demás. Su ejemplo nos dice: «Cuando venga la carga más pesada, hable de ello con los que ama». Jesús, el Hijo todopoderoso de Dios, les dijo a Sus amigos cercanos lo que le estaba sucediendo. Reveló, con la más fuerte de las palabras, Sus más íntimas agonías.

Sobre todo, el relato de nuestro Señor en Getsemaní ilustra que las grandes batallas de la vida se ganan el día antes de que tengan lugar. Jesús se reunió con su Padre y estableció de antemano lo que iba a hacer y cómo lo haría cuando alcanzara la cruz. Después de Getsemaní, poseía serenidad y absoluta confianza. ¿Quién no puede quedar impresionado por la forma en que Jesús soportó Sus sufrimientos? Oro para abrirse camino a través de ellos. En Getsemaní, la noche anterior, Jesús resolvió la forma como se ocuparía de Gabata y Gólgota.

El bebió una copa de ira sin misericordia, para que nosotros pudiéramos beber una copa de misericordia sin ira. La agonía no consistía en el temor a la muerte, sino en el profundo sentido de la ira de Dios contra el pecado que había de soportar. Su naturaleza pura y santa se contrajo, no por la muerte como muerte, sino por la muerte como una maldición del pecado del mundo.<sup>11</sup>

### **Estar ahí para Jesús (14.32–50)**

Justo antes de Su arresto en el huerto, Jesús les había dicho a Sus discípulos que ellos le abandonarían y huirían. Usó la fraseología de Zacarías 13.7 en Su anuncio: «Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas» (Mr 14.27).

Pedro se negó a creer Sus palabras, declarando rotundamente: «Aunque todos se escandalicen, yo no» (14.29). Al escuchar tal declaración de Pedro, todos los demás discípulos se unieron y prometieron su fidelidad durante cualquier tragedia que pudiera

ocurrir (14.31, 32). A pesar de las protestas y promesas de ellos, la profecía de Jesús se hizo realidad. Después de una breve escaramuza con la comitiva de arresto, todos los discípulos, «dejándole, huyeron» (14.50). Jesús estuvo sin amigos y solo cuando fue llevado a Sus juicios.

Pedro y Juan finalmente fueron al patio de la casa de Caifás. Juan escribió: «Y seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo» (Jn 18.15a). Juan vio a Pedro en la puerta y, confiando en su relación con el sumo sacerdote, salió, lo tomó y lo llevó al patio (Jn 18.16). Después de que Pedro negó a nuestro Señor tres veces y fue impactado en su corazón por una mirada de Jesús, salió del patio y huyó de regreso a la oscuridad, llorando mientras iba (Lc 22.62). No leemos más acerca de Pedro hasta el domingo por la mañana, cuando Jesús se le apareció (Lc 24.34). Por lo que sabemos, no estuvo presente en la crucifixión ni en la sepultura de Jesús. Aparentemente, pasó el viernes y el sábado como un hombre quebrantado, angustiado y con un corazón apesadumbrado por lo que había hecho.

Leemos sobre Juan nuevamente en la crucifixión. Reveló que estaba delante de la cruz; sin embargo, se refirió a sí mismo con la frase «... y al discípulo a quien [Jesús] amaba», no por su nombre (Jn 19.26). Mientras buscamos a los discípulos de Jesús al pie de la cruz, solo vemos un pequeño grupo formado por Juan y algunas mujeres. El Evangelio de Juan habla de tres o cuatro mujeres que estaban presentes: «Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena» (Jn 19.25b). Lucas describió al grupo como un poco más numeroso. Dijo: «Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas» (Lc 23.49). Marcos escribió: «También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé» (Mr 15.40).

Cuando Jesús miró desde la cruz, de Sus apóstoles, solo vio a Juan. Está escrito: «Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo» (Jn 19.26). Los escritores de los evangelios pasaron por alto en completo silencio sobre dónde estaban los demás apóstoles en el momento de la muerte de Jesús. De este hecho deducimos que no vieron la crucifixión.

Tiene que ser que el pequeño grupo de discípulos que estuvo presente al principio estuvo cerca de la cruz y luego posteriormente, tal vez por temor o por la dificultad de lidiar con el horror de la misma, retrocedieron y observaron a la distancia.

<sup>11</sup> J. Oswald Sanders, *The Incomparable Christ (El Cristo incomparable)* (Chicago: Moody Press, 1952), 144.

Al comienzo del sacrificio agonizante de Jesús por nosotros, Sus ojos buscaron en la multitud debajo de Él en busca de alguien que pudiera servirle. En vista de que once de Sus apóstoles y Sus medio hermanos estaban ausentes, Sus ojos, debilitados por el dolor, se centraron en Juan. Con un breve mandato, se ocupó de Su última responsabilidad terrenal: «... dijo al discípulo: He ahí tu madre» (Jn 19.27).

¡Juan estuvo allí cuando Jesús lo necesitó! Qué reconfortante tuvo que haber sido para Juan durante los años que siguieron recordar que, cuando Jesús le pidió a alguien que estuviera a Su lado, él estuvo allí para brindarle la ayuda que requerían Sus circunstancias.

1. *Juan se había preparado mediante una transformación espiritual para «estar allí» para Jesús cuando Éste le llamó para que lo ayudara.* Jacobo y Juan fueron conocidos al principio como los «Hijos del trueno» (Mr 3.17). Una vez quisieron bajar fuego del cielo y destruir una aldea que los había rechazado (Lc 9.52b–54). Sin embargo, en compañía de Jesús, estos dos apasionados hombres se convirtieron en gigantes espirituales. La presencia de Jesús los transformó. Jacobo se convirtió en el primer mártir apóstolico (vea Hch 12.2), y a Juan se le conoció como el apóstol del amor (vea 1ª Jn 4).

A medida que Juan creció de ser un hijo del trueno a ser un apóstol de tierno amor, no sabía que estaba preparando su corazón de gracia para que Jesús pudiera pedirle que cuidara de Su madre en este oscuro día cuando una espada le atravesó el alma. Los siervos no nacen; se hacen mediante la comunión transformadora de Jesús. Dios nos prepara fielmente para la obra que nos pedirá que hagamos para Él en el futuro. La única manera en que alguien puede estar listo para estar allí para Jesús es permitir que su vida sea transformada a la imagen de Jesús hoy.

2. *Puede que haya ocasiones en que podamos hacer algo por Jesús que nadie más puede hacer por Él.* ¿Había alguien más al pie de la cruz que pudiera cumplir el papel que Jesús le asignó a Juan? Parece que él era el único que podía ocuparse de la tarea. En la combinación de eventos y circunstancias, llegó el momento en que se le pidió a Juan que fuera el que cuidara de la madre de Jesús. Aparentemente, nadie más podría proporcionarle esta ayuda a Jesús.

Puede que nos esperen tareas únicas. Cada persona se encuentra en un círculo de influencia en el que solo él puede causar cierto impacto. Nadie más puede tener exactamente la misma influencia sobre otros individuos dentro de ese círculo. En el lento transcurrir del tiempo, a menudo podríamos

entrar en arenas en las que hay obras que tienen que realizarse, servicios que tienen que prestarse o labores que tienen que completarse como solo nosotros podemos hacerlas. Juan estuvo allí para Jesús; estuvo en el lugar correcto en el momento adecuado, y tuvo el corazón correcto. Estuvo presente y listo para el deber cuando Jesús necesitó a alguien que le ayudara. ¿Será este el caso con nosotros?

3. *Mientras Jesús desarrolla Su gran plan de salvación, necesitará que otros le ayuden.* No podía bajar de la cruz y proveer para Su madre. La agresiva multitud lo desafió a que dejara la cruz mediante una demostración de Su poder, se mofaban de Él con una burla amarga: «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos. También los que estaban crucificados con él le injuriaban» (Mr 15.31b, 32). Sin embargo, la única forma en que podía dar Su salvación al mundo era permaneciendo en la cruz. Alguien que no fuera Él mismo tendría que ocuparse de los detalles al pie de la cruz. Debido a que Su obra redentora requería la totalidad de Su corazón y Su vida, le pidió a Juan que tomara Su lugar para proporcionar un hogar para Su madre.

Jesús ya no puede estar en el mundo como lo estuvo una vez. Tiene una labor mediadora que realizar en el trono del Padre. Él es nuestro «abogado [...] para con el Padre», escribió Juan (1ª Jn 2.1). Ha dejado Su obra terrenal en manos de Su pueblo. Nos ha pedido que seamos Su iglesia, Su cuerpo espiritual, Sus manos y Sus pies en el mundo. Nos ha dado la responsabilidad de magnificar Su influencia y hacer Su obra en el mundo. Mirándonos desde Su trono en lo alto, nos ha dicho, en efecto, «¡He aquí tu tarea! Toma nota de la misión que te he dado. Como no puedo bajar de donde estoy, tengo que pedirte que me ayudes. Estoy poniendo Mi obra en tus manos».

*Conclusión:* Debe ser la máxima aspiración de todos nosotros «estar allí» para Jesús. Hemos visto la hermosura de estar listos para servirle en la persona de Juan, que se había preparado para esta oportunidad. Permaneció cerca de su Salvador en Sus últimos momentos, listo y dispuesto a hacer lo que Jesús le pidiera hacer. Cuando llegó el gran momento, hizo lo que podía por el Cristo. Siempre será conocido como el apóstol que estuvo dispuesto a «estar allí» para Jesús cuando necesitaba que alguien continuara Su obra en el mundo. Sigamos sus pasos.

### **El arresto del Hijo de Dios (14.43–51)**

Una verdad central revelada en el Nuevo



Testamento es que Aquel que vino y caminó entre nosotros y murió por nosotros no era otro que el Hijo de Dios, el segundo miembro de la Deidad. Juan declaró este hecho notable de manera clara e inolvidable: «Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad» (Jn 1.14). Sorprendentemente, este Jesús que nació y fue colocado en un pesebre (Lc 2.11, 12) era el mismo sobre quien Pablo escribió: «Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él» (Col 1.16).

Una vez que se entiende esta profunda verdad sobre Jesús, no nos resultará difícil aceptar la mezcla natural y sobrenatural, el tejido entre lo divino y lo humano, que es tan característico de Su vida terrenal. No dudaremos de que tuvo sed en el pozo de Jacob (Jn 4.6, 7), sin embargo, pudo hablarle a la mujer samaritana sobre el agua viva (Jn 4.10). No quedaremos perplejos por Su confesión al Sanedrín diciendo que Él era el Hijo de Dios (Lc 22.70) y luego, poco tiempo después, permitir que le dieran muerte públicamente en una cruz romana (Lc 23.33).

Ser divino y humano quería decir que no habría nada ordinario acerca de Jesús. Su nacimiento, bautismo, tentaciones, enseñanzas y muerte fueron únicos. Incluso Su arresto en el huerto tenía cualidades que lo diferencian de todos los demás arrestos en la historia. Cualquiera que repase ese momento oscuro en que el Hijo de Dios fue tomado bajo custodia observará cómo se muestra la gloria de Su deidad a lo largo de estos acontecimientos.

1. *Vemos Su carácter divino y humano en Su confrontación con la multitud que vino a apoderarse de Él.* El grupo que se acercó a Él podía haberse contado en cientos. Estaba formado por soldados romanos, principales sacerdotes y ancianos del pueblo, oficiales de seguridad del templo y quizás personas de la ciudad que se habían unido por curiosidad. Marcos dijo que era «muchos gente con espadas y palos» (Mr 14.43). Sabiendo quiénes eran, por qué habían venido y qué le esperaba, Jesús fue hacia ellos y les preguntó: «¿A quién buscáis?» (Jn 18.4). Aquellos que guiaban a la multitud, desconcertados por Su conducta y comportamiento divino, de repente retrocedieron, chocando con los que estaban detrás de ellos y causando que algunos cayeran al suelo. Cuando la multitud se reagrupó, Jesús se ofreció nuevamente a ellos, diciendo: «Os he dicho que yo soy; pues si me buscáis a mí, dejad ir a estos» (Jn 18.8).

La personalidad de Jesús en este tenso momento estaba en armonía con todo lo que sabemos sobre los atributos de la Deidad. Había enseñado públicamente la verdad sobre la vida y el reino venidero, incluso en los alrededores del templo. No había hecho Su labor en privado. Había sido abierto y directo sobre lo que estaba haciendo en este mundo. Los que habían venido a arrestarle estaban haciéndolo con una mala intención y con una malvada imagen de Él en sus mentes, sin embargo, descubrieron que estaban arrestando a un Príncipe, un Rey, Uno que tenía todas las características del hombre perfecto.

2. *Vemos Su gloria en Su manejo de Judas. Él sabía todo acerca de Judas.* Cuando Judas salió del aposento alto y salió a ocultarse en la noche, Jesús estaba plenamente consciente de lo que iba a hacer y cómo lo iba a hacer. Jesús incluso le había advertido amablemente que el diablo lo estaba tentando (vea Mt 26.25).

Cuando Judas se acercó a Él en el huerto, Jesús le dejó claro a Judas que él lo estaba traicionando (Lc 22.48). Judas, ignorando el comentario de Jesús, le besó (Mr 14.45). Había elegido un beso como señal de su traición a Jesús. El beso probablemente fue acompañado con un abrazo, una señal de amistad personal y afecto. Mateo dijo que Judas fue a Jesús y le dijo: «¡Salve, Maestro! Y le besó» (Mt 26.49). Usó la palabra griega *kataphileo*, una palabra que quiere decir «besar sería, intensa o repetidamente». La misma palabra se usa para describir a la mujer en la casa del fariseo que ungió los pies de Jesús y los besó (Lc 7.38).

¡Qué asombroso es que Jesús no le impidiera a Judas llevar a cabo este hecho cobarde! Permitted que Judas lo besara, y no mostró hostilidad hacia él. Sus actos solo pueden explicarse en términos de Su deidad. Le dio a Judas espacio para ejercer su libertad humana. No solo le había enseñado y advertido, también le había dado la libertad moral para hacer lo que había decidido hacer.

3. *Vemos Su deidad en Su sanidad de Malco.* Cualquiera que estudie la vida terrenal de Jesús está acostumbrado a ver el testimonio milagroso de quién era Él. En Su arresto, le dio al mundo una visión más de la compasión y el poder que testificaban que fue enviado por el Padre.

Cuando Pedro cortó apresuradamente la oreja derecha del siervo del sumo sacerdote (Mr 14.47; Jn 18.10), Jesús la tocó y le impartió restauración inmediata (Lc 22.51). La oreja de Malco fue sanada, proporcionando un momento de enseñanza monumental en la historia. Antes de que Jesús muriera por los pecados del mundo, dio una señal

irreprochable para establecer la deidad de Aquel que fue quitado para morir en la cruz. Su demostración milagrosa fue para aquellos que le estaban atando, para Sus discípulos y para todos aquellos que estarían buscando al Salvador de sus almas.

4. *Vemos Su gloria en el cumplimiento de Su profecía sobre los discípulos.* Les había dicho que cuando su Pastor fuera herido, serían dispersos (Mr 14.27). Poco después de que Jesús restauró la oreja de Malco, todos los apóstoles huyeron (14.50). Jesús les había dicho a los oficiales que lo estaban arrestando: «... dejad ir a estos» (Jn 18.8). Cuando llegó el momento oportuno, Sus discípulos huyeron rápidamente. Algunos se dirigieron hacia la ciudad, donde podrían esconderse entre las sombras de las casas; algunos corrieron hacia el huerto, donde quedarían ocultos por la oscuridad de la noche. Posteriormente, Pedro y Juan salieron de sus escondites y siguieron a su Señor desde lejos, sin embargo, los otros permanecieron ocultos.

Un joven, tal vez Marcos, había oído la conmoción y probablemente se había levantado de la cama. Con solo una sábana de lino alrededor de su cuerpo, corrió tras la multitud que se abría camino para arrestar a Jesús. Tuvo que haber indicado de alguna manera que tenía interés en Jesús. Cuando los discípulos se dispersaron, un soldado se apoderó del joven. Se soltó del soldado y corrió, dejando la sábana de lino en la mano del soldado. El joven huyó desnudo en la oscuridad de la noche, sin duda pensando que había escapado por poco del arresto de manos de un soldado romano (Mr 14.51, 52).

Además de Su poder milagroso, Jesús era omnisciente. Sabía del carácter débil de Sus apóstoles. Estaba consciente de lo que harían Sus discípulos y la multitud. Sus anuncios sobre lo que sucedería fueron confirmados por todo lo que ocurrió.

5. *Vemos Su deidad en Su propia evaluación de esa hora histórica.* Le dijo a la comitiva que lo arrestó: «... mas esta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas» (Lc 22.53b). Esperaríamos que el divino Hijo de Dios dijera algo que nos ayude a comprender la terrible naturaleza del evento que estaba teniendo lugar. Su gráfica, pero breve descripción, reveló la naturaleza demoníaca de este episodio.

¡Qué oscuro y trágico fue ese evento a la entrada del huerto! ¿Puede alguien comprender las dimensiones de hombres mortales y pecaminosos arrestando al Hijo puro de Dios como si fuera un criminal? Estos hombres habían negociado, ideado y elegido tan indescriptible acto. Mientras colocaban sus manos y sus cuerdas sobre Jesús, las horas más oscuras descendieron sobre ellos. Se

estaban rindiendo ante el gran poder del mal que los rodeaba y llenaba sus corazones.

*Conclusión:* El arresto del Hijo de Dios nos transmite los aspectos humanos y divinos de Su naturaleza. Vemos Su humanidad a medida que lo contemplamos siendo llevado con cuerdas, espadas y palos a Sus juicios. Sin embargo, brillando a lo largo de estos eventos está Su inconfundible gloria y deidad. Cuando leemos los Evangelios, quedamos abrumados con la verdad de que Jesús, el Hijo de Dios, condescendió a permitir que hombres malvados y duros de corazón le arrestaran para poder morir por nuestros pecados.

Jesús fue tan divino como si no fuera humano del todo, y fue tan humano como si no fuera divino en absoluto. Fue la fusión perfecta de deidad y humanidad en una sola personalidad. Él es llamado en las Escrituras «el Hijo del Hombre» y «el Hijo de Dios». Si podemos captar esta verdad sobre Él, no tendremos ningún problema en creer todas las demás verdades que se enseñan sobre Él en el Nuevo Testamento.

#### **La confesión de Jesús ante Caifás (14.53–65)**

Caifás y el concilio del Sanedrín habían concentrado su fuerza judicial para declarar culpable a Jesús de un crimen digno de muerte, sin embargo, habían fracasado estrepitosamente. Los numerosos testigos que habían traído se habían contradicho entre sí y habían demostrado ser inútiles, dejando confusos a los que estaban en la sala de Caifás (14.56). Finalmente, dos de los testigos falsos dieron una interpretación siniestra de una declaración que nuestro Señor había hecho en el templo con respecto a Su muerte. Interpretando de manera literal Sus palabras figuradas, dijeron: «Nosotros le hemos oído decir: Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano» (14.58); «Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo» (Mt 26.61). Sin embargo, Caifás sabía que este tipo de información, aun cuando tuviera el peor significado posible, tendría poco peso con Pilato, el gobernador romano. No estaría preocupado por los asuntos religiosos de los judíos.

Cuando los dos testigos mencionaron la declaración de Jesús sobre el templo, Caifás, desesperado, le gritó a Jesús: «¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti?» (Mr 14.60; vea Mt 26.62). Su tono e intensidad revelaron su frustración por no poder encontrar ninguna evidencia contra Jesús. En lugar de declarar inocente a Jesús, como habría hecho un sumo sacerdote creíble, Caifás buscó a tientas, esperando que Jesús se incriminara

a sí mismo con las respuestas que podría dar a los cargos sin fundamento que se le lanzaban. «Mas él callaba» (14.61a). Su negativa a responder trajo una tremenda reprimenda a este juicio. ¡El plan homicida de Caifás estaba siendo frustrado por el silencio! La evidencia que había logrado fabricar no era digna de una sola palabra de defensa de parte de Jesús. Con una dignidad nacida de una justicia perfecta, Jesús no dijo nada.

El sumo sacerdote estaba recurriendo a su última opción. Tendría que torcer la verdad para convencer a los presentes de que Jesús era un blasfemo. La evidencia de blasfemia no impresionaría a Roma, sin embargo, persuadiría al Sanedrín de que Jesús había de ser condenado a muerte.

Fingiéndose preocupación por su nación, le ordenó a Jesús: «Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios» (Mt 26.63b). Habiendo sido puesto bajo juramento ante Dios (vea Lv 5.1), Jesús anunció quién era Él. Ya no callaría nada. La primera parte de Su respuesta fue una afirmación: «Tú lo has dicho» (Mt 26.64a). Marcos 14.62a simplemente le describe diciendo: «Yo soy».

Mateo no incluye esta parte de Su respuesta. La afirmación original podría haber sido «Tú mismo lo has dicho: Yo soy»; o podría ser que Marcos tradujo la expresión idiomática «Tú mismo lo has dicho» para sus lectores romanos con las dos palabras «Yo soy». Jesús lo había dejado absolutamente claro. Él, el Hijo de Dios, le había presentado a la corte la verdad acerca de Su deidad. Sin embargo, Jesús no se detuvo con Su afirmación de quién era Él; añadió una promesa: «... y además os digo», dijo, «que desde ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo» (Mt 26.64b). Él fue, es y será el Cristo, el Hijo de Dios. Nada, ni siquiera la crucifixión, podría cambiarlo. Caifás tuvo a Jesús frente a él en esta sala del juicio, sin embargo, algún día Caifás estará con todos los demás delante de Jesús en juicio.

Puede que Caifás y sus colegas hayan entendido que la designación «el Cristo» quiere decir el Hijo de David que supuestamente venía a restaurar el Reino a Israel. Puede que hayan visto el título «el Hijo de Dios» con el significado de siervo elegido de Dios. Su visión del Mesías probablemente no incluía la idea de que el que venía sería el segundo miembro de la Deidad, Dios el Hijo. Jesús sin duda les dio una nueva definición de estos términos. En Su respuesta, estaba profetizando: En el futuro, le verían a Él, Aquel al que planeaban crucificar, sentado a la diestra de Dios y viniendo sobre las nubes del cielo, trayendo juicio eterno. Usando descripciones extrañas de Daniel 7.13 y Salmos

110, que estos instruidos escribas y ancianos habrían reconocido, Jesús anunció que un día le verían como el Juez enviado por el Padre. Si esta augusta asamblea hubiera pensado seriamente en lo que Jesús estaba diciendo, habrían llegado a la conclusión de que aquel a quien estaban juzgando sería un día su Juez eterno.

En una majestuosa y amplia oración expresada a Caifás y al Concilio, Jesús dio una visión panorámica de quién era Él.

1. *Él declaró pública, audaz y claramente que era el Cristo, el Ungido de Dios.* Jesús no comenzó Su ministerio proclamando esta verdad. En aquellos primeros días, les había pedido a aquellos que fueron sanados por Él que callaran al respecto. Su mesianismo había de mantenerse en secreto hasta el momento apropiado. Tenía mucho trabajo preliminar que realizar y muchas verdades fundamentales que enseñar antes de hacer pública la verdad sobre quién era Él. Muchos estaban apresurándose para traer el reino, sin embargo, la labor preparatoria de Jesús necesitaba tiempo. Este juicio ante Caifás fue el momento elegido por Jesús para anunciarle al mundo quién era Él. En este contexto y circunstancia, le declaró a Caifás: «Tú lo has dicho» (Mt 26.64a).

2. *Afirmó además que era el Hijo de Dios.* Aunque puede que Caifás no haya sabido lo que estaba preguntando mientras intentaba ponerle trampa a Jesús, la respuesta dada por Jesús estaba a la altura de la verdad divina. Sabiendo que el Antiguo Testamento condenaba la blasfemia, Caifás aprovechó la respuesta de Jesús para pedir un pronunciamiento de muerte. Rasgó sus ropas como un gesto de conmoción y dijo: «¡Ha blasfemado!» (Mt 26.65a). Luego se dirigió a los miembros del Concilio y exigió: «¿Qué más necesidad tenemos de testigos? He aquí, ahora mismo habéis oído su blasfemia». Un coro de líderes religiosos que temían pensar por sí mismos o defender la justicia «le condenaron, declarándole ser digno de muerte» (Mr 14.63, 64).

Caifás y sus compañeros miembros del Concilio habían pasado por alto un hecho sumamente importante: ¡Jesús no podía ser culpable de blasfemia porque estaba diciendo la verdad! ¡Jesús declaró que Él era el Hijo de Dios porque era la única respuesta verdadera que podía darse a la pregunta de Caifás! ¡Caifás estaba enjuiciando al Hijo de Dios, no a un impostor!

3. *Además, Jesús se describió a Sí mismo como el gran Juez eterno que vendría sobre las nubes del cielo.* Sus palabras tenían que haber sido una profecía figurada que se extendía más allá de Su resurrección y el establecimiento de la iglesia, más allá de la

difusión del evangelio, más allá del juicio que caería sobre Jerusalén en el año 70 d.C., y al juicio eterno al final de los tiempos. Daniel tuvo una visión del Hijo del Hombre recibiendo el reino y ejecutando los decretos del Anciano de Días (Dn 7.13, 14). Jesús usó terminología de esa visión de manera que le identificara como el cumplimiento de esas profecías. Él fue el que era, el que es y el que ha de venir. Le estaba revelando a Caifás que Él era el Cristo, el Hijo de Dios y el Juez que venía.

La respuesta de Jesús a la pregunta de Caifás se expresa en una sola oración compuesta en nuestro idioma, sin embargo, está llena de tres de las verdades más grandes acerca de Él. Su declaración tiene que combinarse con los milagros que había realizado, con la enseñanza sobrenatural que había traído, con Su resurrección de entre los muertos que pronto experimentaríamos, y con todas las demás pruebas confirmatorias de Su veracidad. En este contexto, tiene que aceptarse que Sus palabras transmiten la verdad inmutable sobre Él. Después de escuchar Sus palabras, nadie puede malinterpretar quién era Él ni quién es Él.

*Conclusión:* La sala de Caifás fue el escenario, y este momento en la historia fue el momento que Jesús eligió para Su anuncio. Este reconocimiento de Su deidad marcó la primera vez durante Su vida terrenal que había anunciado de manera concreta, concisa y pública la verdad acerca de Sí mismo. Sus palabras dejaron claro lo que estaba ocurriendo. Él estaba diciendo: «¿Saben a quién están crucificando? Están rechazando a su Mesías, al Hijo de Dios, y al Juez que viene. ¡Le están colocando de manera desobediente en manos anárquicas que lo pondrán en la cruz!». Sus palabras contenían una súplica silenciosa a cada corazón pecador que estaba presente: «¿No pensarás en lo que estás haciendo para ver el significado singular de lo que está ocurriendo aquí? No solo me estás crucificando, también estás sellando tu propio destino».

### **Cuando miramos el rostro de Jesús (14.53, 66–72)**

En algún momento del viernes por la mañana, en el día de la crucifixión de Jesús, Pedro rompió su promesa de no escandalizarse jamás (14.29–31) y negó a Jesús repetida y vehementemente. Después de su negación final, no solo tuvo que escuchar el canto del gallo, también tuvo que mirar el rostro de Jesús. Cuando levantó la vista y sus ojos se encontraron con los ojos escrutadores de Jesús, fue demasiado para Pedro. Su gran corazón se rompió. Se apresuró a alejarse de la escena de los juicios y salir a la fría oscuridad, donde lloró delante de Dios

por su miserable fracaso.

Antes de pasar una noche agonizante en oración en el huerto de Getsemaní, Jesús les dijo a Sus apóstoles que ellos le abandonarían y huirían (14.27; vea Jn 16.32). En el arresto de Jesús, así hicieron (Mr 14.50). Después de que Jesús le dijo a Pedro que guardara su espada (Mt 26.52; Jn 18.11) y que los oficiales de arresto estaban listos para llevárselo, Sus discípulos aprovecharon la oportunidad para escapar. Se dispersaron en todas direcciones bajo la cobertura de la oscuridad de la noche. Pedro y Juan observaron a Jesús y a la multitud, con sus luces parpadeantes, cruzar el torrente de Cedrón y avanzar hacia la casa de Anás, donde interrogarían a Jesús. Luego, recuperando la compostura, hicieron a un lado sus temores inmediatos y siguieron la procesión desde una distancia segura (Jn 18.15; vea Mt 26.58; Mr 14.54).

Cuando llegaron al patio que daba a la casa donde Jesús había sido llevado, tuvieron que haber estado en medio de otros, preguntándose qué pasaría luego. Juan se acercó a la joven que vigilaba la puerta y pidió permiso para entrar al patio. Juan era conocido por el sumo sacerdote y fue reconocido por la joven al cuidado de la puerta (Jn 18.17). Sin dudar, ella lo admitió en el área abierta frente a la casa. Un poco más tarde, Juan probablemente recordó que Pedro estaba aturdido en la puerta, inseguro de dónde debía estar y qué debía estar haciendo. Fue en este punto que «Salió, pues, el discípulo [es decir, Juan] que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera, e hizo entrar a Pedro» (Jn 18.16). Al pasar por la puerta, la criada que la vigilaba le dijo a Pedro: «¿No eres tú también de los discípulos de este hombre?» (Jn 18.17a). Pedro, tal vez bajo un impulso de temor, dijo: «No lo soy» (Jn 18.17b).

La noche era fría, y los que estaban en el patio no podían hacer nada más que esperar. Habían encendido un fuego pequeño sin llama, con carbón, para calentar a quienes estaban sentados o de pie en el patio, a la espera del resultado de los procedimientos que estaban teniendo lugar en la casa de Anás. Pedro se acercó al fuego (Jn 18.25). Quizás a veces se agachó a su lado y otras veces se puso de pie. Mientras se calentaba, el fuego parecía echar su luz sobre él.

Una de las criadas del sumo sacerdote le dijo: «Tú también estabas con Jesús el nazareno» (Mr 14.67). Ante todos los que podían escucharle, Pedro se dejó decir: «No sé lo que dices» (Mt 26.70; vea Mr 14.68).

Puede que otros alrededor del fuego hayan intervenido, diciendo: «¿No eres tú de sus

discípulos?» (Jn 18.25a), y Pedro declaró: «No lo soy» (Jn 18.25b). Perplejo y avergonzado por las preguntas, la atención y, especialmente, por sus respuestas a las preguntas, Pedro se alejó lentamente del fuego y se retiró discretamente al pórtico, esperando perderse en el anonimato.

Pasó un poco de tiempo, y luego vino una avalancha de preguntas. Un hombre se le acercó y le dijo: «Tú también eres de ellos», Pedro dijo bruscamente: «¡Hombre, no lo soy!» (Lc 22.58). Cuando otra criada les habló a los que la rodeaban, diciendo: «Este es de ellos» (Mr 14.69), Pedro lo negó (Mr 14.70a) y acentuó su respuesta con un juramento (Mt 26.72; KJV). Es posible que haya dicho algo como lo siguiente: «Delante de Dios les digo, “no conozco al hombre”» o «Dios es mi testigo; les estoy diciendo la verdad, no le conozco» (vea Mt 26.70, 71).

Nuestro Señor, en Su anuncio de que Pedro le negaría tres veces, tuvo que haber agrupado estas cuatro respuestas en una negación, a saber, la segunda negación. Pedro respondió cuatro acusaciones similares de parte de cuatro voces diferentes. Tres parecen haber sido de individuos, dos criadas y un hombre; la otra era del grupo de personas reunidas alrededor del fuego.

Aproximadamente una hora después, uno de los presentes insistió: «Verdaderamente también éste estaba con él, porque es galileo» (Lc 22.59). Alguien además dijo: «... aun tu manera de hablar te descubre» (Mt 26.73). «Y Pedro dijo: Hombre, no sé lo que dices» (Lc 22.60a). Marcos escribió: «Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis» (Mr 14.71). «Y el gallo cantó la segunda vez» (14.72). El centinela del alba, el gallo, podía escucharse a la distancia, haciendo que la negación final de Pedro fuera parte de la historia y declarando completo el cumplimiento de la profecía de Jesús. El pescador que había afirmado que nada lo alejaría de Jesús había fracasado privada y públicamente negando a Jesús con un juramento y maldiciones.

En ese momento, Jesús fue sacado del interrogatorio de Caifás, Su segundo juicio. Estaba siendo llevado al lugar donde se llevaría a cabo el juicio oficial del Sanedrín. En ese breve momento, mientras Jesús era llevado de un juicio a otro de manera apresurada, miró a Pedro. Éste levantó la vista, y los ojos de ambos se encontraron. Lucas capturó el momento en pocas palabras: «Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro» (Lc 22.61a). Esta imagen conmovedora está congelada en el tiempo por la narrativa de Lucas. El mundo no puede comenzar ni a imaginar la gama completa de

enseñanza, emoción y significado que pasó de los ojos de Jesús al corazón de Pedro en ese segundo o dos cuando sus ojos se encontraron. No es de extrañar que el texto diga que Pedro «saliendo fuera, lloró amargamente» (Lc 22.62).

¿Qué vio Pedro cuando miró en los ojos de Jesús?

1. *Al mirar el rostro de Jesús, vio su pasado reciente parpadeando ante él.* En la cena de pascua, había dicho, en efecto, «Señor, no sé de estos otros hombres, pero sé lo que yo haré. Iré contigo a la cárcel e incluso a la muerte. Una cosa con la que puedes contar es que no te negaré» (vea Mt 26.33). Estaba siendo franco en lo que decía, e incluso demostró sus valientes afirmaciones durante el arresto de Jesús. Sacando su espada y moviéndola frente al rostro de Malco, había cortado la oreja del criado. El mandamiento de Jesús de guardar la espada tuvo que haberle hecho algo al corazón de Pedro, reduciéndolo de un corazón agresivo y decidido a uno incierto y confuso. Pedro no había entendido completamente la enseñanza de Jesús sobre todo lo que estaba por ocurrir. Más adelante, en la puerta del patio y junto al fuego, se había desmoronado ante la avalancha de preguntas que estaban exigiendo la verdad sobre su relación con Jesús. Había fracasado como nunca antes. Es probable que preguntas atormentadoras desgarraran su mente, a saber: «¿Cómo podría haber dicho, “no conozco al hombre”? ¿Cómo podría haberlo dicho tan claramente, tan rápido y tan convincentemente?».

2. *Cuando Pedro miró en el rostro de Jesús, vio Su misericordia.* Para su asombro, los rasgos faciales de Jesús no estaban predicando: «¡Pedro, te dije lo que harías! ¡Sí, te lo dije! ¡Sabía que lo harías!». En sus tres años con Jesús, Pedro nunca había visto a Jesús amargado contra nadie. Nunca había observado un espíritu vengativo ni de represalia en Él. Por el contrario, le había escuchado decir con qué frecuencia se debía perdonar a un hermano: «No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete» (Mt 18.22). Podía recordar a Jesús enseñando: «Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas» (Mr 11.26). Es posible que le haya escuchado decirle a una mujer sorprendida en adulterio: «Ni yo te condeno; vete, y no peques más» (Jn 8.11). Ahora, más que en ningún otro momento en su andar con Jesús, tuvo que haber visto grabada en el rostro de Jesús la gran compasión de Su corazón por aquellos que han caído precipitadamente en pecado. Los ojos y la expresión de Jesús decían: «Pedro, has cometido un error, sin embargo, hay un camino hacia el perdón. Tómallo, y camina en él. Recuerda, todavía te amo y nunca dejaré de amarte».

3. *Cuando los ojos de Pedro se encontraron con los ojos de Jesús, vio su pecado en toda su oscuridad y en toda su tragedia. ¡Quién puede imaginar el contraste que vio Pedro al mirar en los ojos de Jesús! Pedro, el pecador, estaba mirando el rostro de Jesús, el que no tiene pecado. Pedro, el hombre culpable, cubierto con el hedor fresco de la negación, estaba mirando el rostro de Jesús, el Hijo de Dios, que estaba en camino de cargar con la culpa de todos los hombres.*

Pedro había visto algo de este contraste antes. En Lucas 5, después del milagro de la gran captura de peces, la verdad de la deidad de Jesús lo había

abrumado. Después de nadar a tierra seca, había clamado: «Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador» (Lc 5.8). Cuando el pecado se yuxtapone con el carácter santo de Jesús, se ve que es innegablemente detestable en su fealdad, corrupto en sus propósitos y condenado en sus consecuencias.

*Conclusión:* Ninguna persona cuyo corazón tenga algo de sensibilidad puede mirar el rostro de Jesús y permanecer igual. ¡Los ojos puros, compasivos y omniscientes de Jesús nos buscan, nos convencen de pecado, nos quebrantan y nos atraen al amor de Dios!

# Juicios, crucifixión y sepultura de Jesús

## EL ASOMBRO DE PILATO ANTE EL SILENCIO DE JESÚS (15.1–5)<sup>1</sup>

<sup>1</sup>Muy de mañana, habiendo tenido consejo los principales sacerdotes con los ancianos, con los escribas y con todo el concilio, llevaron a Jesús atado, y le entregaron a Pilato. <sup>2</sup>Pilato le preguntó: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondiendo él, le dijo: Tú lo dices. <sup>3</sup>Y los principales sacerdotes le acusaban mucho. <sup>4</sup>Otra vez le preguntó Pilato, diciendo: ¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan. <sup>5</sup>Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que Pilato se maravillaba.

**Versículo 1.** El texto deja claro que los líderes religiosos judíos fueron directamente responsables de la muerte de Jesús. **Muy de mañana, [tuvieron] consejo los principales sacerdotes con los ancianos, con los escribas y con todo el concilio.** Después de la pausa del día, «todo el concilio» consultó para decidir qué hacer con Él. Puede que haya tenido lugar en la «cámara» de reunión del concilio en el templo (Lc 22.66). Solo las decisiones tomadas en los terrenos del templo eran consideradas válidas, y estos líderes hipócritas querían asegurarse de que los procedimientos tuvieran una apariencia de legalidad.

Ellos **llevaron a Jesús atado** a la casa de Poncio Pilato (vea (Lc 3.1),<sup>2</sup> que estaba evidentemente en

<sup>1</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.1, 2, 11–14; Lucas 23.1–3; y Juan 18.28–38.

<sup>2</sup> Para los detalles de la conversación de Pilato con Jesús, vea Jn 18.33–38. Marcos omite gran parte de su conversación y no contiene ninguna conversación sobre el reino de Cristo (Jn 18.33–37). El texto que nos ocupa también omite la decisión temprana de Pilato diciendo que no encontró culpa en Jesús (Lc 23.4; Jn 18.38); su envío de Jesús a Herodes, quien tenía jurisdicción sobre los galileos (Lc 23.6); y su simbólico lavado de manos (Mt 27.24, 25). (L. A. Stauffer, *Mark [Marcos]*, Truth

la Fortaleza de Antonia o cerca de ésta, con vistas a los jardines del templo. La morada principal de Pilato estaba en Cesarea, junto al mar; sin embargo, en Jerusalén tenía que quedarse en un lugar seguro. Las fiestas podrían ser peligrosas, y la fortaleza estaba protegida por el regimiento romano.

En 1961, se encontró la primera evidencia arqueológica de Pilato en Cesarea Marítima: una inscripción en piedra con los nombres de Pilato y Tiberio César, el amigo y superior de Pilato que lo había enviado a Palestina como gobernante de parte de Roma.<sup>3</sup> Las referencias literarias a Pilato lo caracterizan como «inflexible», «despiadado» y «obstinado». <sup>4</sup>Antagonizaba a los judíos y superaba el poder de ellos como gobernador. Mientras que los «prefectos» anteriores<sup>5</sup> no se habían atrevido a impedir que las personas adoraran a Dios, al parecer Pilato no dudó en interferir. Permitió que los soldados romanos entraran a Jerusalén con los estandartes de César. En vista de que estos tenían la imagen del emperador, los judíos los consideraban idólatras.<sup>6</sup>

Otra gran ofensa contra el pueblo de Dios fue el uso que le dio Pilato al dinero del templo para construir un acueducto hasta Jerusalén desde un manantial a cuarenta kilómetros de distancia.

Commentaries, Guardian of Truth Foundation [Bowling Green, Ky.: Standard Publishing Co., 1999], 372.)

<sup>3</sup> Este fue el primer artefacto encontrado con el nombre de Pilato inscrito en él. La inscripción se refiere a él como el «[praefectus]» (Joseph M. Holden y Norman Geisler, *The Popular Handbook of Archaeology and the Bible [El Manual popular de arqueología y la Biblia]* [Eugene, Oreg.: Harvest House Publishers, 2013], 347).

<sup>4</sup> Filo *Sobre la embajada a Gayo* 38 [301].

<sup>5</sup> A estos gobernantes no se les llamaba «procuradores», como Josefo los denomina, hasta después de los días de Tiberio.

<sup>6</sup> Josefo *Antigüedades* 18.3.1 [55–56]; *Guerras* 2.9.2–3 [169–71].

Cuando los judíos se amotinaron por esto, Pilato mandó a matar a muchos de ellos; su sangre fue mezclada con la de sus sacrificios (como se menciona en Lc 13.1).<sup>7</sup>

En otra ocasión, alrededor del año 36 d.C., Pilato mató a varios samaritanos que se habían reunido para escalar el monte Gerizim porque un falso profeta había afirmado que les mostraría dónde había escondido Moisés algunas de los utensilios sagrados de los israelitas. El clamor por esta atrocidad fue tan grande que Pilato fue inmediatamente llamado a Roma para responder a los cargos formulados contra él.<sup>8</sup> Sin embargo, se demoró en ir; y Tiberio murió (en el año 37 d.C.) antes de que Pilato llegara a Roma.<sup>9</sup> Se desconoce el resultado de su juicio, sin embargo, Eusebio informó que Pilato fue «forzado a convertirse en su propio homicida y verdugo»<sup>10</sup> suicidándose durante el reinado de Gayo (Calígula; 37–41 d.C.). Si Eusebio estaba en lo correcto, Pilato vivió menos de diez años después de haber crucificado a Cristo.

Como gobernante, Pilato pensó que podía hacer lo que quisiera. Así fue como escuchó el caso de Jesús. Sin embargo, fue realmente Pilato quien estaba siendo juzgado, no Cristo. Sus débiles esfuerzos por liberar a Jesús dieron evidencia de que era un cobarde. Sabía que no se debía permitir que Jesús representara una amenaza para Roma, sin embargo, no percibió tal peligro. Su motivo para ser cómplice de los judíos era que no podía permitirse que se quejaran ante Roma por haber dejado libre a Jesús. Como ningún «rey clientelista» podía gobernar sin el consentimiento de Roma, cualquier otra acusación a Roma sobre él pondría en peligro la posición de Pilato. El hecho de que únicamente le preocupaba su propio poder testificaba de su naturaleza egoísta.

**Versículo 2.** Pilato intentó obtener una defensa de parte de Jesús, y preguntó: **¿Eres tú el Rey de los judíos?** La palabra «rey» (βασιλεύς, *basileus*) se aplicaba a César y a funcionarios menores como Herodes el Grande. El término griego común para «Emperador», Σεβαστός (*Sebastos*), era el equivalente del latín *Augustus*<sup>11</sup> y se aplicaba solo

<sup>7</sup> Josefo *Antigüedades* 18.3.2 [60–62]; *Guerras* 2.9.4 [175–77].

<sup>8</sup> Josefo *Antigüedades* 18.4.2 [85–89]; William Hendriksen, *Exposition of the Gospel According to Mark (Exposición del evangelio según Marcos)*, New Testament Commentary (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1975), 628–29; Holden y Geisler, 345–47.

<sup>9</sup> Josefo *Antigüedades* 18.4.2 [89].

<sup>10</sup> Eusebio *Historia Eclesiástica* 7.

<sup>11</sup> La palabra griega se traduce como «Augusto» en Hechos 25.21, 25, y una forma adjetiva de la palabra se consigna como «Augusta» en Hechos 27.1.

al emperador en Roma. Nuestro Señor respondió a la pregunta de Pilato afirmativamente: **Tú lo dices** (vea Lc 23.3). Básicamente quiere decir: «Has hablado con precisión».

A pesar de la confusión en la mente de Pilato sobre la naturaleza de Jesús y Su reino, merecía una respuesta clara como gobernante de la nación judía. Puede que haya sido la razón de Jesús para responder como lo hizo. Pilato sabía que Jesús no era una amenaza para su gobierno; ciertamente no había permanecido ignorante de la naturaleza del ministerio de Jesús durante tres años. Algunas de Sus enseñanzas y sanidades se llevaron a cabo en tierras bajo el dominio mismo de Pilato. Además, los gobernadores podrían tener muchos espías; Pilato era consciente de que los principales sacerdotes le habían entregado a Jesús «por envidia» (15.10; Mt 27.18).

Juan 18 detalla más la conversación entre Jesús y Pilato. Jesús continuó explicando por qué los siervos de Su reino no pelearían. En vista de que era un reino «espiritual», Sus discípulos nunca iniciarían una rebelión política. Jesús dijo: «Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí» (Jn 18.36). En respuesta, Pilato repitió su pregunta: «¿Luego, eres tú rey?» (Jn 18.37a). Entonces Jesús le dijo: «Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz» (Jn 18.37b–d). Debido a que el reino de Jesús está en el reino espiritual de la verdad, solo los creyentes en Su verdad pueden entrar en él. Cuando Jesús habló de la verdad, Pilato se alejó con desprecio por la idea misma de que pudiera existir la verdadera «verdad» (vea Jn 18.38). Cristo pudo haberle dicho mucho más a Pilato, sin embargo, era evidente que el gobernador no quería escuchar nada más sobre la verdad. Tal es la actitud de muchos hoy en día.

**Versículos 3–5.** Cuando **los principales sacerdotes le acusaban mucho** (15.3), no respondió nada. Si bien respondería a las preguntas de parte de autoridades legítimas, no respondería a mentirosos.<sup>12</sup> A menudo es mejor no responder a chismes o testimonios falsos, aunque las declaraciones bajo juramento en un tribunal podrían requerir una respuesta adecuada.

Cuando Pilato preguntó: «¿De dónde eres tú?» (Jn 19.9), Jesús no contestó. A medida que continuaron las preguntas, el gobernador instó a

<sup>12</sup> Stauffer, 374.



Jesús a defenderse. **¿Nada respondes?** Preguntó. **Mira de cuántas cosas te acusan** (Mr 15.4). Cuando **Jesús ni aun con eso respondió, Pilato se maravillaba** (15.5).

Pilato se sintió impotente ante la verdad cuando estuvo con Jesús, sin embargo, creía que tenía que hacer lo que fuera políticamente conveniente para conservar su puesto de gobernador. A Pilato ya le resultaba obvio que Jesús no era un revolucionario político, sin embargo, la cobardía de Pilato frente a la multitud que pedía sangre era una barrera que ninguna palabra de parte de Jesús superaría. Posiblemente, Pilato hizo caso omiso de la verdad porque pensó: «¡Jesús seguramente es culpable de algo para que los judíos le acusen de tantas cosas!». Al mismo tiempo, se sentía culpable porque había oído hablar de los muchos milagros realizados por Jesús y, al menos hasta cierto punto, creía que Él era sobrenatural.

Con la esperanza de librarse de un incómodo problema, Pilato envió a Jesús a Herodes; sin embargo, después de algunos cuestionamientos y burlas despectivas, Herodes lo envió de regreso (Lc 23.7–11). Pilato finalmente llegó a la conclusión de que tenía que decir la verdad: Después de que Jesús fue enviado a Herodes pero luego fue devuelto, Pilato dijo: «... no he hallado en este hombre delito alguno de aquellos de que le acusáis» (Lc 23.14).<sup>13</sup>

Pilato temía con buena razón, porque había aprendido del pueblo que Jesús había afirmado ser el Hijo de Dios (Jn 19.7–9).<sup>14</sup> Sin embargo, su mayor temor era que se le acusara de «no [ser] amigo de César» si liberaba a Jesús (vea Jn 19.12). Sabía que nuevas acusaciones o quejas de parte de los judíos ante Roma podrían sellar su destino y condenarlo en la corte de César. A partir de este punto en adelante, la cobardía conquistó su conciencia.

Jesús no respondió hasta que Pilato dijo: «¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?» (Jn 19.10b). Su respuesta implicaba que Su poder era divino, en contraste con el pequeño poder que provenía de una fuente romana y que no podía ayudarle a Pilato a resolver su dilema. Nuestro Señor estaba revelando de dónde venía realmente Su poder; le dejó saber a Su juez que no podía hacer nada sin la aprobación divina: «Ninguna autoridad tendrías contra mí, si no te fuese dada de arriba; por tanto, el que a ti me

<sup>13</sup> Pilato dijo al menos tres veces durante los juicios de Jesús que no podía encontrar culpa en Él (Lc 23.4, 14, 22). Las referencias de Juan al hallazgo de «no culpabilidad» por parte de Pilato sobre Jesús están en 18.38; 19.4, 6.

<sup>14</sup> Estos comentarios incluyen algunos de los encuentros recientes de Pilato con Jesús en Juan 19.4–11.

ha entregado, mayor pecado tiene» (Jn 19.11). Jesús estaba diciendo que Pilato no podría darle muerte si no era parte del plan de Dios, por lo que no era necesario debatir nada más. Sus esfuerzos por impresionar a Jesús con su poder habían fracasado. Jesús no le dijo nada más a Pilato. R. C. Foster dijo que Pilato era «el verdadero prisionero en el estrado. Si levantaba sus manos contra el Hijo de Dios, tenía que responderle a Dios».<sup>15</sup>

Aunque Anás, Caifás y Pilato<sup>16</sup> eran todos culpables de las injusticias contra Jesús, su culpa no eliminaba la culpa del resto del pueblo. La mayoría de las personas presentes durante los juicios de Jesús eran de Judea. Parecen haber sido intimidados a seguir a los líderes religiosos como una turba. Clamaron públicamente que asumirían la culpa de la muerte de Jesús (Mt 27.20–25).

Juan 18.30 informa que los líderes judíos fueron los que intentaron que Pilato le diera muerte a Jesús, simplemente sobre la base de sus acusaciones infundadas; sin embargo, se negó a hacerlo. Por supuesto, también se debía culpar al Sanedrín (vea Hch 4.10).

Sabiendo que no podían obtener una sentencia de muerte para Jesús por el cargo de blasfemia, el concilio decidió acusarlo de ser un rebelde contra Roma. Dijeron que era culpable de pervertir al pueblo, prohibir el pago de impuestos al César y llamarse rey (Lc 23.1, 2; vea Jn 19.12).

Si Jesús hubiera dicho: «No paguen impuestos a Cesar», habría sido más popular entre el pueblo. Por supuesto, en realidad enseñó lo contrario (Mt 22.15–22). Solo la última de estas acusaciones contenía alguna apariencia de verdad, y Pilato había determinado fácilmente que Jesús no era el tipo de rey que le haría daño a Roma (Jn 18.33–38). Jesús nunca se pronunció en contra del señorío romano. Pilato, por supuesto, no era un gran gobernante; se dejó manipular como un títere por las autoridades judías que deseaban darle muerte a Cristo.

## **¿BARRABÁS O JESÚS?** **(15.6–11)**<sup>17</sup>

**<sup>6</sup>Ahora bien, en el día de la fiesta les soltaba un preso, cualquiera que pidiesen. <sup>7</sup>Y había uno que**

<sup>15</sup> R. C. Foster, *Studies in the Life of Christ (Estudios en la vida de Cristo)* (Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1971), 1264.

<sup>16</sup> Si bien Marcos no incluye el juicio de Jesús a cargo de Anás (vea Jn 18.13), su juicio bajo Caifás está en Marcos 14.53–65, y su juicio bajo Pilato se detalla en Marcos 15.1–15.

<sup>17</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.15–21; Lucas 23.17–19 y Juan 18.39, 40.

se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta. <sup>8</sup>Y viniendo la multitud, comenzó a pedir que hiciese como siempre les había hecho. <sup>9</sup>Y Pilato les respondió diciendo: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos? <sup>10</sup>Porque conocía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes. <sup>11</sup>Mas los principales sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás.

**Versículo 6.** Ahora bien, en el día de la fiesta les soltaba un preso, cualquiera que pidiesen. Nadie sabe el origen exacto de la tradición de liberar a un preso durante la fiesta de la pascua, sin embargo, se practicaron costumbres similares en otros lugares, entre griegos y romanos.

**Versículos 7, 8.** De este hombre que se llamaba Barrabás, no conocemos nada más que lo que leemos en los relatos del Evangelio. Era un bandolero, no un ladronzuelo. Había sido preso con sus compañeros de motín que habían cometido homicidio en una revuelta. Probablemente había matado a algunos soldados romanos. «Preso famoso» es la forma que Mateo 27.16 lo describe, lo que sugiere que era un terrorista bien conocido. Evidentemente, la rebelión era conocida por Marcos y sus lectores; sin embargo, a la pregunta «¿Cuál rebelión?», solo podemos responder: «No lo sabemos». <sup>18</sup>La multitud comenzó a pedirle a Pilato que hiciese como siempre les había hecho, es decir, que liberara a un prisionero.

**Versículos 9, 10.** Pilato le preguntó a la multitud: ¿Queréis que os suelte al Rey de los judíos? El ofrecimiento para liberar a Barrabás era evidentemente una contraoferta al deseo de Pilato de liberar a Jesús. Después de todo, conocía que por envidia le habían entregado los principales sacerdotes. «La evidencia indica que Pilato quería entregarle Jesús a la nación, sin embargo, como el siguiente versículo muestra, tenía que ignorar a los líderes para hacerlo». <sup>19</sup>

**Versículo 11.** Es posible que Barrabás haya tenido muchos seguidores entre la multitud, lo que habría facilitado a los principales sacerdotes [incitar] a la multitud para que [Pilato] les soltase más bien a Barrabás. Esta multitud habría preferido que cualquier otro criminal que no fuera Jesús fuera liberado.

El misterio de cómo tantos pudieron haber alabado a Jesús el domingo anterior, durante la

<sup>18</sup> Hendriksen, 635.

<sup>19</sup> Stauffer, 377.

entrada triunfal (Mt 21.8–11), mientras que las masas ahora pedían Su muerte, podría explicarse en el sentido de que esta era una multitud diferente. En Juan, con algunas excepciones, el término para aquellos que arrestaron, persiguieron y dieron muerte a Jesús se traduce como «judíos» (Jn 5.16, 18; 7.1; 18.12). Literalmente, el término «judíos» quiere decir «hombres de Judea», «judíos» o «los que pertenecen a Judá». Esta interpretación literal los pone en contraste con gente de Israel que vino de Galilea y otras regiones. Aquellos en la multitud eran sobre quienes el sumo sacerdote y otros líderes religiosos tenían influencia, no las masas de galileos que habían adorado a Jesús y eran más independientes de la teocracia en la ciudad santa.

Las autoridades del templo, mientras incitaban a la multitud, podrían haberles recordado los crímenes que Pilato había cometido contra su nación. En vista de que Barrabás era el tipo de hombre que usaría la fuerza para derrocar Roma, el pueblo clamó por su liberación (Mt 27.21). De hecho, es posible que ya hayan planeado pedirles a Barrabás; como insurrecto que era, él «atraería a la gente». <sup>20</sup>

Cuando Jesús tomó el lugar del ladrón Barrabás, también tomó el lugar de cada persona. Leemos en 1ª Pedro 3.18, «Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu».

#### PILATO SE SOMETE AL MANDATO DE LA TURBA (15.12–15)<sup>21</sup>

<sup>12</sup>Respondiendo Pilato, les dijo otra vez: ¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos? <sup>13</sup>Y ellos volvieron a dar voces: ¡Crucifícale! <sup>14</sup>Pilato les decía: ¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aun más: ¡Crucifícale! <sup>15</sup>Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado.

Cuando un gobernante toma una decisión simplemente escuchando una encuesta de opinión pública, no es un líder. En particular, es cierto con respecto a una cuestión moral o una cuestión de justicia. Pilato se encontraba en un dilema; parece que realmente quería liberar a Jesús, sin embargo,

<sup>20</sup> William Barclay, *The Gospel of Matthew (El Evangelio de Mateo)*, 2ª ed., The Daily Study Bible (Philadelphia: Westminster Press, 1958), 399.

<sup>21</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.22–26; Lucas 23.20–25; y Juan 19.1.

no podía permitirse el antagonismo de los líderes judíos. Demasiadas quejas en su contra ya habían sido enviadas a Roma.<sup>22</sup>

**Versículos 12–14.** Sin saber qué hacer, Pilato le preguntó a la multitud: **¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos?** (15.12). Debió haberles irritado a los enemigos de Jesús escuchar a Pilato referirse a Él de esta manera (vea 15.9). Ellos gritaron: **¡Crucifícale!** (15.13). Cuando Pilato preguntó: **¿Pues qué mal ha hecho?**, la multitud sabía que tenían a Pilato bajo su control (15.14). Repitieron: **¡Crucifícale!** Más tarde, cuando Pilato preguntó: «¿A vuestro Rey he de crucificar?», los principales sacerdotes contestaron: «No tenemos más rey que César» (Jn 19.15). Esta fue la mayor hipocresía de todas. Estos líderes habían negado durante mucho tiempo la autoridad de César. Pagaban impuestos porque eran obligados por Roma. Solo así reconocían a César como su «rey». Querían tan desesperadamente que crucificaran a Jesús, que renunciaron a toda pretensión de honestidad y dijeron lo que todos sabían era una mentira.

**Versículo 15.** Todavía tratando de encontrar una salida a esta situación, Pilato decidió ordenar un azote disciplinario para Jesús (vea Mt 27.26; Lc 23.16; y Jn 19.1). Después de que **les soltó a Barrabás, [...] entregó a Jesús, después de azotarlo, para que fuese crucificado.** Tenía que haber esperado que un hombre flagelado se viera tan lastimoso que la multitud quedara satisfecha y callara sus gritos de crucifixión. En su lugar, tenían que haberse complacido con saber que Pilato se estaba inclinando ante la voluntad de ellos.

El azote se aplicaba habitualmente a los que iban a ser crucificados.<sup>23</sup> El azote se fabricaba con correas de cuero con trozos de hueso o metal adheridos en los extremos.<sup>24</sup> El condenado era despojado de sus vestimentas y atado a un poste bajo para doblar la espalda y estirar la piel. La sangre brotaría al primer golpe; a veces un ojo podía ser arrancado.<sup>25</sup> Dos

<sup>22</sup> Lorman M. Petersen, "Pilate" («Pilato»), en *The Zondervan Pictorial Bible Dictionary (Diccionario pictórico de la Biblia de Zondervan)*, ed. Merrill C. Tenney (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1963), 657.

<sup>23</sup> J. W. McGarvey, *The New Testament Commentary*, vol. 1, *Matthew and Mark (Comentario del Nuevo Testamento, vol. 1, Mateo y Marcos)* (Des Moines: Eugene S. Smith, 1875), 243. Hay un ejemplo en Josefo *Guerras* 2.14.9 [306].

<sup>24</sup> Raymond E. Brown, *The Death of the Messiah: From Gethsemane to the Grave (La muerte del Mesías: de Getsemaní a la sepultura)*, vol. 1, *The Anchor Bible Reference Library* (New York: Doubleday, 1994), 851.

<sup>25</sup> Algunos de estos detalles se encuentran en William Barclay, *The Gospel of Mark (El Evangelio de Marcos)*, 2ª ed., *The Daily Study Bible* (Philadelphia: Westminster Press,

hombres golpearían al prisionero, de un lado y luego del otro. La paliza dejaría su rostro ensangrentado y su cuerpo cubierto de ronchas y moretones, muy debilitado.

En el caso de Jesús, lo anterior cumplía la profecía de Isaías 53.3, que dice:

Despreciado y desechado entre los hombres,  
varón de dolores, experimentado en quebranto;  
y como que escondimos de él el rostro, fue  
menospreciado, y no lo estimamos.

No es de extrañar que se necesitaría a Simón de Cirene para ayudarlo a llevar la cruz (Mr 15.21).

Pilato sabía que Jesús no era culpable de maldad (15.14); sin embargo, como Isaías había anunciado, «por juicio fue quitado» (Is 53.8). Quería decir que «no se le hizo justicia» (Hch 8.33). En repetidas ocasiones, Su juez declaró: «Ningún delito hallo en este hombre».<sup>26</sup>

Mientras Pilato pensaba qué hacer con Jesús, su mujer le envió un mensaje. Ella había sufrido una horrible pesadilla durante la noche anterior por causa de Jesús, y le estaba advirtiendo a Pilato: «No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él» (Mt 27.19). Pilato «se lavó las manos delante del pueblo», tratando de declararse inocente (Mt 27.24); sin embargo, lavarse las manos es más fácil que lavarse el alma.

En la costumbre de lavarse las manos, Pilato quería declarar su propia inocencia. Lo probable es que estaba actuando en sumisión a la solicitud de su mujer. «Lavarse las manos» de una situación sigue siendo una expresión idiomática para no tener «nada que ver con» algo (Mt 27.19). Fue el acto más enérgico que el gobernador estaba dispuesto a hacer para quedar inocente. Muestra su debilidad, hipocresía y falta de carácter; estaba siguiendo el camino de la conveniencia política, que no le serviría mucho. Temía otro motín, porque conocía bien a los judíos para entonces. Sin embargo, todavía era responsable del decreto para crucificar a Jesús; y en la historia se le conoce solo por esto. Su nombre vive en la infamia, junto al de Judas Iscariote. La historia los mira a los dos con aversión, porque

1956), 377. Se tomó otra información de la «Tercera etapa del juicio romano. Pilato lo condena de mala gana a la crucifixión», consultado el 7 de febrero de 2018, <https://www.biblestudytools.com/commentaries/the-fourfold-gospel/by-sections/third-stage-of-the-roman-trial-pilate-reluctantly-sentences-him-to-crucifixion.html>.

<sup>26</sup> Hendriksen, 639. Se dice que Pilato hizo esta declaración en Lucas 23.4, 14, 22 (vea 23.15) y en Juan 18.38; 19.4, 6.

uno era un «político oportunista» y el otro era un «traidor amante del dinero».<sup>27</sup>

A pesar de la culpa de Pilato, todo lo que sucedió constituía parte del propósito eterno de Dios. Hechos 2.23 dice que Jesús fue «entregado por el determinado y consejo y anticipado conocimiento de Dios, [prendido] y [muerto] por manos de inicuos, crucificándole». Cuando Pilato se lavó las manos del caso de Jesús, el pueblo clamó: «Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos» (Mt 27.25). Para librarse de Jesús, estaban dispuestos a condenar a la siguiente generación, así como a ellos mismos, al infierno.

### LA BURLA DE LOS SOLDADOS (15.16–20)<sup>28</sup>

**<sup>16</sup>Entonces los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la compañía. <sup>17</sup>Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, <sup>18</sup>comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! <sup>19</sup>Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. <sup>20</sup>Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle.**

**Versículo 16.** Los soldados que llevaron a Jesús dentro del atrio, esto es, al pretorio, no le guardaban ningún resentimiento en particular, sin embargo, sus labores como soldados los habían vuelto hombres de corazones endurecidos. Sus tareas dejaban poco espacio para la ternura o la compasión, especialmente al servicio de un hombre como Pilato. Hicieron todo lo que pudieron pensar para burlarse de Jesús, desde escupirle hasta poner un cetro falso en Su mano y pretender adorarlo (15.17–19). Lo despojaron de Su vestimenta, le pusieron una túnica púrpura y le pusieron una corona de espinas en la cabeza (15.20a, b). Al parecer, **toda la compañía** romana participó en el acto.

Juan 19.13 nos dice que Pilato sacó a Jesús a la multitud; se sentó en su asiento judicial en el «Gabata», o enlosado. Esta área enlosada es mostrada a los turistas en Jerusalén. La piedra tiene surcos cortados a lo largo de ella; era así para que el agua de lluvia pudiera correr hacia cisternas. Además, todavía tiene marcas de los juegos que los soldados romanos tuvieron que haber jugado para pasar el tiempo de inactividad entre las

crucifixiones. Es muy probable que esta ubicación fuera efectivamente «el Enlosado» donde Pilato se sentó en su asiento de juicio cuando se llevaban a cabo los juicios.

**Versículos 17, 18.** El entretenimiento para los soldados romanos consistía en ridiculizar a un hombre que estaba a punto de morir. Se burlaron de Él [**vistiéndole de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas** en Su cabeza y gritando: **¡Salve, Rey de los judíos!** Puede que hayan estado despreciando a todos los judíos al reírse de Jesús como su rey. El manto púrpura o escarlata podría interpretarse como un símbolo de realeza por algunos, sin embargo, también era el color del manto de un hombre de caballería romano.<sup>29</sup>

El ritual romano de condena ya estaba determinado: El juez diría la frase en latín «*Illum duci ad crucem placet*»: «La condena es que este hombre debe ser llevado a la cruz». A un soldado, le decía: «*I, miles, expedi crucem*», que quiere decir, «Ve, soldado, y prepara la cruz».<sup>30</sup> Tuvo que haber sido mientras se preparaba la cruz que los soldados se burlaron de Jesús.

Jesús ya había sufrido la agonía de la flagelación antes de que comenzara esta burla. Si bien los golpes tuvieron que haber sido físicamente insoportables, el trato de los soldados en realidad podría haber lastimado lo más mínimo a Jesús; porque sus actos involucraron poco o ningún odio nocivo hacia Él de manera personal.

El desprecio acumulado sobre Jesús pronto se extendería a muchos de Sus seguidores. En los muros de Pompeya hay una imagen de un cristiano arrodillado ante un burro. Garabateadas debajo del dibujo están las palabras: «¡Anaximenes adora a su dios!».<sup>31</sup> Se cree que esta obra de arte es una burla de Jesús como «dios»; fue realizada algún momento antes del 79 d.C., cuando la erupción del monte Vesubio sepultó la ciudad bajo ceniza volcánica. Al mundo le encanta bromear sobre el cristianismo y su líder. Cuando enfrentamos insultos o persecuciones, puede ser útil recordar que lo que se le hizo a Jesús fue mucho peor que cualquier otra cosa que experimentaremos.

**Versículo 19.** Los soldados le **golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían** mientras seguían burlándose de Él arrodillándose e inclinándose

<sup>29</sup> R. A. Cole, *The Gospel According to St. Mark: An Introduction and Commentary (El Evangelio según San Marcos: Una Introducción y Comentario)*, The Tyndale New Testament Commentaries (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1973), 237.

<sup>30</sup> Barclay, *Marcos*, 377.

<sup>31</sup> *Ibíd.*

<sup>27</sup> McGarvey, 242–43.

<sup>28</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.27–31 y Juan 19.2–16.

ante Él. Es posible que Jesús haya sido azotado dos veces.<sup>32</sup> Un doble azote ayudaría a explicar por qué murió tan rápidamente en la cruz. Jesús había anunciado este flagelo (Mr 10.34). La corona de espinas (15.17), la sangre que corría por Su rostro y Su espalda lacerada le habrían vuelto un terrible espectáculo para la multitud.

Los relatos del Evangelio no profundizan en los horripilantes detalles del sufrimiento de Jesús. Puede que nos parezca extraordinario,<sup>33</sup> sin embargo, es parte de la naturaleza tenue de las Escrituras. La Biblia no exagera lo que nos parece significativo, ni transforma el relato en sensacionalismo, como la imaginación humana y el amor por lo dramático tienden a hacer hoy en día. Lo soportó todo sabiendo que estaba realizando la obra que el Padre le había encomendado (Jn 17.4).

Marcos omite el pedido final de Pilato al pueblo. Cuando no quisieron ceder en sus gritos de crucifixión, finalmente él les «entregó a Jesús [...] para que fuese crucificado» (15.15; vea Jn 19.16). Exasperado, le dijo a la multitud: «Tomadle vosotros, y crucifícale; porque yo no hallo delito en él» (Jn 19.6). Los judíos admitieron que su percepción de la culpa de Jesús se basaba en su ley que condenaba a un hombre que afirmara ser el Hijo de Dios (Jn 19.7).

**Versículo 20.** Al final de una secuencia absurda de juicios ilegales, tergiversaciones deliberadas y burlas crueles, Jesucristo, el Hijo de Dios, fue considerado digno de una pena de muerte. Aquellos que sabían que era inocente tenían demasiado temor de hablar por Él o estaban demasiado preocupados por su estatus como para defender firmemente lo que era correcto. Los soldados finalmente **le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle.** Al final, Jesús, brutalmente golpeado y agotado, fue llevado para ser crucificado (Mr 15.20; Jn 19.17).

#### SIMÓN DE CIRENE (15.21, 22)<sup>34</sup>

**<sup>21</sup>Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz. <sup>22</sup>Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera.**

Debido a Su debilidad después de ser golpeado severamente, Jesús tuvo que haber caído bajo el

<sup>32</sup> Foster, 1269–70.

<sup>33</sup> *Ibid.*, 1270.

<sup>34</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.32, 33 y Lucas 23.26–33 (vea Jn 19.17a).

peso de la cruz cuando fue sacado de la ciudad, justo cuando Simón estaba a punto de entrar. Juan 19.17 dice que Jesús salió con la cruz, sin embargo, el hecho de que otro haya sido obligado a ayudarlo implica que estaba tan gravemente herido que no pudo llevarla todo el camino.

**Versículo 21.** Simón de Cirene recién entraba a Jerusalén. Aunque era un transeúnte inocente, se vio obligado a ayudar a llevar la cruz de Jesús.<sup>35</sup> Era de la floreciente ciudad de Cirene en el norte de África, sin embargo, el nombre «Simón» indica que este hombre era judío.<sup>36</sup> Puede que haya sido un prosélito al judaísmo. Cirene tenía una gran población judía,<sup>37</sup> y tal vez varias sinagogas en Jerusalén fueron utilizadas por los cireneos (vea Hch 2.10; 6.9). Muchos cireneos posteriormente predicaron el evangelio (Hch 11.20); Simón y sus hijos, Alejandro y Rufo, podrían haber estado entre ellos.<sup>38</sup>

El **Rufo** mencionado bien podría ser el mismo al que Pablo se refirió en Romanos 16.13. Si es así, probablemente Simón ya había muerto, y fue su viuda a quien Pablo consideró como su propia «madre». El hecho de que este Rufo estuviera en Roma apoya la idea de que Marcos fue escrito en Roma, a la iglesia del lugar.<sup>39</sup>

Simón de Cirene pudo participar brevemente en la causa de la expiación, cargando con ella en cierto modo por nosotros.<sup>40</sup> Si era un prosélito,

<sup>35</sup> Al menos dos escritores antiguos dijeron que el hombre condenado había de llevar su propia cruz al lugar donde sería crucificado. Un escritor fue Plutarco, desde finales del siglo primero hasta principios del siglo segundo (Plutarco *De sera numinis vindicta* [Sobre los retrasos de la venganza divina] 9), y otro fue Artemidori de Daldis, a finales del siglo segundo (Artemidori *Oneirocritica* [Interpretación de los sueños] 2.56). Probablemente, el hombre condenado solo llevaría la viga transversal pesada (el *patibulum*).

<sup>36</sup> Los fariseos habían «[recorrido] mar y tierra para hacer un prosélito» (Mt 23.15). Esto incluía África, por lo que a Simón se le podría haber dado un nombre judío después de su propia conversión o la conversión de sus padres.

<sup>37</sup> Josefo *Antigüedades* 14.7.2 [115]. Según Josefo, Estrabón había incluido a los judíos entre las cuatro clases de hombres de Cirene.

<sup>38</sup> Un osario que se encuentra en un sepulcro cerca de Jerusalén pertenecía a una familia de judíos de Cirene. Su inscripción dice: «Alexander, hijo de Simón» (James H. Charlesworth, ed. *Jesus and Archaeology* [Jesús y la Arqueología] [Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 2006], 339–40). Pablo saludó a «Rufo» junto con «su madre» en Romanos 16.13. Si este era el mismo hombre, entonces él y su madre se habían hecho cristianos. Esto podría indicar que Simón también había sido cristiano.

<sup>39</sup> Stauffer, 386.

<sup>40</sup> Warren W. Wiersbe, *Be Diligent (Mark)* (*Sé diligente* [Marcos]), (Colorado Springs, Colo.: David C. Cook, 1987), 178.

seguramente había venido para la pascua. Quizás el viaje fue para satisfacer una ambición que había tenido toda su vida de celebrar la fiesta en la ciudad santa. Puede que se haya resentido al llevar la cruz, no solo porque se había visto obligado a hacerlo, sino también porque al tocarla se le volvió ceremonialmente inmundo e incapaz de participar en la celebración de la pascua (vea Gá 3.13). Deuteronomio 21.23 habla de la maldición de quien era colgado en un madero; por implicación, cualquier judío que tocara una cruz sería visto como maldito o inmundo.

Hechos 13.1 menciona a un «Simón» que se llamaba «Niger», es decir, uno de piel oscura y probablemente de África. Si este Simón era el mismo hombre, efectivamente se convirtió en un siervo fiel del Señor. ¡Qué honor se le otorgó a este hombre africano que ayudó a Jesús a cargar Su cruz! Todos debemos, igualmente, tomar nuestras cruces y seguir a Jesús.<sup>41</sup> Independientemente de la carga que tengamos que soportar por el Señor, aunque parezca penosa, ¡seamos como Simón y hagámosla un gozo! Nuestra debilidad de corazón, falta de fe o el pecado que nos acosa podría ser nuestra «cruz»; sin embargo, si llevamos nuestras cargas con fe, el Señor las hará más ligeras para nosotros (Mt 11.28–30).

De camino al lugar de la crucifixión, el condenado caminaba entre cuatro soldados. Otro iría delante de ellos, con un letrero con el crimen por el que había sido condenado el prisionero. La procesión recorrería todas las calles posibles en el camino a la crucifixión, y esto ayudaría a explicar el tiempo desde que se dio la orden hasta la crucifixión misma, aproximadamente tres horas. Todos los que quisieran reírse del prisionero o ridiculizarlo tendrían la oportunidad de hacerlo. En el caso de Jesús, este espectáculo tuvo que haber aumentado la persuasión de los incrédulos de que Él era un falso profeta.

El posible camino hacia Gólgota ahora está marcado con «estaciones de la cruz» alrededor de Jerusalén, donde supuestamente Jesús cayó, tropezó o recibió ayuda de alguien para continuar. Cuando los enemigos de Jesús se burlaron de Él, fue desacreditado en la mente de la población incrédula. Independientemente del valor o la justicia de una causa o una persona, los críticos pueden ser groseros y poco compasivos.

El avance hacia la cruz estuvo marcado por los comentarios de Jesús a las mujeres que lloraban

mientras lo seguían. Se dirigió a ellas como «Hijas de Jerusalén». La presencia de estas mujeres muestra que Jesús tuvo algunos amigos fieles ese día. Les habló en una figura parabólica:

Y le seguía gran multitud del pueblo, y de mujeres que lloraban y hacían lamentación por él. Pero Jesús, vuelto hacia ellas, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará? (Lc 23.27–31).

La referencia de Jesús a un árbol verde quería decir que si Roma hacía cosas tan terribles contra los inocentes, harían mucho peor a la culpable Jerusalén. Esta profecía se cumplió cuando la rebelión popular terminó con la destrucción de Jerusalén en el año 70 d.C. Jesús advirtió que las madres desearían no haber tenido hijos cuando llegara ese momento, por lo que les dijo que lloraran por ellas mismas en lugar de llorar por Él. Después de todo, pronto sería resucitado de entre los muertos y no compartiría el sufrimiento de ellas en el futuro.

**Versículo 22. Y le llevaron a un lugar llamado Gólgota, que traducido es: Lugar de la Calavera.** Por qué al lugar de la crucifixión se le llamaba «Lugar de la Calavera» es una cuestión de conjetura. «Gólgota» proviene de la palabra aramea *gulgaltā*, que implica «un montículo o montículo calvo, redondo, con forma de calavera». <sup>42</sup> La KJV consigna «Calvario» en Lucas 23.33, que proviene de la palabra latina *Calvaria*, que quiere decir «cráneo». Una forma de la palabra quiere decir la parte superior redondeada de una calavera, y el nombre podría haberse referido simplemente a una colina redondeada. No sabemos si la colina tenía la forma de una calavera o quizás yacían calaveras de ejecuciones anteriores que habían ocurrido allí. Podemos estar seguros de que el lugar estaba fuera del muro de la ciudad en esos días. El montículo que se llama «Gólgota» hoy parece la cara de una calavera, sin embargo, al lugar no se le menciona en ninguna literatura antigua como el sitio de la crucifixión de Jesús.

Muchos creen que el sitio donde murió Jesús y también el lugar donde fue sepultado están

<sup>41</sup> Veá Mt 16.24; Mr 8.34; y Lc 9.23.

<sup>42</sup> Briggs P. Dingman, «Gólgota», en *The Zondervan Pictorial Bible Dictionary (Diccionario pictórico de la Biblia de Zondervan)*, ed. Merrill C. Tenney (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1963), 317.

marcados por la Iglesia del Santo Sepulcro.<sup>43</sup> La estructura se encuentra dentro de los muros de la ciudad moderna de Jerusalén, sin embargo, el sitio podría haber estado fuera de los muros de la ciudad en el siglo primero.

### JESÚS RECHAZA EL VINO Y SUS VESTIDURAS SON REPARTIDAS (15.23–26)<sup>44</sup>

**<sup>23</sup>Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó. <sup>24</sup>Cuando le hubieron crucificado, repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno. <sup>25</sup>Era la hora tercera cuando le crucificaron. <sup>26</sup>Y el título escrito de su causa era: EL REY DE LOS JUDÍOS.**

**Versículo 23.** Cuando a Jesús se le ofreció **beber vino mezclado con mirra [...] no lo tomó.** El *Talmud de Babilonia*, que fue escrito algunos siglos más tarde para registrar eventos del siglo primero, hablaba de una compañía de mujeres judías piadosas que estarían presentes en cada crucifixión para ofrecer vino drogado a los moribundos y aliviar su dolor.<sup>45</sup> El *Talmud* indica que el vino era mezclado con incienso para hacer un narcótico.<sup>46</sup> Según el relato de Marcos, la bebida contenía mirra, que habría tenido un efecto anestésico. Según Mateo 27.34, «le dieron a beber vino mezclado con hiel». Es probable que el vino fue mezclado con estos dos ingredientes. La mezcla sin duda tenía un mal sabor, sin embargo, no es por eso que Jesús la rechazó. Sabía que Sus sentidos no estarían claros hasta el final si aceptaba la bebida,<sup>47</sup> y necesitaba estar coherente para decir Sus últimas palabras.

El ofrecimiento de esta mezcla cumplió Salmos 69.21, que dice:

Me pusieron además hiel por comida,  
Y en mi sed me dieron a beber vinagre.

<sup>43</sup> Helena, madre del emperador Constantino, fue enviada a Israel en el año 326 d.C. para identificar los «lugares sagrados», incluida la sepultura de Jesús. Se construyó un edificio de la iglesia en el sitio que ella afirmaba haber localizado como el lugar de la crucifixión y la sepultura de Jesús; la estructura ha sido destruida y reconstruida varias veces. (G. Frederick Owen, *Jerusalem [Jerusalén]* [Grand Rapids, Mich.: Baker Book House, 1972], 81–83.)

<sup>44</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.34–37; Lucas 23.33b, 34, 38; y Juan 19.18–25.

<sup>45</sup> A esta práctica se le menciona en el Talmud de Babilonia *Sanedrín* 43a, con una alusión a Proverbios 31.6.

<sup>46</sup> Allen Black, *Mark (Marcos)*, The College Press NIV Commentary (Joplin, Mo.: College Press Publishing Co., 1995), 272.

<sup>47</sup> Barclay, *Marcos*, 380; Foster, 1272.

La implicación es que fue un gesto hostil. No encontramos ninguna mención de que esta bebida haya sido ofrecida por las mujeres compasivas que estaban alrededor de la cruz. Las mujeres probablemente se abstuvieron de hacer otra cosa que no fuera mirar, por temor a los gobernantes y la multitud delante de la cruz. Si la bebida fue ofrecida por bondad, podría haber sido ofrecida a Jesús por un soldado solidario. Sin embargo, no lo aceptó. Era necesario que Jesús sufriera. La voluntad del Padre era que Jesús tenía que soportar tanto el dolor como la vergüenza de la cruz. Tenía que beber la copa del sufrimiento por nuestra iniquidad (Mt 26.39). Se sometió a la vergüenza de la cruz y vino a regocijarse en ella (vea He 12.2).

**Versículo 24.** La crucifixión misma probablemente involucró el siguiente procedimiento: La cruz era tendida en el suelo, el prisionero era estirado sobre ella, y luego las manos y los pies eran clavados en la cruz. Los pies también eran atados no muy fuerte. La perforación de los pies de Jesús no se menciona en el Nuevo Testamento, sin embargo, podría haber sido anunciada en Salmos 22.16.<sup>48</sup>

En 1968, los arqueólogos en Jerusalén descubrieron los huesos de un hombre que había sido crucificado varias décadas antes del 70 d.C. Sus pies habían sido clavados a cada lado de un poste vertical, y todavía había un clavo en la madera. Tuvo que haber dado con un nudo y doblarse, de modo que no se pudiera sacar fácilmente. Aunque no se establece explícitamente en el Nuevo Testamento que los pies de Jesús fueron clavados en la cruz, Jesús dio a entender que Sus pies habían sido perforados cuando dijo: «Mirad mis manos y mis pies» (Lc 24.39).

Se ha sostenido que la referencia a «manos» incluía las muñecas, ya que las manos clavadas podrían no haber sido capaces de soportar el peso del cuerpo en una cruz. De cualquier manera, las manos de Jesús fueron perforadas. Algunas veces se hacía una talla en la cruz para proporcionar un asiento o silla de montar sobre la cual la persona crucificada podría descansar su cuerpo; otras veces, se insertaba una clavija en la viga vertical para ese propósito. No siempre se proveía un asiento; de hecho, a veces la cruz era inclinada hacia adelante para aumentar el dolor al poner todo el peso del cuerpo en las manos y los pies.<sup>49</sup> Los relatos del Evangelio no describen en absoluto el proceso de clavado con respecto a la crucifixión de Jesús. Los

<sup>48</sup> Otras profecías mesiánicas en Salmos 22 se cumplieron en los eventos de la crucifixión. (Vea 22.1, 16c–18, 22.)

<sup>49</sup> Foster, 1273.

textos solo dicen que lo crucificaron,<sup>50</sup> queriendo decir que fue clavado en una cruz (15.25; vea Mt 27.35).

La crucifixión se realizaba normalmente con la persona despojada de su vestimenta. El judío típico llevaba cinco prendas de vestir: una túnica interior, una túnica exterior, sandalias, un cinturón y un turbante. Una túnica común estaba hecha de dos piezas, fijadas a los hombros con broches; sin embargo, la «túnica» que usaba Jesús «era sin costura» (Jn 19.23). Josefo hizo notar que la túnica del sumo sacerdote estaba tejida sin costura.<sup>51</sup> Por lo tanto, incluso esta vestimenta de Cristo sugería Su sacerdocio.<sup>52</sup> Cortar una túnica tal la habría dejado sin valor, por lo tanto, los soldados apostaron por ella (Jn 19.24a).<sup>53</sup> Los soldados que crucificaban a una persona hacían valer su derecho de reclamar sus pertenencias antes de ser clavada en la cruz. Ellos **repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes sobre ellos para ver qué se llevaría cada uno.**

Es posible que los romanos permitieran un taparrabos como una concesión a las sensibilidades judías.<sup>54</sup> Sin embargo, Melito, un escritor del siglo segundo, dijo:

El Señor está desfigurado y no se le considera digno de un manto para su cuerpo desnudo, de modo que no se lo pueda ver expuesto. Por esta razón, las estrellas giraron y huyeron, y el día se oscureció bastante, para ocultar a la persona desnuda que colgaba del madero, oscureciendo no el cuerpo del Señor, sino los ojos de los hombres.<sup>55</sup>

Además, la apuesta «para ver qué se llevaría cada uno» sugiere que Jesús no tenía taparrabos en Su cuerpo.

Nadie podía afirmar que estos soldados romanos, paganos e ignorantes, estaban tratando de cumplir alguna profecía de los judíos del Antiguo Testamento mientras apostaban por la ropa de Jesús. Por lo tanto, la participación de ellos en el cumplimiento de la profecía proporciona evidencia incidental adicional de que Jesús fue quien dijo ser (Jn 19.24b; vea Sal 22.18).

**Versículo 25.** Jesús fue colocado en la cruz

---

<sup>50</sup> L. A. Stauffer señaló que en 15.24 el «presente histórico» vuelve la traducción literal «cuando lo están crucificando». Esto ayudaría al lector a sentirse más como si estuviera presente para el acto. (Stauffer, 386.)

<sup>51</sup> Josefo *Antigüedades* 3.7.4 [161].

<sup>52</sup> El papel de Jesús como nuestro Sumo Sacerdote se analiza en Hebreos 3—5.

<sup>53</sup> Barclay, *Marcos*, 381.

<sup>54</sup> Brown, 953.

<sup>55</sup> Melito *Sobre La Pascua* 97.

a **la hora tercera**. De acuerdo con el cálculo del tiempo judío, habría sido entre las 8.00 y las 9.00 a.m. Juan 19.14–17 dice que «como la hora sexta» Pilato lo entregó para que lo crucificaran. ¿Por qué la diferencia? La explicación más simple y mejor es que Marcos siguió el sistema judío de la hora, mientras que Juan, escribiendo muchos años después de la caída de la nación judía, siguió el método romano.<sup>56</sup>

En vista de que Jesús fue sentenciado alrededor de las 6.00 a.m. y fue clavado en la cruz entre las 8.00 y las 9.00 a.m., tuvo que haber habido un período de dos o tres horas entre la sentencia y la crucifixión misma. Parte de ese tiempo podría haber transcurrido llevando a Jesús por las calles de Jerusalén para que los burladores le vieran. La moderna «Vía Dolorosa» (que quiere decir «Camino de Dolores»), el camino que supuestamente siguió, es mera tradición. Sin embargo, nuestro Señor podría haberse visto obligado a andar por muchas calles de la ciudad para que todos pudieran ver la derrota de su Mesías, lo que habría dado a los principales sacerdotes y ancianos un gran sentido de victoria y orgullo.

**Versículo 26.** Escribir el título **EL REY DE LOS JUDÍOS** constituía el medio de venganza de Pilato contra aquellos que lo habían manipulado para que hiciera crucificar a Jesús. El mensaje probablemente fue escrito con sarcasmo para molestar a los líderes judíos que habían interrumpido el sueño del gobernador y lo obligaron a hacer algo que no quería hacer. Lo instaron a que lo cambiara a «él dijo: Soy el rey de los judíos» (Jn 19.21). Por una vez en esta secuencia de eventos, Pilato ejerció su testaruda voluntad; no se doblegaría más. Sin embargo, tomó esta posición en una cuestión de poca importancia; en el tema principal, ya se había dado por vencido.

Los romanos usaban a menudo las abreviaturas, lo que explica las versiones ligeramente diferentes del título. Mateo 27.37 tiene «ESTE ES JESÚS, EL REY DE LOS JUDÍOS»; Lucas 23.38 tiene «ESTE ES EL REY DE LOS JUDÍOS»; y Juan 19.19 tiene «JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS». Los escritores latinos clásicos informaron que a

---

<sup>56</sup> William Hendriksen hizo notar que los juicios y la crucifixión de Jesús fueron acelerados, por lo que los eventos descritos podrían haber tenido lugar en el plazo establecido. En cuanto a la discrepancia entre los tiempos dados en Marcos 15.25 y Juan 19.14, la diferencia en el cálculo del tiempo judío y romano resuelve el problema. (Hendriksen, 652.) Wiersbe y Foster también dijeron que la información en Marcos se basa en el tiempo judío, mientras que Juan sigue el sistema romano. (Wiersbe, 178; Foster, 1280–81.)



veces se llevaba una pancarta o *titulus* frente a un hombre condenado.<sup>57</sup> Raymond E. Brown hizo notar que el uso de tal inscripción era común mas no obligatorio.<sup>58</sup>

Una cruz podría tener la forma de una «T» o una «X»; sin embargo, la cruz de Jesús fue formada de tal manera que pudiera colocarse un título sobre Su cabeza (†). Si el poste no se extendía por encima de Su cabeza, como vemos a menudo representado, entonces Sus manos tenían que estar mucho más altas que Su cabeza, y Su cabeza tenía que estar inclinada hacia abajo para dejar espacio para que se viera el rótulo encima. Foster concluyó que el hecho de que el título fuera colocado sobre la cabeza de Jesús confirma que el punto de vista estándar de la cruz tiene que ser correcto.<sup>59</sup>

Dios podía asegurarse de que la acusación que se estaba publicando en el extranjero con el respaldo romano fuera la verdad. Puede que Pilato haya redactado la inscripción él mismo (Jn 19.19), tal vez para mostrar su desprecio y tomar represalias contra los judíos. Fue escrita en los tres idiomas más utilizados del día: latín, la lengua romana oficial; griego, conocido por todas las personas educadas; y arameo, el lenguaje común de los judíos.<sup>60</sup>

El hebreo (el idioma original de los judíos) lo había perdido en gran parte el pueblo en general desde el regreso de Babilonia. Muchos judíos creían que olvidar su idioma ancestral constituyó una tremenda pérdida. Por lo tanto, en tiempos modernos, el hebreo antiguo ha sido revivido. Nunca fue completamente olvidado, ya que varios manuscritos de los Rollos del Mar Muerto están en hebreo. (Algunos tienen fechas del siglo segundo a.C.) Sólo unos pocos pasajes del Antiguo Testamento fueron escritos en arameo.

Dado que varios idiomas estaban en uso, Foster especuló que los escribas, los fariseos y otros líderes se colocaron al pie de la cruz para interpretar las burlas dirigidas a Jesús.<sup>61</sup> Sin duda, interpretaron

<sup>57</sup> Eusebio *Historia eclesiástica* 5.1; Suetonio *Doce Césares: Calígula* 32; Suetonio *Doce Césares: Domiciano* 10.

<sup>58</sup> Brown, 963.

<sup>59</sup> Foster, 1272.

<sup>60</sup> El arameo fue el idioma del cautiverio en Babilonia durante finales del siglo VII a.C. Por eso, cuando se leyó la Ley durante el regreso de los judíos a Palestina, el hebreo debía explicarse (vea Neh 8.8). Algunas expresiones y términos arameos se explican en Marcos: «Boanerges» (3.17); «Talita cumi» (5.41); «Corbán» (7.11); «Efata» (7.34); «Bartimeo» (10.46); «Aba» (14.36); «Gólgota» (15.22); y «Eloi, Eloi, lama sabactani» (15.34). Es cierto que Jesús sabía griego, hebreo y arameo (aparte del poder del Espíritu Santo, por el que podía conocer todos los idiomas). El arameo había estado en uso durante unos cuatrocientos años en Palestina.

<sup>61</sup> Foster, 1275.

el significado de todo lo que se decía de la manera que querían para que fuera escuchado por las masas que vinieron a maldecir a Jesús.

## JESÚS ES ESCARNECIDO (15.27–32)<sup>62</sup>

**<sup>27</sup>Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda. <sup>28</sup>Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos. <sup>29</sup>Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, <sup>30</sup>sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz. <sup>31</sup>De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar. <sup>32</sup>El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos. También los que estaban crucificados con él le injuriaban.**

**Versículo 27.** Jesús fue crucificado con **dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda.** Se alzaron muchas insurrecciones contra Roma, y el hurto constituía una forma de molestar a las autoridades romanas. La crucifixión era una pena típica para los culpables de tales crímenes. Los dos criminales crucificados con Jesús (15.27a) eran «ladrones» (ληστές, *lēstēs*, «terroristas capturados»<sup>63</sup>). En cuanto a por qué fueron crucificados con Jesús, no podemos decirlo. Podría haber sido para añadirle indignidad. Si ya estaban programados para la crucifixión, podría haber sido para ahorrarles a los romanos el problema de otra ejecución. Estos ladrones podrían haber sido miembros de la misma rebelión de Barrabás; si es así, en vista de que Pilato no podía darle muerte a Barrabás, puede que haya sido su manera de vengarse de los judíos por tener que liberarlo. Las ejecuciones en grupo eran excepcionales; era inusual que estos otros dos hombres fueran ejecutados al mismo tiempo que Jesús.<sup>64</sup> Esto se suma al significado de la profecía en Isaías 53.9, que dice:

*Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte; aunque nunca hizo maldad, ni hubo engaño en su boca (énfasis agregado).*

<sup>62</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.38–44; Lucas 23.33c–43; y Juan 19.18.

<sup>63</sup> Cole, 240.

<sup>64</sup> Esto solía ser cierto, excepto en grandes rebeliones como la de los esclavos en Italia, encabezada por Espartaco en el 73 a.C., y en Jerusalén al final de la guerra en el año 70 d.C.

Uno de estos hombres malvados se arrepintió antes de morir, y le pidió a Jesús que lo recordara cuando entrara en Su reino (Lc 23.39–43).

**Versículo 28.** El presente versículo aparece entre paréntesis en la NASB, porque el texto probablemente no formaba parte del manuscrito original de Marcos. Explica que **se cumplió la Escritura** cuando Jesús fue crucificado junto con los criminales; Isaías 53.12 profetizó que sería **contado con los inicuos**. Algunos escribas tempranos tuvieron que haber pensado que era necesaria una explicación aquí y, por lo tanto, tomaron prestadas estas palabras de Lucas 22.37. Esto ayuda a los lectores a darse cuenta de que la escena con tres cruces fue un cumplimiento de la profecía en Isaías 53.12, que dice:

Por tanto, yo le daré parte con los grandes, y con los fuertes repartiré despojos; por cuanto *derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores*, habiendo él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores (énfasis agregado).

**Versículos 29, 30.** Los transeúntes se burlaron de Jesús cuando estaba colgado en la cruz, [**injurándole**], **meneando la cabeza** y malinterpretando las declaraciones que había hecho durante Su ministerio. Algunos se burlaron de Él con la misma afirmación errónea que se había usado contra Él durante Sus pruebas: **¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y descende de la cruz.**

Los burladores y los espectadores no entendieron la afirmación. Pensaron en vano que Jesús había estado hablando del templo en Jerusalén. Por el contrario, Jesús había estado prometiendo que Su propio cuerpo sería restaurado. Sus enemigos, sin la concepción de que el cuerpo de Jesús había resucitado de la sepultura, en ese mismo momento estaban destruyendo el «templo de su cuerpo» del cual había hablado (Jn 2.21).

Si entendieron o no la referencia, los líderes judíos sabían que Jesús había afirmado que regresaría de entre los muertos. Más adelante, fueron a Pilato para pedirle que asegurara Su sepultura debido a que sabían que Jesús había prometido resucitar en tres días (Mt 27.63–65). Incluso cuando se les ofreció evidencia de la resurrección, no la creerían. En su lugar, les ofrecieron a los guardias un soborno para decir que los discípulos habían robado el cuerpo (Mt 28.11–13).

Mientras la gente se burlaba de Jesús, una vez más cumplían la profecía. Salmos 22.7, 8 dice:

Todos los que me ven me escarnecen; *Estiran la boca, menean la cabeza*, diciendo: Se encomendó a Jehová; líbrele él; Sálvele, puesto que en él se complacía (énfasis agregado).

**Versículos 31, 32.** Los **principales sacerdotes** y **los escribas** estaban entre los que estaban cerca de la cruz e insultaban a Jesús. Sin duda, estaban entusiasmados y aliviados por su aparente victoria sobre Él. Lo ridiculizaban con burlas, diciendo: **A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar** (15.31). Irónicamente lo llamaron **El Cristo, Rey de Israel**. Lo desafiaron a [**descender**] **de la cruz**, haciendo promesas poco sinceras de ver y creer Su poder (15.32a; vea Mt 27.42).

Incluso **los que estaban crucificados con él le injuriaban** (15.32b). Lucas 23.41 nos informa que uno de estos ladrones indicó más adelante que sabía que Jesús no pertenecía entre los injustos y que había sido condenado injustamente. Puede que insurrectos como los que fueron crucificados con Jesús a menudo hablaran de cómo las enseñanzas de Jesús, caracterizadas por la paz, el amor y la obediencia, podrían sofocar todo el movimiento de ellos si suficientes judíos creían en Él.

Sin embargo, uno de los criminales, tal vez oyendo a un burlador decir: «Salvó a otros»,<sup>65</sup> comenzó a pensar: «Si este Hombre realmente salvó a otros, ¿entonces tal vez haya esperanza para mí!». Tuvo que haber pensado seriamente en los comentarios de burla hechos al pie de la cruz. El ladrón podría haber sabido algo de Jesús anteriormente. Podría haber estado entre las masas que fueron bautizadas durante el ministerio de Juan (Mt 3.5, 6) o durante el ministerio de Cristo mismo (Jn 4.1, 2). En vista de la popularidad del bautismo para los judíos tanto en el ministerio de Juan como en el de Jesús, es muy probable que este hombre haya sido bautizado. Por supuesto, no lo podemos afirmar con certeza; sin embargo, a menos que él haya escuchado previamente a Jesús predicar, ¿cómo pudo haber pedido: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lc 23.42)?

Reconocer su propia culpa y la inocencia de Jesús podrían haber llevado al ladrón a tener un corazón arrepentido, sin embargo, parece que algo más tuvo que haber estado incluido. En cualquier caso, algo afectó profundamente al hombre mientras estaba

<sup>65</sup> La acusación «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar» (Mr 15.31) fue el argumento más fuerte contra Jesús, ya que Su muerte en una cruz fue una prueba para muchos de que no podía ser el Mesías. Sin embargo, la primera parte de la declaración reconocía inadvertidamente que Jesús había salvado a otros.

colgado en la cruz junto a Jesús. Podría haber sido la oración de Jesús, «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Lc 23.34a). Puede que las palabras hayan ablandado su corazón y haberlo llevado al arrepentimiento.

Es cierto que Jesús lo salvó ese día, porque le prometió al moribundo: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lc 23.43). Jesús podía hacerlo como el Salvador del mundo (vea Jn 1.29; 3.16). Tenía la prerrogativa divina de salvar a este pecador. Es un poder que no tenemos; no podemos asegurarle a nadie una salvación inmediata de la manera como pudo hacerlo Jesús, simplemente con una declaración de fe en Él. En ese mismo día, Jesús y el ladrón fueron recibidos en el paraíso, que ciertamente es un lugar para aquellos en un estado de salvación.<sup>66</sup> Nuestro Señor perdonó a este ladrón. De manera similar, había salvado y sanado al paralítico en Marcos 2.10–12.

Los que gritaban que creerían en Jesús si bajaba de la cruz (15.32) estaban mintiendo. En contraste, la declaración atribuida a Abraham en la parábola de Lázaro y el hombre rico era la verdad: «Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos» (Lc 16.31). Los judíos y sus líderes religiosos habían rechazado a Jesús, el Mesías de la profecía. Se habían negado a creer en la abundante evidencia de Su poder como se demostró en Sus milagros. Incluso después de que fue resucitado de entre los muertos, muchos todavía no lo creerían. Cuando las personas están tan endurecidas como para matar a un hombre inocente, el intelecto es superado por la obstinación. Aquellos que no creyeron en Jesús no habrían creído si hubiera bajado de la cruz.<sup>67</sup> Sin embargo, es precisamente la razón por la que creemos en Él: no bajó de la cruz. En cambio, murió por nosotros.

Su muerte fue una necesidad; demuestra el amor de Dios por nosotros como nada más podría hacerlo. Si hubiera rechazado la cruz, habría puesto un límite al amor de Dios; sin embargo, mirando la cruz, podemos decir: «¡Dios nos ama así de mucho! ¡Su amor no tiene límites!» No tendríamos redención, ni nueva vida, ni un corazón arrepentido, ni Salvador sin la cruz. ¡Si no fuera por la cruz de Cristo, solo tendríamos esta vida! ¿Qué nos llevamos a casa cuando salimos de un servicio de adoración donde se ha descrito la muerte de Jesús?<sup>68</sup>

<sup>66</sup> El conocimiento previo de Jesús se ve en que sabía que tanto Él como el ladrón estarían en un estado intermedio en el Paraíso ese mismo día.

<sup>67</sup> Hendriksen, 656–57.

<sup>68</sup> Adaptado de Hendriksen, 651.

## TINIEBLAS, ¿DESAMPARADO POR DIOS? (15.33–37)<sup>69</sup>

<sup>33</sup> Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. <sup>34</sup> Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? <sup>35</sup> Y algunos de los que estaban allí decían, al oírlo: Mirad, llama a Elías. <sup>36</sup> Y corrió uno, y empapando una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarle. <sup>37</sup> Mas Jesús, dando una gran voz, expiró.

**Versículo 33.** Jesús había sido colocado en la cruz a la hora tercera (15.25). Tres horas más tarde, es decir, cuando llegó la hora sexta, cayeron extrañas tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Quiere decir que las tinieblas duraron desde aproximadamente el mediodía hasta las tres en punto. Si cubrió toda la tierra o solo la tierra de Israel no se puede determinar. Parece similar a las tinieblas que ocurrieron durante la novena plaga en Egipto (Ex 10.21–23).

Los judíos habían pedido «una señal del cielo», y a esta se le podría haber visto como esa señal (vea Mt 16.1; Mr 8.11; Lc 11.16). Sin embargo, Jesús había dicho que no se daría ninguna señal excepto la de Jonás (Mt 12.39, 40).<sup>70</sup> Jesús respondería al pedido de ellos solo orando por ellos, como lo hizo en Lucas 23.34.

En vista de que a los gobernantes malvados de la nación judía no se les daría ninguna señal, las tinieblas tuvieron que haber tenido otro propósito que no fuera impactarlos con su maldad. Ciertamente fue una expresión divina de disgusto y aparentemente cumplió la profecía de Amós 8.9, que dice:

<sup>69</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.45–50; Lucas 23.44–46; y Juan 19.28–30.

<sup>70</sup> Parece que Jesús estaba aludiendo a los tres días y noches que Jonás pasó dentro del pez; lo usó como una señal para mostrar Su conocimiento del tiempo que pasaría en la sepultura. Los «tres días y tres noches», en el uso judío, serían «un día completo, dos noches completas y partes de otros dos días» (J. W. McGarvey y Philip Y. Pendleton, *The Fourfold Gospel or A Harmony of the Four Gospels [El evangelio en cuatro partes o Armonía de los cuatro evangelios]* [Cincinnati: Standard Publishing Co., 1914], 306). J. W. McGarvey demostró de manera extensa y concluyente que, aunque ese período de tiempo no se describiría utilizando esta redacción en nuestro idioma, era claramente la forma hebrea de expresarlo. (McGarvey, *Comentario*, 111–13.)

Acontecerá en aquel día, dice Jehová el Señor, que haré que se ponga el sol a mediodía, y cubriré de tinieblas la tierra en el día claro.

Se han ofrecido varias otras explicaciones para este período de oscuridad. Una es que la naturaleza estaba mostrando su protesta lanzando un velo sobre los procedimientos del día. La idea raya con el panteísmo al personificar la naturaleza.<sup>71</sup> Los escépticos han intentado durante mucho tiempo explicar este milagro como un fenómeno natural que ocurrió por mera coincidencia. Varios paganos antiguos trataron de explicarlo como un eclipse. Algunos dicen que Lucas 23.45 se refiere a esto como un eclipse de sol («el sol se oscureció»), sin embargo, el lenguaje no pide esta interpretación. Además, siempre había luna llena durante la pascua, y eso haría que un eclipse normal fuera imposible. Otros creen que el diablo provocó la oscuridad en su hora de aparente triunfo, provocando que Jesús lanzara un clamor de derrota (15.34).<sup>72</sup> Sin embargo, es dudoso que el diablo haya tenido algún poder sobre la naturaleza. La oscuridad tenía que ser una obra de Dios, ya que ayudó a guiar al centurión romano a creer en Jesús como el Hijo de Dios (15.39).

Solo podemos concluir que Dios milagrosamente oscureció el cielo para expresar Su disgusto para con las personas debido a las malas acciones de muchos ese día. Además de ser un recordatorio de la primera pascua,<sup>73</sup> las tinieblas «fueron también un anuncio de que el juicio se avecinaba y que los hombres debían estar preparados».<sup>74</sup> Puede que haya sido un símbolo de la oscuridad en los corazones de los perpetradores y burladores en el momento de la muerte de Jesús.

**Versículo 34.** Al final de este tiempo de oscuridad, **Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani?** El escritor del Evangelio tradujo esta declaración en arameo para sus lectores. Jesús estaba diciendo: **Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?** Era una cita de Salmos 22.1, que dice:

<sup>71</sup> Foster, 1280–82.

<sup>72</sup> G. Campbell Morgan dijo: «Las tinieblas fueron para [Jesús] un período en el que experimentó lo que fuera que quiso decir con las palabras: “Me has desamparado” [Mt 27.46]» (G. Campbell Morgan, «The Darkness of Golgotha» (Las tinieblas del Gólgota), *Old Paths Magazine (Revista Los Antiguos Caminos)* 16, consultado el 19 de febrero de 2018, <http://www.sermonindex.net/modules/articles/index.php?view=article&aid=20607>).

<sup>73</sup> La primera pascua fue cuando los israelitas se salvaron de la muerte de sus primogénitos, que hirió a los egipcios «A la medianoche» (Éx 11.4).

<sup>74</sup> Wiersbe, 180.

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?

¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?

Tuvo que haber algunos en esa multitud que reconocieron la conocida referencia y se dieron cuenta de que estaba citando un pasaje del Antiguo Testamento.

El amargo clamor de Jesús jamás puede ser completamente comprendido por nosotros de este lado de la eternidad. «Ninguna analogía tomada de las cosas que les suceden a los humanos en la tierra puede comenzar a hacer justicia a la experiencia única del Hijo de Dios».<sup>75</sup> De las declaraciones hechas por Jesús mientras estaba en la cruz, la cita de este salmo mesiánico es la única registrada en Marcos.

El problema con la palabra «desamparado» (ἐγκαταλείπω, *egkataleipō*) en la pregunta de Jesús es que nos incita a preguntar: «¿Cómo podría Dios desamparar a Jesús cuando solo estaba haciendo la voluntad del Padre?». Difícilmente nos satisface decir que simplemente citó este pasaje del Antiguo Testamento para enseñarles a los que estaban cerca. A los críticos les gusta hablar del evento como la «desilusión» de Jesús<sup>76</sup>; sin embargo, tal expresión no es compatible con Su deidad ni Su conocimiento milagroso. ¿En qué sentido, entonces, lo desamparó Dios?

Es obvio que no fue desamparado en el huerto, ya que un ángel vino a ministrarle (Lc 22.43); sin embargo, por lo que sabemos, ninguno vino mientras Jesús estaba en la cruz. Un ángel usó un terremoto para quitar la piedra de la sepultura de Jesús, permitiendo que las mujeres y algunos discípulos vieran el interior (Mt 28.2); sin embargo, fue después.

La ira que merecemos, la condena por nuestros pecados, fue puesta sobre Jesús. Quizás esta idea sea lo más cercana que podamos llegar: que Él había tomado esta vida mortal nuestra sobre Sí mismo. «Hasta este momento, Jesús había pasado por todas las experiencias de la vida, *excepto una: nunca había conocido [experimentado] las consecuencias del pecado*».<sup>77</sup> El pecado separa a las personas de Dios (Is 59.1, 2); y Jesús se identificó totalmente con nosotros en la muerte, soportando nuestro pecado, y fue separado temporalmente de Dios. Ningún

<sup>75</sup> Hendriksen, 662.

<sup>76</sup> Tom Holéman y Stanley E. Porter, eds., *Handbook for the Study of the Historical Jesus*, vol. 1, *How to Study the Historical Jesus (Manual para el estudio del Jesús histórico)*, vol. 1, *Cómo estudiar el Jesús histórico* (Boston: Brill, 2011), 863.

<sup>77</sup> Barclay, *Marcos*, 383.

hombre puede entender verdaderamente una experiencia hasta que haya pasado por ella. Con este acto (muriendo en la cruz), Jesús se convirtió en nuestro Gran Sumo Sacerdote (vea He 4.15, 16).

**Versículo 35.** A lo largo de la dura experiencia de Jesús en la cruz, la gente siguió burlándose de Él. Cuando lo escucharon decir estas palabras, algunos dijeron: **Mirad, llama a Elías.** «Eloi» sonaba bastante a «Elí» (o «Elías») como para que alguien malinterpretara lo que dijo (Mr 15.34–36).<sup>78</sup> No solo fue el clamor pronunciado en arameo, sino que Jesús estaba en tal agonía que tal vez no pudo hablar lo suficientemente claro como para que todos lo entendieran. Quizás solo las mujeres que estaban cerca, incluyendo a Su propia madre, podrían distinguir Sus palabras exactas y luego repetir las a los demás.

**Versículo 36.** Se nos dice que **corrió uno, y empapando una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber.** Luego esperaron a ver si [venía] Elías a bajarle. El «vinagre» era la bebida de vinagre que constituía la ración del soldado y una bebida común de uso diario.<sup>79</sup> Juan 19.28 dice que fue dada a Jesús en respuesta a Sus palabras «Tengo sed».<sup>80</sup> Esta bebida podría haber sido ofrecida por un soldado que tuvo cierta compasión; tal vez fue ordenado por el centurión sabio<sup>81</sup> quien posteriormente confesó su creencia de que Jesús era el Hijo de Dios (Mt 27.54; Mr 15.39; vea Lc 23.47). Lo anterior cumplió la profecía de Salmos 69.21, que dice:

Me pusieron además hiel por comida,  
Y en mi sed me dieron a beber vinagre.

Jesús no dijo que tenía sed simplemente para cumplir con las Escrituras. Necesitaba fuerza para hablar en Sus momentos finales. Sus últimas palabras serían «Consumado es» (Jn 19.30) y «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23.46). Anteriormente, había rechazado una bebida debido a su contenido anestésico; sin embargo, ahora, más cerca de la muerte, la aceptó. Es posible que haya querido que Sus labios y Su boca se humedecieran para poder hablar con claridad.

<sup>78</sup> Jesús habló ocasionalmente en el primer idioma que le habían enseñado de niño (Mr 3.17; 5.41; 7.11; 7.34; 14.36). Sus declaraciones requerían interpretación para algunos que estaban cerca de la cruz y para algunos de los primeros lectores de Marcos.

<sup>79</sup> Cole, 244.

<sup>80</sup> Foster, 1283.

<sup>81</sup> Cada centurión romano mencionado en el Nuevo Testamento parece haber sido un hombre sensato, favorable a Cristo y a Su iglesia.

**Versículo 37.** ¿Cuál fue la **gran voz** que Jesús pronunció antes de que **expiró**? Puede que haya sido «Consumado es» (Jn 19.30); porque en griego es solo una palabra: «consumado». No fue una palabra de derrota, sino de triunfo. Su obra fue completada, la victoria fue ganada y la Ley y los Profetas se cumplieron (Mt 5.17, 18). Su muerte no fue un homicidio ni un suicidio, porque se había entregado a esta muerte para salvar a otros. Jesús no dijo: «Estoy acabado»; porque Su muerte fue voluntaria,<sup>82</sup> y sabía que pronto entraría en Su gloria. Soportó la agonía de la muerte por el «gozo puesto delante de él» (He 12.2).

Ninguno de los escritores de los evangelios dijo que Jesús murió, sino que «entregó el espíritu» (Mt 27.50; vea Jn 19.30). Pasó de la muerte a la vida en el Espíritu renunciando a «Su espíritu». El fraseo usado aquí y en Lucas 23.46, «expiró», es más literal<sup>83</sup> sin embargo, no tan descriptivo.

Alguien ha dicho que una persona que era crucificada moría mil muertes. Los presos rara vez permanecían en una cruz hasta una semana antes de expirar; sin embargo, algunos aparentemente lo hacían, muriendo de hambre y sed o sufriendo en mente y cuerpo hasta que se volvían locos. El sufrimiento de Jesús fue enorme, y Él lo soportó por nosotros.

#### EL VELO, EL CENTURION Y LAS MUJERES (15.38–41)<sup>84</sup>

<sup>38</sup>Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. <sup>39</sup>Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.

<sup>40</sup>También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé, <sup>41</sup>quienes, cuando él estaba en Galilea, le seguían y le servían; y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

**Versículo 38.** El **velo del templo** evitaba que las personas vieran el lugar más sagrado, donde la presencia misma de Dios residía de manera simbólica. Nadie más que el sumo sacerdote, y

<sup>82</sup> Foster, 1285.

<sup>83</sup> «Expiró» es de ἐκπνέω (*ekpneō*), que quiere decir «exhalar, exhalar la vida, respirar la última, expirar» (Joseph Henry Thayer, *A Greek-English Lexicon of the New Testament [Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento]* [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1962], 199).

<sup>84</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.51–56 y Lucas 23.45b–49.

solo una vez al año, podía entrar detrás del velo. Josefo describió el velo como un lienzo blanco cosido con representaciones escarlata, púrpura y azul de querubines y ángeles guardianes de Dios.<sup>85</sup> Simbolizaba el camino hacia el cielo, que estaba cerrado mientras el velo estuviera colgando en su lugar (vea He 9.7, 8).

Este velo de separación, que tenía unos dieciocho metros de altura,<sup>86</sup> se rasgó en dos, de arriba abajo, en el preciso momento en que murió Jesús. El evento manifestó Su gloria de manera indirecta, al igual que el terremoto que también ocurrió en el momento de Su muerte (vea Mt 27.54). La rotura del velo simbolizaba la apertura del camino a Dios. En efecto mora entre Su pueblo, y no debemos temer acercarnos a Él en oración y adoración (He 4.15, 16). Los santos, o miembros de Su iglesia, ahora conforman Su templo, y Él mora en cada uno de nosotros (Ef 2.20–22; 2ª Co 6.16). La morada de Dios ahora con nosotros como una vez moró en el templo seguramente continúa de una manera simbólica y no literal.

Puede que el terremoto haya causado el rasgado del velo, sin embargo, fue el resultado de un planeamiento divino (como en la resurrección cuando se movió la piedra). Para los antiguos, tal temblor indicaría la cercanía de Dios. El *Talmud de Babilonia* habla de una sorprendente apertura de la puerta del templo.<sup>87</sup> Normalmente, se requería que varios hombres abrieran la puerta; sin embargo, se dice que la puerta se abrió de golpe alrededor de la medianoche durante la pascua.<sup>88</sup> Supuestamente ocurrió unos cuarenta años antes de la destrucción de Jerusalén en el 70 d.C., que podría haber coincidido con este rasgado del velo. ¿Abrió Dios la puerta para que los hombres pudieran ver el velo rasgado?

Desde este punto en adelante, el templo no tendría ningún significado para Dios. Por lo tanto, pudo permitir que los romanos lo destruyeran en el año 70 d.C. No queda ninguna razón bíblica para que Dios permita que el templo sea restaurado o reconstruido. Sería volver de la realidad del nuevo pacto de Dios con Su pueblo a la sombra de la Ley (He 10.1), lo cual no tendría ningún sentido en absoluto. ¿Por qué querría Dios revertir el cumplimiento de la Ley, por medio de la sangre expiatoria de Jesús, de regreso a la Ley y los sacrificios de animales? La teoría premilenialista que requeriría sacrificios

renovados de animales en un templo reconstruido durante un milenio es un virtual rechazo de todos los beneficios sacrificiales que Jesús obtuvo como cordero de Dios por nosotros (vea Jn 1.29). Gracias a que el velo fue removido, ahora tenemos «libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo» (He 10.19).

**Versículo 39.** El centurión llegó a una conclusión sorprendente pero sensata que los líderes judíos aún no habían alcanzado, a saber: que Jesús era realmente el Hijo de Dios (vea Mt 27.54). Marcos dice que **viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.** Lucas 23.47 simplemente le tiene diciendo: «Verdaderamente este hombre era justo [“inocente”; NASB]». Era el siguiente paso lógico para este centurión darse cuenta de que Jesús tenía que ser verdaderamente el Hijo de Dios. En vista de que Jesús había afirmado ser el Hijo de Dios, reconocer Su inocencia y justicia era lo mismo que decir: «Él era en verdad el Hijo de Dios». Este hombre vio el título sobre la cabeza de Jesús, la manera de Su muerte, la gracia de Su espíritu perdonador, las tinieblas y el terremoto. Estaba tan convencido por estos eventos que pudo haber hecho ambas declaraciones.

Lo anterior no simplemente estaba diciendo, como algunos han afirmado, que el soldado quiso decir: «Era un hijo de los dioses». La visión que los romanos tenían de sus dioses tal vez hizo más fácil aceptar este concepto de un Hijo de la Deidad; sin embargo, algunos usan la gramática griega para razonar que este centurión no podría haber creído en Jesús como «el Hijo de Dios». Dicen que, dado que no hay ningún artículo («el») en el texto griego, no puede querer decir «el Hijo de Dios», sino, «un hijo de Dios». Si bien es cierto que Mateo 27.43 no contiene ningún artículo en griego, «el argumento pasa por alto otras ocasiones en los Evangelios en las que “el Hijo de Dios” es anártrico [sin el artículo] sin embargo, claramente quiere decir “el Hijo de Dios”» (vea Mt 4.3, 6; 27.40, 43; Lc 1.32, 35).<sup>89</sup> Foster comentó: «Una regla básica de la gramática griega declara que el artículo definido puede escribirse u omitirse con un nombre propio».<sup>90</sup> Cuando el lenguaje se analiza correctamente, todos están de

<sup>85</sup> Josefo *Guerras* 5.5.4 [211–14].

<sup>86</sup> Mishná *Shekalim* 8.5.

<sup>87</sup> Talmud de Babilonia *Yoma* 39b.

<sup>88</sup> Foster, 1288.

<sup>89</sup> Black, 280. «La regla de Colwell» es que «los sustantivos predicados definidos que preceden al verbo por lo general carecen del artículo» (E. C. Colwell, “A Definite Rule for the Use of the Article in the Greek New Testament” [«Una regla definitiva para el uso del artículo en el Nuevo Testamento griego»], *Journal of Biblical Literature* [Publicación de Literatura bíblica] 52 [1933]: 20.

<sup>90</sup> Foster, 1289.

acuerdo en que Jesús estaba diciendo: «Soy el Hijo de Dios». Dado que al centurión se le había asignado un papel activo en los eventos del día y había sido testigo de toda la emoción y las acusaciones contra Jesús, tenía que haber sabido lo que significaba la expresión.<sup>91</sup>

Muchos centuriones se convirtieron a la religión judía y puede que hayan aceptado a Jesús como su Mesías. No encontramos ninguna reprensión de ningún centurión en el Nuevo Testamento.<sup>92</sup> Cornelio era un temeroso de Dios (Hch 10.2), queriendo decir que mediante la religión judía ya se había convertido en un devoto creyente en el único Dios verdadero de Israel antes de que se le enseñara cualquier cosa acerca de Cristo

**Versículos 40, 41. María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé** también estuvieron allí, observando a la distancia cuando Jesús dio Su último suspiro (15.40). Las mujeres nombradas eran fieles discípulas de Jesús, quizás mujeres ricas que lo apoyaron en Su labor (Lc 8.3). «La Iglesia siempre ha debido mucho a las mujeres devotas, a menudo a las mujeres de abundantes recursos, y es señal de un insensato despreciar tales cosas».<sup>93</sup>

Se nos dice que estas mujeres **le seguían y le servían** en Galilea, y hubo **otras muchas que habían subido con él a Jerusalén** (15.41). Estas mujeres le acompañaron fielmente cuando la mayoría de los hombres dejaron a Jesús. Un poeta irlandés de principios del siglo XIX escribió:

No ella con un beso traidor a su Salvador hirió,  
No le negó con lengua profana;  
Ella, mientras los apóstoles se encogían, pudo  
desafiar el peligro,  
Última en la cruz y la más pronta en la sepultura.<sup>94</sup>

Fue una mujer, Ana, quien primero dio las gracias en el templo por el niño Jesús (Lc 2.36–38), y fue una mujer quien lo ungió antes de Su sepultura (Mr 14.8). Fueron mujeres las que estuvieron al pie de la cruz (Jn 19.25), fueron mujeres las que participaron de Su sepultura (Mr 15.47), fueron mujeres las que

<sup>91</sup> McGarvey, *Comentario*, 248.

<sup>92</sup> Lucas 7.5 señala que un centurión había construido una sinagoga para los judíos. Otro más adelante le salvó la vida a Pablo cuando los soldados quisieron darle muerte al apóstol y a todos sus compañeros prisioneros que viajaban en un barco (Hch 27.41–43).

<sup>93</sup> Cole, 246.

<sup>94</sup> Eaton Stannard Barrett, “The Woman” («La mujer»), en *The Home Book of Verse: American and English, 1580–1920* (*La casa del verso: Estadounidense e inglés, 1580–1920*), 5ª ed., rev., arr. Burton Egbert Stevenson (New York: Henry Holt and Co., 1922), 377.

trajeron regalos amorosos de especias a Su sepultura (16.1). Merecían ser los primeras en escuchar las buenas nuevas de Su resurrección (16.5, 6). Ciertas mujeres continuaron orando hasta Pentecostés (Hch 1.14), y luego se nos dice que fueron mujeres las que abrieron sus hogares para la adoración (Hch 12.12). Pablo mencionó a mujeres que lo ayudaron mientras predicaba el evangelio (Fil 4.2, 3).

Puede que las mujeres en nuestro texto hayan estado desconcertadas y desconsoladas, ¡sin embargo, estaban allí! Quizás algunas, como María, habían estado algo preparadas para estos eventos al escuchar las enseñanzas de Jesús (14.3–9). Independientemente de lo impactante y agonizante que tuvo que haber sido la crucifixión, amaron a Jesús demasiado como para dejarlo morir solo. La madre de Jesús estuvo al pie de la cruz, probablemente más cerca que las demás (Jn 19.25–27).

Mateo 27.55, 56 se refiere a «muchas mujeres» y luego nombra a tres. Marcos incluye a Salomé, que era la madre de los hijos de Zebedeo (Mt 27.56). Sus dos hijos fueron Jacobo y Juan; por ahora su marido evidentemente había muerto. Jesús había expulsado a siete demonios de María Magdalena (Mr 16.9; Lc 8.2). Su apellido revelaba su ciudad natal: Magdala, un pueblo de pescadores en el lago de Galilea. Nadie podría haber estado más agradecida con su Señor que ella. Fue la primera en la sepultura y la primera en ver al Cristo resucitado.

¿Estabas allí cuando crucificaron a mi Señor?  
¿Estabas allí cuando lo clavaron al madero?...  
Oh, a veces me hace temblar, temblar, temblar.<sup>95</sup>

## EL CUERPO DE JESÚS ES SEPULTADO (15.42–47)<sup>96</sup>

<sup>42</sup> Cuando llegó la noche, porque era la preparación, es decir, la víspera del día de reposo, <sup>43</sup> José de Arimatea, miembro noble del concilio, que también esperaba el reino de Dios, vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús. <sup>44</sup> Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto; y haciendo venir al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. <sup>45</sup> E informado por el centurión, dio el cuerpo a José, <sup>46</sup> el cual compró una sábana, y quitándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña, e

<sup>95</sup> Espiritual afroamericano, “Were You There?” («¿Estabas allí?»), *Songs of Faith and Praise* (*Cantos de Fe y Alabanza*), comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

<sup>96</sup> Hay relatos paralelos en Mateo 27.57–61; Lucas 23.50–55; y Juan 19.38–42.

**hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro.** <sup>47</sup>Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían.

**Versículo 42.** El día de la semana en que Jesús fue crucificado era el día de **la preparación o la víspera del día de reposo**. Este día de reposo fue especial debido a su vínculo con la pascua. El día de reposo era profanado si un cuerpo era dejado colgado en una cruz ese día (Dt 21.23). Los cuerpos de los criminales a menudo no eran sepultados en absoluto, sino que eran dejados para vergüenza de la vista pública y para los buitres. Juan 19.31–33 nos dice que los judíos procuraron que se quebraran las piernas de los hombres crucificados para acelerar su muerte antes del día de reposo; sin embargo, fue innecesario en el caso de Jesús, porque ya había muerto.

**Versículo 43. José de Arimatea, miembro noble del concilio**, pidió permiso para quitar el cuerpo de Jesús (vea Lc 23.52). Nicodemo lo ayudó con la tarea (Jn 19.39, 40). Mateo 27.57 dice que José «también había sido discípulo de Jesús». Estos dos hombres de gran estima tuvieron que haber sido de la misma opinión, ambos buscando el reino de Dios. Nicodemo había hablado con Jesús durante la noche, y podría haber compartido con su amigo José lo que Jesús le había contado en su conversación sobre el nuevo nacimiento (vea Jn 3.1–7). Juan 19.38 dice que José era un discípulo, «pero secretamente». Probablemente habría sido expulsado del Sanedrín, desterrado de la sinagoga y, en general, excluido por los líderes de los judíos si hubiera hecho conocer su fe anteriormente.

Es inusual encontrar un miembro del Sanedrín llamado «noble» en el Nuevo Testamento (Mr 15.43; KJV). La NASB y la NIV se refieren a él como «prominente». De manera similar, José era un «varón bueno y justo» que **esperaba el reino de Dios** y no había consentido en la crucifixión de Jesús (Lc 23.50, 51). ¡Cuánto tuvo que haber lamentado su cobardía! Por lo tanto, **vino y entró osadamente a Pilato, y pidió el cuerpo de Jesús**.

**Versículos 44, 45. Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto**, porque las personas a menudo permanecían en cruces mucho más tiempo que las seis horas que Jesús había pasado en Su cruz. Pilato **le preguntó [al centurión] si ya estaba muerto** (15.44). Pilato mandó llamar al centurión para averiguarlo. En Juan 19.34, se nos dice que la muerte de Jesús se confirmó cuando «uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua». Una vez que fue comprobado, Pilato **dio el cuerpo a José** (15.45).

José y Nicodemo estaban tomando medidas audaces y valientes para sepultar el cuerpo de Jesús. Sus compatriotas aprenderían rápidamente lo que habían hecho y los considerarían traidores a su fe judía. Tal vez incluso podría considerárseles dignos de muerte, junto con Jesús.

**Versículo 46.** Era demasiado tarde para que los dos hombres embalsamaran correctamente el cuerpo de Jesús, sin embargo, hicieron lo que pudieron antes de que comenzara el día de reposo. Lo **[quitaron]** y lo **[envolvieron] en la sábana** que había comprado José. Ambos hombres eran ricos, como lo demuestran sus costosos presentes (Mt 27.57; Jn 19.39). Cien libras de mirra y áloes (Jn 19.39) habrían sido comparables a las especias utilizadas para la sepultura de un rey. En la mente de José y Nicodemo, nada era demasiado bueno para el cuerpo del Señor. ¡Con qué gentileza y reverencia tuvieron que haberlo bajado de la cruz antes de envolverlo con ternura con la sábana! Aunque eran creyentes, aparentemente no pensaron en una resurrección corporal para Jesús; de lo contrario, no habrían preparado el cuerpo con tanto cuidado y costos.

Los grandes presentes de José y Nicodemo (vea Mt 27.57–60; Jn 19.39) podrían parecerle al mundo como un desperdicio, ya que se necesitaron por tan poco tiempo. Sin embargo, al igual que el sacrificio de María en Marcos 14.3–9, estos presentes son conocidos donde sea que se predique el evangelio. A un riesgo personal considerable, estos hombres realizaron una buena obra por Jesús cuando el mundo le había rechazado y Sus propios seguidores habían huido de Él. Lo que a la mente mundana le parece insignificante o derrochador podría ser un gran tesoro para el Señor.

Después de preparar el cuerpo de Jesús, estos hombres **lo [pusieron] en un sepulcro que estaba cavado en una peña**. Una enorme **piedra**, colocada en un surco, fue rodada en su lugar para sellar **la entrada**. Mateo 27.60 dice que el sepulcro usado para el cuerpo de Jesús pertenecía a José. Lucas 23.53 agrega que era uno «en el cual aún no se había puesto a nadie». José probablemente lo había reservado para sí mismo. Una sepultura excavada como esta habría sido preparada a un gran costo, y usarla para otro constituía un sacrificio magnánimo.

¿Era coincidencia que José tuviera una sepultura en un huerto cerca de donde murió Jesús, o era providencia? (Jn 19.41). Quizás, como la reina Ester, José de Arimatea había venido al reino «para esta hora» (Est 4.14). Pese a que su fe podría no haber sido muy fuerte antes, aún así buscó el reino. ¿Había



escuchado algo en el Sermón del Monte de Jesús sobre esto? (Vea Mt 6.33.) Sus actos cumplieron una profecía, colocando a Jesús «con los ricos [...] en su muerte» (Is 53.9), aunque probablemente no se le ocurrió a José en ese momento. Su único motivo para arriesgarlo todo para conseguir el cuerpo tenía que ser que él era un discípulo.<sup>97</sup> Como miembro del concilio, José podría haberles proporcionado más información a los discípulos acerca de los eventos y decisiones del Sanedrín que habían conducido a la muerte de Jesús

**Versículo 47. Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían.** Las mujeres los observaron (Mt 27.61; Lc 23.55) para ver dónde colocaban el cuerpo para poder regresar el domingo a primera hora de la mañana y brindar toda la atención que normalmente se le brinda a un ser querido fallecido.

Una sepultura de este tipo que perteneció a la familia de Herodes todavía puede verse en Israel; al lado yace una piedra redonda como de moler que una vez estuvo colocada en una ranura para sellar la sepultura. Es poco probable que la sepultura del huerto que ahora se muestra a los turistas en Jerusalén sea en la que fue puesto Jesús. El huerto había sido recientemente reservado como una atracción turística cuando visité allí en 1973. Para 1997, había sido enormemente embellecido con la plantación de árboles y flores cerca de la sepultura; y ahora se cobra una tarifa para visitar el sitio. Los guías se esfuerzan por persuadir a los turistas de que esta podría ser la misma sepultura que usó Jesús, sin embargo, aceptar la verdad de la resurrección es mucho más importante que saber dónde sucedió.

El hecho de que Cristo «murió por nuestros pecados» constituye la verdad central del evangelio (1ª Co 15.1–4). El hecho de que fue sepultado, resucitó y se les apareció a muchos constituyen hechos significativos relacionados (1ª Co 15.5–8). Nuestra obediencia al mensaje del evangelio, siendo sepultados con Cristo en el bautismo, es crucial para que nos beneficiemos de todo lo que Cristo hizo por nosotros (Ro 6.3, 4). Foster escribió:

Quando se agrega la consideración de Isaías 53, que contiene los detalles más minuciosos de los anuncios cumplidos en los juicios, la tortura, la muerte y la sepultura de Jesús, lo más sorprendente es cómo alguien puede rechazar la evidencia divina y el mensaje divino que Dios ha revelado.<sup>98</sup>

<sup>97</sup> Foster, 1305.

<sup>98</sup> *Ibíd.*, 1307.

## ≡ MEDITACIONES SOBRE MARCOS 15 ≡

### Jesús y Barrabás (15.6–15)

Cuando Herodes envió a Jesús de regreso a Pilato sin ninguna sugerencia sobre qué hacer con Él, Pilato se encontró atrapado entre dos fuerzas opuestas que competían por el dominio absoluto. Por un lado, estaba la propia *conciencia acusadora* de Pilato. De su investigación, había encontrado que Jesús era inocente. Debido a su conocimiento de la justicia, su conciencia estaba clamando que Jesús debía ser absuelto (Jn 18.38). Por otro lado, estaba la *multitud enfurecida*. Esta multitud de judíos lo fulminó con la mirada, negándose firmemente a conformarse con nada menos que una crucifixión. Estaban listos para estallar en un frenesí desenfrenado. Desgarrada por los gritos desgarradores de cada lado, la mente de Pilato daba vueltas con la pregunta de qué hacer a continuación.

Mientras Pilato sopesaba sus opciones, los judíos le gritaban, exigiendo que se mantuviera su antigua costumbre (vea Mr 15.8). En esencia, dijeron: «Tenemos una costumbre que dice que debes liberar a un prisionero durante el tiempo de la pascua. ¿Quién va a ser?». El pedido de ellos tuvo que haber hecho destellar una idea en la mente de Pilato. «El pedido de ellos podría ser una solución a mi dilema», parece haberse dicho a sí mismo. Inmediatamente adjuntó su agenda personal a la costumbre de la pascua. «Voy a poner a Jesús al lado de nuestro criminal más famoso, uno de los peores que tenemos, y les pediré a los judíos que nombren a uno de los dos para ser liberado. Seguramente, pedirán a Jesús», pensó. Con establecer este escenario, Pilato buscó lograr dos objetivos. Primero, con colocar a Jesús al lado de «un preso famoso» (Mt 27.16) les mostraría a los judíos que lo estaba reconociendo como un criminal y que podría satisfacerlos. En segundo lugar, cuando Jesús fue liberado, incluso en esta circunstancia ideada, la justicia se cumpliría en algún grado; entonces la perturbada conciencia de Pilato sería apaciguada. Era un truco arriesgado, sin embargo, Pilato esperaba que lo librara de su dilema. Estaba dividido entre apaciguar a los judíos y quedar bien con sus superiores.

Elegió como criminal a un hombre llamado Barrabás, un líder en un levantamiento contra Roma, que estaba encarcelado con otros insurrectos. Había liderado un violento intento golpista, que resultó en la muerte de algunas personas. Por lo tanto, había sido condenado no solo como un insurrecto, sino también como un homicida. Marcos dijo de él: «Y había uno que se llamaba Barrabás, preso con sus compañeros de motín que habían cometido

homicidio en una revuelta» (Mr 15.7). Su nombre aparentemente quiere decir «hijo de un padre». Tuvo que haber sido el peor de los criminales que se encontraban recluidos en la prisión de Pilato en ese momento.

Aparentemente, los principales sacerdotes y los ancianos dejaron el Enlosado frente a la sala de juicios de Pilato y se dirigieron a un lugar donde podían continuar planificando y confabulando con respecto a la condena de Jesús. Pilato envió un mensaje para que acudieran a él y poder elegir al criminal que iba a ser puesto en libertad. Cuando llegaron, les planteó una pregunta que les obligaba a escoger y que tenía una profunda importancia: «¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás, o a Jesús, llamado el Cristo?» (Mt 27.17). Ellos clamaron: «a Barrabás» (Mt 27.20b). Ahora Pilato estaba de vuelta donde había comenzado. El clamor de ellos pidiendo a Barrabás lo sorprendió y lo dejó en un dilema aún mayor. Mientras estaba sentado en su asiento de juicio, reflexionando sobre la escalada de la situación, su mujer le envió un mensaje de que había sido perturbada por un sueño inusual sobre este Jesús. Según Mateo, ella dijo: «No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él» (Mt 27.19). Sus palabras solo aumentaron la agitación del corazón de Pilato.

Tal vez anticipando que Pilato repetiría la pregunta de cuál criminal liberarían, los principales sacerdotes se filtraron entre la multitud e instaron a todos a clamar por Barrabás. Marcos dijo: «Mas los principales sacerdotes incitaron a la multitud para que les soltase más bien a Barrabás» (Mr 15.11). Cuando Pilato preguntó por segunda vez, pidió una respuesta aún más acentuada. Marcos lo citó diciendo: «¿Qué, pues, queréis que haga del que llamáis Rey de los judíos?». Ellos les respondieron a gritos: «¡Crucifícale!» (Mr 15.12, 13). Pilato había caminado lentamente hacia las fauces de una situación para la que no tenía las agallas para manejar. Por lo tanto, dio una respuesta final y quejumbrosa: «¿Pues qué mal ha hecho?». Su pregunta fue ahogada por los clamores a unísono de la multitud que pedía: Pero «¡Crucifícale!» (Mr 15.14). Entonces encontramos el más triste de todos los comentarios sobre Pilato. Marcos escribió: «Y Pilato, queriendo satisfacer al pueblo, les soltó a Barrabás, y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado» (Mr 15.15).

Cada aspecto de los juicios y el sufrimiento de nuestro Señor brinda una perspectiva adicional de Su muerte y su significado con respecto a nuestra redención. Incluso el intento de Pilato por absolverlo

poniéndolo junto a Barrabás y pidiendo que se tomara una decisión tiene profundas implicaciones para nosotros.

1. *De principio a fin, la muerte de Jesús fue una muerte sustitutiva por otros.* Barrabás se daba cuenta de que Jesús moriría en la cruz donde él debía haber muerto. Se habían preparado tres cruces para tres criminales, y Barrabás era posiblemente el peor de ellos. Se dirigía hacia esa cruz. Estaba destinado a experimentar una de las muertes más horribles que nuestras mentes pueden imaginar; sin embargo, Jesús, debido a una costumbre de los judíos, experimentó esa muerte en lugar de Barrabás.

2. *En armonía con la profecía divina, Jesús fue «contado con los pecadores»* (Is 53.12b). Mucho antes de los días del Nuevo Testamento, Isaías había revelado en sus pasajes proféticos del «siervo» que este siervo sufriente moriría entre hombres malvados. En un cumplimiento notable de esta profecía, Jesús murió de esa manera, entre dos criminales (Mr 15.27, 28). Fue entregado pasando de estar junto a un insurrecto a una muerte entre ladrones. Barrabás no lo sabía, y los dos ladrones que murieron con Jesús no lo sabían, sin embargo, se estaban combinando para completar las profecías hechas por el Espíritu con respecto a la muerte de Jesús.

3. *Jesús fue continuamente declarado inocente a lo largo de Su vida, Sus juicios y Su crucifixión.* Él era verdaderamente el inocente Hijo de Dios. Pilato les aseveró tres veces a los principales sacerdotes que no había encontrado ninguna falta en Jesús. Herodes envió a Jesús de regreso a Pilato sin ninguna condena adjunta a Él. Durante Su vida y ministerio, nadie pudo encontrar ningún pecado en Él. Durante estos juicios injustos y fabricados, Jesús permaneció libre de culpa. Fue el inocente Cordero de Dios y estaba siendo conducido a la muerte por hombres malvados. Barrabás, un hombre violento y pecador, fue absuelto; Jesús, el perfecto y sin pecado Hijo de Dios, fue condenado.

4. *La muerte de Jesús ofrece los dones gratuitos del perdón y la vida a todos los que los reciban.* Barrabás estuvo al lado de Jesús y fue elegido para ser el que fuera liberado. Jesús fue llevado a la cruz. No solo tomó el lugar de Barrabás en una muerte física, también murió por él, como por todos los demás, para proporcionar vida abundante aquí y vida eterna en el cielo. Cualquiera que elija venir bajo Su sangre puede estar libre para siempre de la culpa, el dominio y la sepultura del pecado (Ro 6).

*Conclusión:* Jesús se entregó a oficiales corruptos de la ley para que aquellos por quienes murió

puedan ser liberados de la ley del pecado y de la muerte. Barrabás había sido condenado por la ley romana a morir por sus crímenes; Jesús fue condenado por la ley romana y crucificado para que Barrabás, y cualquier otra persona que elija recibirle, pudiera estar libre de la condena de la ley y vivir. Barrabás, después de su liberación, nunca volvería a ser juzgado por el crimen por el que fue condenado. Estaba libre de la condena de ese crimen. En un nivel mucho más alto, Jesús murió por todas las personas pecaminosas condenadas por la ley del pecado y la muerte. Por medio de la muerte de Cristo, cualquier alma arrepentida que obedezca el evangelio puede ser liberada de la condenación y vivir en la libertad de la gracia que se encuentra en Cristo.

### **Cuando nos burlamos del Hijo de Dios (15.16–20)**

En las cuatro narraciones de la crucifixión, ¡vemos lo impensable! ¡Vemos al hombre, la creación, riéndose siniestramente de su Creador, el Hijo de Dios! Preguntamos: «¿Quién en su sano juicio podría hacer algo así?».

El texto es claro: El hombre no solo crucificó a Jesús, también lo castigó con una burla ponzoñosa (15.17, 18). Se burló de las manos que pronto serían perforadas para salvarle del castigo eterno por el pecado. Escupió y abofeteó el rostro de Jesús, el rostro que reflejaba el mayor amor por él.

Jesús fue golpeado con puños, vendado Sus ojos y ridiculizado, y golpeado con una caña, una cruda imitación de un cetro. ¡Un desprecio descorazonado fue derramado sobre el Salvador en un flujo constante! A medida que se hacían preparativos para maltratar Su cuerpo, los que estaban a Su cargo trataron de aterrorizar Su espíritu. Su personalidad, posición, carácter y propósito fueron ridiculizados. Aquellos por los que moriría para salvar menospreciaron Sus intenciones divinas, Su santo sacrificio y Su amor altruista.

1. *Se burlaron de Su reinado, diciendo: «¡Salve, Rey de los judíos!»* (15.18). En medio del juicio romano, Pilato ofreció a Barrabás y Jesús a la multitud y les pidió que eligieran uno para ser liberado. Con un grito frenético, clamaron: «¡Fuera con éste, y suéltanos a Barrabás!» (Lc 23.18). Su elección declaró que Jesús era peor que un criminal, peor que un insurrecto y un homicida.

La escena que tuvo lugar después del juicio, después de que Pilato había anunciado su veredicto, tuvo que haber hecho llorar al cielo y temblar la tierra. Marcos describió sus desgarradores detalles:

Y le vistieron de púrpura, y poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos! Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias (Mr 15.17–19).

En la cruz, los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas se unieron en la burla. Dijeron: «El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos» (15.32).

2. *Se burlaron de Su poder diciendo: «... sálvate a ti mismo»*. Durante Su ministerio terrenal, Jesús demostró públicamente Su poder milagroso. Las personas lo habían visto, lo habían reconocido y comprendido las implicaciones de ello. Incluso Nicodemo, el principal judío, dijo: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él» (Jn 3.2). Sus milagros eran obvios, creíbles e inconfundibles. Incluso Sus enemigos reconocieron su autenticidad.

Dejando a un lado esta verdad demostrada de Su ministerio, los curiosos al pie de la cruz menearon la cabeza y dijeron: «¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz» (Mr 15.29, 30). Los principales de los judíos se sumaron a este desprecio y dijeron: «A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar» (15.31). Los soldados alzaron sus voces en burla al Cristo sufriente. Acercándose a Él, le ofrecieron a beber vinagre y le dijeron: «Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo» (Lc 23.37).

Del pueblo de Jerusalén, tal vez Sus apóstoles, discípulos y otros pocos eran los únicos que entenderían por qué Jesús estaba permitiendo que le crucificaran. Los principales, en su ignorancia, clamaban que bajara de la cruz. El desafío para que Él se salvara a Sí mismo constituyó la burla favorita al pie de la cruz. Mateo dijo: «De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar» (Mt 27.41, 42a). No entendieron que si Jesús se salvaba a Sí mismo, no habría salvación para la raza humana.

3. *Se burlaron de Su deidad, diciendo: «Porque dijo: “Yo soy el Hijo de Dios”»*. Caifás le ordenó a Jesús: «... que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios» (Mt 26.63b). Jesús respondió: «Tú lo has dicho» (Mt 26.64). No solo afirmó ser el Hijo de Dios, también lo había demostrado plenamente en todo Su ministerio. ¿Cómo reaccionó Caifás ante esta afirmación? Lea su respuesta y ruborícese de vergüenza de que los seres humanos puedan tratar al Hijo de Dios de tal manera:

Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte. Y algunos comenzaron a escupirle, y a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: Profetiza. Y los alguaciles le daban de bofetadas (Mr 14.63–65).

Los gobernantes religiosos y los escribas acusaron a Jesús de blasfemia por haber testificado de Su deidad. ¡Nuestros corazones se rompen cuando nos damos cuenta de que personas religiosas, personas que habían declarado públicamente que estaban buscando al Mesías, el Hijo de Dios, habían crucificado a Jesús! Él vino a los suyos y los suyos no le recibieron (Jn 1.11).

4. *Se burlaron de Su moralidad, diciendo: «Confió en Dios».* Ante la cruz, estos líderes religiosos se burlaron de Él. Algunos gritaron: «Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios» (Mt 27.43).

Muchos de los que estaban ante la cruz declararon que Jesús había sido rechazado no solo por el hombre sino también por Dios. Sostuvieron que Su pecado lo había puesto al descubierto. «Este hombre», tuvieron que haber pensado, «se supone que es uno que anda con Dios. ¿Por qué Dios no lo baja de la cruz? ¡Incluso Su Dios lo ha abandonado!».

¡Sí, Jesús fue ridiculizado! ¡Su reinado, poder, deidad y moralidad fueron ridiculizados! Reflexionemos sobre este hecho. Sin embargo, no debemos dejar la burla a Cristo sin personalizarla. Con los corazones doblegados con dolor, preguntemos: «¿Qué aprendemos de la burla a Jesús?».

*Primero, vemos que la burla es cruel e hiriente.* Estas personas querían hacerle daño a Jesús, y lo hicieron. Jesús lo manejó magníficamente; sin embargo, le dolió, incluso cuando fue herido por los clavos que fueron atravesados en Sus manos y pies. Burlarse de los demás es lastimarlos deliberadamente.

*Segundo, vemos que la burla es un instrumento malvado.* La burla que se amontonó sobre Jesús sirvió a un propósito vicioso y vil. La intención era convertir al verdadero Cristo en un falso Cristo. Los judíos no querían al Cristo que Dios había enviado. No encajaba en el molde que habían previsto. El verdadero Cristo no se ajustó a sus planes. Era necesario, por lo tanto, que lo cambiaran, al menos en sus mentes, para crucificarlo y seguir viviendo con sus conciencias. La crucifixión era para los criminales y lo peor de los hombres, sin embargo, Jesús no fue ninguno de los dos. Fue el perfecto Hijo de Dios. ¿Qué podrían hacer con Él? Difamaron Su carácter y lo redujeron a un personaje despreciable.

No podían permitir que la crucifixión de Jesús fuera el hecho horrible que era. Trataron de prestarle respeto y convertirlo en un servicio para la sociedad afirmando que estaban removiéndolo a una persona malvada de la tierra.

*En tercer lugar, vemos que la burla puede surgir de la envidia.* Se nos dice que «por envidia le habían entregado los principales sacerdotes» (Mr 15.10). La envidia ha sido representada como un monstruo de ojos verdes que se alimenta de su presa. Se ha dicho que la envidia hace más daño al recipiente en el que está almacenado que al objeto sobre el que se vierte. En lugar de ensalzar el carácter bueno y santo, los celos y la envidia disminuyen tales rasgos. No lo defienden; lo destruyen.

*En cuarto lugar, vemos cómo manejar la burla.* Jesús se la entregó a Dios. Pedro escribió: «... quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (1ª P 2.23). Los que se burlaron de Jesús no pudieron destruirlo. En cambio, como un diamante parece brillar más contra un fondo oscuro, el carácter de Jesús se veía más visiblemente. Mientras observamos las palabras mordaces y quejumbrosas que son lanzadas contra Jesús, vemos la deidad y la perfecta santidad en el contexto del pensamiento más negro y corrupto que pueden tener los corazones humanos.

*Quinto, debemos darnos cuenta de que ignorar lo que Él ha hecho por nosotros puede herir a Jesús tanto como la burla que enfrentó durante Su crucifixión.*

Cuando Jesús vino a Gólgota, lo colgaron de un madero.

Atravesaron grandes clavos a través de manos y pies, e hicieron un Calvario;  
Lo coronaron con una corona de espinas, rojas eran Sus heridas y profundas,  
Porque aquellos fueron días crudos y crueles,  
y la carne humana fue barata.

Cuando Jesús vino a [...]⁹⁹, simplemente lo pasamos por alto,  
Nunca lastimamos un cabello de Él, solo lo dejamos morir;  
Porque los hombres se habían vuelto más tiernos,  
y no le darían dolor,  
Simplemente acabamos de pasar por la calle y le dejamos bajo la lluvia.

Sin embargo, Jesús clamó: «Perdónalos, porque no saben lo que hacen»,  
Y aún llovió la lluvia invernal que lo empapó por completo;  
Las multitudes se fueron a casa y dejaron las

⁹⁹ Para darle aplicación a esta lección, inserte el nombre de la comunidad en la que vive.

calles sin un alma para ver,  
Y Jesús se agachó contra una pared y clamó por  
el Calvario.<sup>100</sup>

Jesús, el Hijo de Dios, vino. No solo los Suyos le rechazaron, también se burlaron de Él y le crucificaron.

*Conclusión:* Jamás pensaríamos en burlarnos de Jesús; sin embargo, también asegurémonos de no ignorarle. ¿Qué *hacemos* con Jesús? El cristiano clama a toda la tierra para que escuche: «¡Magníficale, porque Él es el Hijo de Dios!».

### En el camino a la cruz (15.21–32)

Hemos llegado al final del registro de los juicios históricos de Jesús. Pilato, desde el asiento del juicio en Gáбата, dio su veredicto final con respecto a Jesús; sin embargo, su juicio no tenía integridad para ello. Bajo la presión personal y política, cedió a la voluntad del consejo judío. Marcos escribió sobre el gobernador: «... entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuese crucificado» (15.15).

Jesús ya había sido azotado (Jn 19.1), como era habitual antes de la crucifixión. Todo lo que quedaba por hacer para la ejecución era reunir la cruz y otros equipos necesarios y organizar una procesión para llevar al prisionero al lugar de la ejecución. Mientras se manejaban los detalles de último momento, los soldados se burlaron de Jesús y le fueron puestas sus propias vestimentas para enfrentar la inimaginable muerte que experimentaría. Marcos dijo: «Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle» (Mr 15.20).

Otros dos prisioneros fueron preparados para ser crucificados con Jesús. Se trataba de ladrones convictos que habían sido condenados a muerte y estaban siendo llevados a su ejecución. Un servicio de soldados romanos, esto es, cuatro soldados bajo el liderazgo de un centurión, podía manejar varias ejecuciones tan fácilmente como una, por lo que estos dos hombres fueron añadidos a la procesión. Marcos dijo: «Crucificaron también con él a dos ladrones, uno a su derecha, y el otro a su izquierda» (15.27). Poco sabían los responsables que, al agregar a los dos hombres condenados a este evento, estaban cumpliendo con una profecía de Isaías (15.28; vea Is 53.9).

El desfile de prisioneros y soldados romanos recorrió las calles de Jerusalén y finalmente salió por

una de las puertas del muro de la ciudad, terminando en un lugar no muy lejos del muro (He 13.12). El lugar era conocido como el «Lugar de la Calavera» o «Gólgota» en hebreo o arameo (Mr 15.22). También se llama «Calvario» (Lc 23.33; KJV), de una palabra latina (*calvaria*) que quiere decir «cráneo». La ruta que se tomó recibió el nombre de *Via Dolorosa*, una designación latina que quiere decir «Camino de los Dolores». Dado que era época de la pascua, la calle estaba sin duda alineada con gente de Jerusalén y de lugares lejanos. Algunos habían participado en los juicios expresando su convicción de que Jesús debía morir, mientras que otros eran meramente curiosos y se habían reunido para ver qué estaba ocurriendo.

En armonía con el procedimiento romano, los condenados fueron obligados a llevar las vigas transversales sobre sus hombros al lugar de su crucifixión. Juan registró de Jesús: «Y él, cargando su cruz, salió...» (Jn 19.17). Debilitado por los azotes y la noche agotadora que había soportado, es probable que a Jesús se le dificultara cargar la pesada viga. Los escritores de los evangelios no dijeron que cayó bajo el peso de la cruz, aunque es una suposición razonable. A medida que la procesión avanzaba a lo largo del camino, le quedó claro al servicio de soldados romanos que llevaban a cabo la ejecución de que se necesitaría ayuda para Jesús. Marcos dijo: «Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevase la cruz» (Mr 15.21). Los soldados romanos, cuando era necesario, podían ordenarle a cualquier espectador que los ayudara con lo que fuera necesario. Lucas dijo: «Y llevándole, tomaron a cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevase tras Jesús» (Lc 23.26). Un soldado tuvo que haberle señalado a Simón y decirle: «Tú, ven aquí y lleva la cruz de este hombre». Con la cruz de Jesús, Simón caminó detrás de Él hasta el lugar de la ejecución.

En un punto a lo largo de la ruta hacia Gólgota, Jesús se volvió y habló a un grupo de mujeres que le seguían. Su exhortación a ellas es la única ocasión registrada de cuando Jesús habló a las personas entre Gáбата y Gólgota. Las mujeres lloraban y se lamentaban por Él. No sabemos mucho acerca de estas mujeres. Es posible que hayan sido lloradoras profesionales que se comprometieron a unirse a la procesión, caminar detrás de Él y lamentarse públicamente por Él. Al escucharlas, Jesús se detuvo, se volvió y se dirigió a ellas, diciendo:

Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad

<sup>100</sup> Adaptación hecha de Geoffrey Anketell Studdert Kennedy, "Indifference" («Indiferencia»), *The Unutterable Beauty: The Collected Poetry of G. A. Studdert Kennedy (La belleza indescriptible: La poesía recopilada de G. A. Studdert Kennedy)* (London: Hodder and Stoughton, 1927), 24.

por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque he aquí vendrán días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, y los vientres que no concibieron, y los pechos que no criaron. Entonces comenzarán a decir a los montes: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará? (Lc 23.28–31).

Poco después de que Jesús hizo estos comentarios a las mujeres, la procesión llegó al lugar de la ejecución. El viaje desde el Pretorio a Gólgota no fue largo; puede que no haya sido más de ochocientos metros. Sin embargo, para Jesús, quien había sido azotado y había estado sin dormir, comer ni beber durante veinticuatro horas, cada paso era tortuoso, y requería de toda la energía que pudiera reunir Su cuerpo.

Cada parte de la muerte de nuestro Señor tiene importancia y significado para nosotros. Cada segmento coloca en nuestros corazones lecciones que jamás deben olvidarse. Este viaje a la cruz no es una excepción. ¿Qué nos dice el viaje?

1. *El encuentro de Simón con Jesús nos da una importante ilustración.* Simón, el hombre obligado a llevar la cruz de Jesús, ilustra el hecho de que un evento puede suceder en el momento más inesperado, cambiando la vida de alguien para siempre. Esa mañana, Simón entró en Jerusalén como un hombre desconocido de otro país. Vio una procesión moviéndose por la calle y se acercó para ver qué estaba pasando. Entonces un soldado romano lo señaló y le pidió que cargara la cruz de Jesús. En ese momento, Simón pasó del anonimato a ocupar un lugar en las Escrituras. Dondequiera que se predique el evangelio, será mencionado. Aprendamos del evento para recibir cada momento con expectativa y anticipación y hacer lo mejor que podamos con ello; porque cuando menos lo esperamos, puede que lleguemos a un momento que trascenderá en importancia a todos los demás momentos de la vida.

2. *Las mujeres que se lamentaban nos recuerdan una antigua verdad.* Ellas declaran nuevamente que lo que vemos puede no ser necesariamente la realidad. Jesús tropezó como un criminal entre criminales, yendo a una muerte horrible. Algunos de los que seguían a los prisioneros pensaron que Jesús estaba recibiendo lo que merecía. Más allá de la apariencia, más allá de la fealdad de todo, estaba la verdad: Jesús, como el Salvador del mundo, se dirigía a un lugar donde Él se ofrecía a Sí mismo como el sacrificio por nuestros pecados. Todo el tiempo pasado había mirado hacia este evento, y todo el tiempo subsiguiente se remontaría a él. Soportaría

la cruz y despreciaría la vergüenza. Luego, después de Su resurrección, se sentaría a la diestra del trono de Dios (He 12.2).

3. *Los ladrones nos desafían.* La presencia de los dos ladrones nos recuerda que casi todas las circunstancias brindan oportunidades para ofrecerle salvación a un alma perdida. Incluso en un momento de desesperación, las palabras y acciones de Jesús tienen que haber tenido un impacto en uno de estos hombres. Más tarde, cuando estaban muriendo en sus cruces, habló con el inquisidor acerca de sus necesidades espirituales. Nuestro Señor usó algunos de Sus últimos alientos para decir palabras de gracia al hombre moribundo que estaba junto a Él y necesitaba esperanza y que creyó la verdad que Jesús compartió con él (Lc 23.43). Ningún lugar, ninguna situación, sin importar cuánta agonía contenga, está vacía de oportunidades para mostrar la luz del amor de Dios. ¿Quién hubiera pensado que uno de estos ladrones sería ganado para Jesús antes de morir?

*Conclusión:* El camino de nuestro Señor desde el juicio del gobernador hasta la crucifixión en Gólgota fue breve pero azaroso. ¡Nada es rutinario ni «meramente lo usual» cuando Jesús está presente!

### **Un rey coronado de espinas (15.27–32)**

Aparentemente, no fue suficiente que los líderes judíos y los soldados romanos azotaran y crucificaran a Jesús. De acuerdo con sus costumbres, también se burlaron de Él y le humillaron. Le pusieron una túnica para ridiculizar la idea de Su reinado. Entonces, «... poniéndole una corona tejida de espinas, comenzaron luego a saludarle: ¡Salve, Rey de los judíos!» (15.17, 18). Cuando lo golpearon y le escupieron, también «puestos de rodillas», «le hacían reverencias» como burla (15.19).

Pilato le había preguntado a Jesús: «¿Eres tú el Rey de los judíos?» (15.2). Jesús le había dado la siguiente respuesta: «Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz» (Jn 18.37b).

Ciertamente, Jesús no es solo *un* rey, ¡también es *el* Rey! Pablo se refirió a Él como «Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios» (1ª Ti 1.17). Después de Su resurrección, Jesús fue altamente exaltado y se le dio un nombre ante el que un día toda rodilla se doblará y un día toda lengua confesará para la gloria de Dios Padre (Fil 2.9–11). En Apocalipsis se le describe vistiendo una túnica blanca con las palabras «REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES» (Ap 19.16). Al final de los tiempos, Jesús, el Hijo del Hombre, vendrá con todos los

ángeles. Luego «se sentará en su trono de gloria» y «serán reunidas delante de él todas las naciones» (Mt 25.31, 32a). ¡Más allá de cualquier contradicción, Él es *el Rey* de todos los reyes!

Mientras soportaba un sufrimiento indescribible para conseguir nuestra salvación, Jesús, el Rey divino, sufrió las burlas y las mofas de hombres malvados. En su burla de Jesús, los líderes judíos, junto con los soldados romanos, tomaron una o dos ramas de espinas y las torcieron formando una grotesca corona circular y la colocaron sobre Su cabeza (Mr 15.17). Con esta imagen de una corona, se burlaban de Su reinado, de Su posición divina. Cuando la presionaron sobre Su cabeza, se burlaron de Su personaje, Su personalidad y Su ser. Al burlarse de Él acerca de quién dijo que era y qué había venido a hacer, se estaban burlando del propósito eterno de Dios para la salvación de los hombres.

1. *El Santo de Dios se sometió a la irreverencia del hombre.* Pilato no había encontrado ninguna falta en Jesús. Su interrogatorio no había descubierto mal en Él. En circunstancias normales, habría ordenado que se liberara a un prisionero inocente y se olvidara el juicio. Sin embargo, bajo la presión de los judíos, su carácter se derrumbó. Entregó a Jesús a los judíos, no solo para ser crucificado, sino también para ser ridiculizado y humillado. ¿Puede usted imaginarse al hombre, a la creación, burlándose de su Creador? ¡Qué audacia!

2. *El Hijo de Dios condescendió a sufrir como hombre.* El viaje de Jesús para convertirse en uno de nosotros significaba convertirse en un siervo de los hombres; más allá de eso, con respecto a la crucifixión, ¡significaba convertirse en un objeto para la diversión burlona del hombre! Para ser nuestro Salvador, Jesús tuvo que soportar la burla de Su reinado, la bofetada de Su rostro, ser escupido y golpeado en la cabeza mientras los soldados se burlaban de Él, y la burla de los hombres cuando se inclinaban ante Él para humillarlo. ¿Por qué estaba Jesús dispuesto a sufrir todo esto? Lo hizo por nuestra salvación.

3. *Jesús tuvo que enfrentar la ira del infierno para aplacar la ira del cielo.* La ira del infierno era el lado físico de la cruz: los sufrimientos físicos, la tortura, la sangre, los clavos, la burla y las burlas. La ira del cielo fue el sufrimiento espiritual causado por la cruz: la carga de los pecados de la humanidad. Nuestro Salvador tuvo que someterse a esta ira para poder llevar nuestros pecados en Su cuerpo en la cruz (1ª P 2.24). Antes de que Él pudiera ofrecerse como expiación por nuestros pecados, tuvo que entregarse para ser objeto del desprecio humano,

un juguete en manos de hombres malvados.

*Conclusión:* Jesús usó una corona de espinas para ofrecernos la corona de gloria. Llevó la túnica púrpura de burla para que usted y yo pudiéramos usar túnicas blancas de justicia.

### **Las brutales burlas (15.29–32)**

Al pie de la cruz, vemos pecadores religiosos, pecadores ignorantes, pecadores civiles y pecadores condenados mostrando su peor rostro. Mateo, Marcos y Lucas describieron a estos cuatro grupos de la humanidad burlándose de Jesús mientras colgaba de la cruz (Mt 27.39–44; Mr 15.29–32; Lc 23.35–37). Estos espectadores no solo insistieron en que Jesús fuera crucificado, también lo ridiculizaron mientras sufría la tortura de la crucifixión. Se burlaron groseramente ante el peor tipo de angustia humana. Los que estaban alrededor de la cruz y los que pasaban frente a la cruz intensificaron la agonía que Jesús sufrió por nuestra salvación. Una cosa era ejecutar a Jesús, sin embargo, era aún peor reírse de Él mientras soportaba el horrible dolor que traería Su muerte.

1. *Estos insignificantes ejemplares de la raza humana criticaron Sus profecías.* Su burla fue expresada en forma de acusación. Marcos dijo: «Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz» (15.29, 30). Tal vez un camino de acceso corría a lo largo del lugar donde estaba la cruz de Jesús. Puede que haya estado dentro del rango de conversación de la multitud. Los transeúntes sacudían sus cabezas en tono de burla y le hicieron comentarios cortantes. En otras palabras, decían: «Recordamos tus palabras. No hemos olvidado lo que dijiste que harías. Dijiste que si el templo era destruido, podrías reconstruirlo en tres días. Sin embargo, ¡mírate! ¡Ni siquiera puedes salvarte a Ti mismo, y mucho menos reconstruir el templo!»

Sí, anteriormente en Su ministerio, Jesús había pronunciado una profecía similar a la declaración de ellos. Llenos de prejuicios, sus mentes habían bloqueado su significado. Habían sacado de contexto Sus palabras y estaban usándolas en la forma más baja del ridículo. Trataron de hacerle decir algo que no había dicho, y luego se rieron de lo que se imaginaban estaba diciendo.

Después de que Jesús hubo limpiado el templo, los judíos vinieron a Él y le pidieron una gran señal que confirmara Su autoridad. Dijeron: «¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto?» (Jn 2.18). Jesús dijo: «Destruid este templo, y en tres días lo levantaré» (Jn 2.19). Jesús, dijo Juan, estaba hablando del templo

de Su cuerpo, no del templo físico (Jn 2.21). Estaba dando una profecía acerca de Su resurrección. Los judíos, pensando solo en términos del templo físico, entendieron mal lo dicho por Jesús. Había anunciado Su resurrección, sin embargo, ellos no habían comprendido.

El discípulo no es mayor que su Señor, y a menudo podría enfrentar el mismo tipo de ridículo. Cuando ofrece pruebas de su creencia de que Jesús es el Cristo, puede que diga: «No entiendes lo que Jesús quiso decir. Sus profecías son simplemente dichos vacíos».

2. *También se burlaron de Su poder milagroso.* Expresaron su ridículo en forma de tentación. Leemos: «De la misma manera también los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar» (Mr 15.31).

El sumo sacerdote, los principales sacerdotes, los ancianos y los escribas habían conseguido lo que querían. Habían exigido que se le crucificara, y ese veredicto había sido dado. Jesús estaba colgado en una cruz delante de ellos. «Nosotros», tuvieron que haber pensado dentro de sí mismos, «hemos ganado la batalla que nos propusimos ganar».

En muchas ocasiones, Jesús había demostrado Su poder milagroso. La gente lo había visto, lo había reconocido y había aceptado sus implicaciones. Incluso Nicodemo, el principal judío, dijo: «Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él» (Jn 3.2). Sus milagros eran obvios, creíbles e inconfundibles.

Los enemigos de Jesús no habían podido negar Sus milagros. A veces, habían atribuido Su poder al diablo (vea Mt 12.24; Mr 3.22), sin embargo, Sus poderosos actos habían sido demasiado obvios para ser negados. Habían determinado que no permitirían que Su poder los convenciera de Su deidad. Habiendo llegado a este punto, dijeron: «Sí, hay un sentido en el que tenemos que decir que Él salvó a otros; sin embargo, mírenlo ahora. ¡No puede salvarse a sí mismo! ¿De qué sirve poder salvar a otros cuando no puede salvarse del peligro? ¿Qué clase de rey es este? ¡Qué frágil es realmente Su poder!».

Dejando a un lado esta verdad demostrada de Su ministerio, los espectadores al pie de la cruz meneaban la cabeza y también dijeron: «El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos» (15.32). Los soldados alzaron sus voces en señal de burla al Cristo sufriente con las mismas palabras. Acercándose a Él, le ofrecieron vinagre a beber y le dijeron: «Si tú eres el Rey de los

judíos, sálvate a ti mismo» (Lc 23.36, 37).

A lo largo de Jerusalén, solo Sus apóstoles, discípulos y algunos otros pudieron haber entendido por qué Jesús se quedó en la cruz. Los principales, en su ignorancia, clamaron que bajara de la cruz. Sus palabras de insinuación para que se salvara a Sí mismo compusieron una de las frases favoritas al pie de la cruz. Poco entendieron que si Jesús se hubiera salvado a Sí mismo, no habría habido salvación para ningún miembro de la raza humana.

3. *Despreciaron Su posición como Rey.* Expresaron su burla en forma de difamación. Dijeron: «El Cristo, Rey de Israel» (Mr 15.32).

Sabían que Jesús admitía ser un rey, sin embargo, se rieron públicamente de la idea de que Jesús era el gran Rey, el Rey Todopoderoso, el Mesías, que había venido a liberar a Israel. Dijeron, en efecto, «Aquí hay una manera como puedes convencernos para que creamos en ti. Solo baja de la cruz. Hemos descartado todo lo que has dicho y hecho, sin embargo, si haces esto por nosotros, creeremos en ti. Solo baja de la cruz».

Jesús había realizado milagros ante ellos, el Padre había testificado desde el cielo que Jesús era Su Hijo, y les había mostrado por medio de Sus enseñanzas que estaba cumpliendo las profecías del Antiguo Testamento. Sin embargo, habían rechazado todas las pruebas que les había dado. La evidencia era más que suficiente, sin embargo, habían elegido no creerla. Sus palabras, «El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos» (15.32a), eran vacías. No tenían intención de creer en Él. Si sus corazones hubieran sido puros, los milagros anteriores de Jesús los habrían convencido. El Rey de reyes estaba en medio de ellos, sin embargo, le rechazaron, le crucificaron y le ridiculizaron.

4. *Se burlaron de Su relación personal con Dios.* Esta burla llegó en forma de una proposición. Ellos clamaron: «Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere; porque ha dicho: Soy Hijo de Dios» (Mt 27.43). Lo probable que esta burla fue lo que peor lastimó a Jesús. Estaban como diciendo: «Se supone que es tan religioso, tan espiritual. Si Él está realmente cerca de Dios, ¿por qué Dios no viene a Su rescate? Dijo que era el Hijo de Dios; Veamos si Dios le posee y lo libra. Si Dios realmente lo ama y lo considera un siervo suyo, le bajará y le liberará. Cualquiera puede ver que Dios no viene a ayudarlo. ¡Ciertamente no es el Hijo de Dios!».

Muchos de los que estaban delante de la cruz declararon que Jesús había sido rechazado tanto por el hombre como por Dios. Sostuvieron que Su pecado le había puesto al descubierto. «Este



hombre», dijeron, «se supone que es uno que camina con Dios. ¿Por qué no aparece Dios y lo baja de la cruz? ¿No podemos todos ver que incluso Su Dios lo ha abandonado?».

Mientras le lanzaban estas palabras, estaban usando uno de los salmos proféticos como el corazón del castigo de ellos. Las palabras «Confío en Dios; líbrele ahora si le quiere», viene de Salmos 22.8. A mediodía, Jesús citó el primer renglón del salmo (Mr 15.34). Él clamaría: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Sal 22.1a). En el dolor, pena y sufrimiento de la cruz, Jesús vivió la pictórica profecía que David pronunció en Salmos 22; sin embargo, los judíos torcieron las palabras del salmo en un ridículo hiriente. Las Escrituras fueron mal utilizadas y usadas como el contenido de su sarcasmo. Haciendo uso de una falsa exégesis, los líderes religiosos incrédulos convirtieron la profecía en blasfemia.

*Conclusión:* Sí, Jesús murió en una cruz bajo una atmósfera llena de burlas de hombres malvados cuya brutalidad e insensibilidad alcanzaron profundidades aterradoras. Se burlaron de Sus profecías, Su poder milagroso, Su posición como Rey y Su relación personal con Dios. En nuestro caminar con Jesús, puede que también nos enfrentemos a las mismas críticas hirientes. Cuando citamos a Jesús, podríamos encontrar personas riéndose de Sus profecías. Cuando hablamos de la evidencia milagrosa de Su deidad, podríamos ser abucheados. Cuando le honramos como rey, podríamos ser recibidos con burlas. Cuando le predicamos como el Hijo de Dios, podríamos ser considerados como insensatos. Si así sucede, deberíamos enfrentarlo como lo hizo Jesús, soportándolo en silencio mientras sacrificamos nuestras vidas por los que están burlándose de nosotros.

### **Solo (15.33–37)**

Mientras Jesús sufría en la cruz, habló solo siete veces que están registradas para nosotros en los relatos del Evangelio. Una de Sus declaraciones aparece en Marcos 15.34: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?». Estaba citando palabras de Salmos 22 que habrían sido conocidas por los que estaban cerca.

Un lamento bien conocido, Salmos 22 podría ser el salmo más frecuentemente citado en el Nuevo Testamento. Es evidente una muestra de su uso en los relatos del Evangelio en los siguientes versículos:

Salmos 22.1 fue apropiado por Jesús en la cruz (Mr 15.34; vea Mt 27.46).

Salmos 22.18 parece estar en el contexto de

Marcos 15.24 (vea Mt 27.35; Lc 23.34; Jn 19.23, 24).

Debido a estas palabras proféticas, al salmo se le ha referido como un «Salmo de la Pasión», uno que retrata el rechazo y el dolor de Jesús cuando murió por nuestros pecados. Como tal, durante mucho tiempo ha sido reconocido como uno de los grandes salmos mesiánicos.

La primera impresión del lector es que David estaba escribiendo en lenguaje figurado sobre un asedio de la persecución que estaba sufriendo, tal vez mientras huía de uno de los ataques de Saúl. Debido al carácter intensamente personal del salmo, es posible que el lector no note inmediatamente los anuncios detallados de los sufrimientos de Cristo que contiene. En su primer nivel, el salmo habla de la lucha mortal del escritor en oración con Dios. El personaje en primera persona del salmo ha llevado a dos preguntas: «¿Cómo hemos de interpretar este salmo?» y «¿Está presentando el salmo la experiencia del autor, la del Señor, o ambas?».

La mejor solución a esta dificultad interpretativa es ver que el salmo tiene sus raíces en la propia prueba de fuego de David, mientras que su lenguaje llegó más allá de sus experiencias hasta los sufrimientos de Cristo. Si bien puede que David haya estado escribiendo en un lenguaje exagerado y poético sobre una experiencia amarga por la que estaba pasando, estaba, de hecho, a un nivel más elevado y guiado por el Espíritu Santo, describiendo los sufrimientos reales de Jesús en una profecía pictórica. El Espíritu Santo guio al autor a registrar sus sufrimientos de tal manera que las descripciones prefiguraron detalles de las circunstancias y sufrimientos asociados con la crucifixión de nuestro Señor.

El salmo se divide claramente en dos partes: la oración a Dios (22.1–21) y la alabanza de Dios (22.22–31). La primera parte es un lamento; y la segunda parte es una acción de gracias, destacando la resolución que surge de la contemplación de la grandeza de Dios.

Veamos la primera parte de este salmo y permitámonosle mostrarnos las terribles pruebas y los terribles sufrimientos que experimentó Jesús en la cruz. El lenguaje de David, en su forma elevada, muestra gráficamente el precio que Jesús pagó por nuestros pecados. Uno de los pensamientos clave que recorren estos renglones es la soledad de la crucifixión.

1. *Solo, Jesús se enfrentó a los enemigos que lo habían rodeado.* La mayoría de nosotros tenemos al menos unos pocos enemigos. Algunos de los que sabemos

y algunos de los que quizás no sabemos. Hemos experimentado la amargura y el dolor que personas como estas pueden traer. Cuando pensamos en Jesús mientras miraba a estos enemigos despiadados y violentos, casi podemos escucharlo orando a Dios: «No te alejes de mí, porque la angustia está cerca; Porque no hay quien ayude» (Sal 22.11). Continuó diciendo:

Mas tú, Jehová, no te alejes;  
Fortaleza mía, apresúrate a socorrerme.  
Libra de la espada mi alma,  
Del poder del perro mi vida.  
Sálvame de la boca del león,  
Y líbrame de los cuernos de los búfalos  
(Sal 22.19–21).

Nadie pudo librar a Jesús de esta malvada multitud. Su viaje a lo largo de la prueba de la cruz hizo necesario que degustara el veneno del odio y las malas intenciones que arrojaban los labios de hombres pecadores.

2. *Solo, lidió con el dolor de los amigos que lo abandonaron.* A veces hemos sido abandonados por aquellos que apreciamos. Tales experiencias son más dolorosas que cualquier cosa que nuestros enemigos intenten hacernos. Cuando Jesús miró hacia abajo desde la cruz, vio a muy pocos de Sus amigos. Se había reunido un pequeño grupo, esto es, sólo algunas mujeres y Juan. Casi todos Sus apóstoles estaban ausentes. Pese a que la multitud lo había recibido en la ciudad el domingo, clamando: «¡Salve, salve!» (vea Mt 21.9), los que vieron mientras estaba siendo enjuiciado, abuchearon, «¡Clávenlo, clávenlo!» (vea Mt 27.22).

¿Fue dolorosa esta agresiva burla para Jesús? De hecho lo fue. Probablemente sintió como lo sintió David:

Mas yo soy gusano, y no hombre;  
Oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo.  
Todos los que me ven me escarnecen;  
Estiran la boca, menean la cabeza, diciendo:  
Se encomendó a Jehová; líbrele él;  
Sálvele, puesto que en él se complacía  
(Sal 22.6–8).

Más adelante, el salmista añadió:

Porque no menospreció ni abominó la aflicción  
del afligido  
Ni de él escondió su rostro;  
Sino que cuando clamó a él, le oyó  
(Sal 22.24).

3. *Solo, sufrió el dolor físico que devastó y destruyó Su cuerpo.* Todos nosotros hemos pasado por algunas

calamidades físicas: miembros rotos, enfermedades, cortaduras y moretones. Nuestros cuerpos a veces se han lesionado o roto. Las fallas y debilidades de los cuerpos en los que vivimos nos han afectado tanto mental como físicamente. Sabemos qué es el dolor. Tal vez, con nuestros cuerpos enfermos o lisiados, hemos tenido dificultades para controlar nuestras emociones. Sin duda, hemos encontrado consuelo en el aliento y la simpatía que nos brindan los demás. Nada parece peor que experimentar la tragedia del sufrimiento estando solos.

Jesús eligió intencionalmente venir a la tierra, convertirse en uno de nosotros y vivir como vivimos. Nació en un cuerpo como el nuestro, un cuerpo que podría enviar señales de dolor al cerebro. Jesús sabía que experimentaría el peor tipo de tortura que Su cuerpo podría conocer.

El lenguaje figurativo de Salmos 22 es inadecuado para describir el alcance de Sus sufrimientos:

He sido derramado como aguas,  
Y todos mis huesos se descoyuntaron;  
Mi corazón fue como cera,  
Derritiéndose en medio de mis entrañas.  
Como un tiesto se secó mi vigor,  
Y mi lengua se pegó a mi paladar,  
Y me has puesto en el polvo de la muerte.  
Porque perros me han rodeado;  
Me ha cercado cuadrilla de malignos;  
Horadaron mis manos y mis pies.  
Contar puedo todos mis huesos;  
Entre tanto, ellos me miran y me observan  
(Sal 22.14–17).

Jesús soportó el peor dolor que un cuerpo puede tolerar; y es más, lo soportó solo. Nadie pudo comprender Su dolor y tristeza; nadie pudo entender el alcance de ese dolor.

4. *Solo, Él llevó nuestros pecados, experimentando la separación de Su Padre.* Al final de Su terrible experiencia, Jesús clamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» (Mr 15.34). Sus palabras bien podrían ser, más que una pregunta, un anuncio de lo que había soportado. Ninguna mente humana puede imaginar cómo fue este sufrimiento para Él. Vemos esta agonía a la que se alude en Salmos 22, sin embargo, no se compara con la intensidad ni la inmensidad de la misma:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?  
¿Por qué estás tan lejos de mi salvación, y de las palabras de mi clamor?  
Dios mío, clamo de día, y no respondes;  
Y de noche, y no hay para mí reposo.  
Pero tú eres santo,  
Tú que habitas entre las alabanzas de Israel.  
En ti esperaron nuestros padres;

Esperaron, y tú los libraste.  
Clamaron a ti, y fueron librados;  
Confiaron en ti, y no fueron avergonzados  
(Sal 22.1-5).

Pero tú eres el que me sacó del vientre;  
El que me hizo estar confiado desde que estaba  
a los pechos de mi madre.  
Sobre ti fui echado desde antes de nacer;  
Desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.  
No te alejes de mí, porque la angustia está cerca;  
Porque no hay quien ayude.  
Me han rodeado muchos toros;  
Fuertes toros de Basán me han cercado.  
Abrieron sobre mí su boca  
Como león rapaz y rugiente  
(Sal 22.9-13).

Todos estamos bajo sentencia de muerte. A menos que el Señor venga, nuestras vidas terrenales terminarán en muerte algún día. Podemos sacarla de nuestras mentes temporalmente, sin embargo, su realidad tiene que enfrentarse con el tiempo. Jesús también vivió con este conocimiento; sin embargo, Su conciencia de la muerte tuvo que haber

sido mucho más vívida, mucho más temible de lo que cualquiera de nosotros podría contemplar. Por encima de todo, sabía que moriría solo, con dolor, devastación y vergüenza, mientras soportaba el pecado del mundo.

David quizás no sabía mucho sobre lo que Dios haría con sus escritos en el futuro, sin embargo, ahora sabemos que sus sufrimientos, tal como se describen en Salmos 22, se usaron para prefigurar los sufrimientos de Cristo. A lo largo de los siglos, innumerables personas han leído este salmo y han sido dirigidas al Cristo por sus palabras.

*Conclusión:* Cuando Jesús oró para que Dios le permitiera evitar la «copa» en el huerto de Getsemaní (vea Mt 26.39), no estaba buscando desobedecer la voluntad de Dios. Está claramente indicado por Su adición de las palabras «pero no sea como yo quiero, sino como tú». Sabía que la voluntad de Dios, sin importar lo que costara, era lo mejor. Dios dijo «no» a evitar la «copa»; sin embargo, dijo «sí» a hacer Su voluntad, lo que resultó en la salvación para todos aquellos que recibirían el evangelio.

(Viene de la página 2)

de largo alcance de lo que había sucedido.

Jesús vino a la tierra a morir. Sabía lo que el hombre le haría. Se lo expuso a Sus apóstoles varias veces antes de ir a Jerusalén por última vez (vea 8.31; 9.31; 10.32b-34). Marcos nos habló de una escena en la que Jesús les informó a Sus apóstoles sobre lo que se avecinaba:

Entonces volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará (10.32b-34).

Jesús anunció que sería ridiculizado, escupido, azotado y muerto. Sabía que era la respuesta de cuatro frentes que los poderes religiosos y políticos le darían. Enumeró a Sus verdugos como «los principales sacerdotes», «los escribas» y «los gentiles». Cada detalle que mencionó se cumplió tal como lo había dicho.

Las Escrituras no solo nos dicen lo que le sucedió a Jesús, también revelan por qué tuvo que suceder. Su muerte no es tanto un drama de lo que los hombres le hicieron a Él como sí una revelación de lo que Él estaba haciendo por nosotros. Describió Su muerte como un rescate por aquellos que lo seguirían (Mt 20.28). Describió Su sangre siendo derramada por la remisión de nuestros pecados (Mt 26.28). Estaba dando Su vida por las ovejas (Jn 10.11). Él dijo: «Yo soy el buen pastor; el buen pastor su vida da

por las ovejas». El propósito eterno de Dios tiene como centro la muerte de Jesús como el sacrificio expiatorio por los pecados del mundo.

3. *Mientras nuestros ojos observaban la sepultura, nos veríamos forzados a tomar decisiones profundas sobre seguir a Jesús.* En lo más profundo de nuestros corazones, tendríamos que comprometer nuestras vidas al discipulado. Solo la muerte de Jesús podría obligarnos a hacer tal compromiso. Los juicios, el azote, la cruz y los demás eventos relacionados con la muerte de nuestro Señor tienen poder de atracción; están controlados por el amor divino. Jesús dijo: «Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo» (Jn 12.32). Cuando pensamos en la sepultura, sentimos ese poder de atracción.

*Conclusión:* Impulsados por el dolor, el amor, la comprensión y la penitencia, comprometamos nuestros corazones al servicio eterno de Aquel que ha muerto por nosotros. Hay dos lugares donde necesitamos estar de pie y sentarnos continuamente, esto es, delante de la cruz y al lado de la sepultura. Estamos de pie delante de una y nos sentamos al lado de otra. En la cruz vemos lo que hizo Jesús. La sangre es roja, y la agonía es gráfica. En la sepultura meditamos sobre lo que hizo. La reflexión es profunda y la memoria está fresca. Al lado de la sepultura encontramos tranquilidad y reverencia, el lugar perfecto para contemplar todo lo que Él soportó por nosotros. Necesitamos tanto la cruz como la sepultura. Es imperativo que veamos la cruz cuando estamos a sus pies, y es esencial que meditemos sobre su significado cuando nos sentamos junto a la sepultura.

---

**«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).**